

5
BIBLIOTECA DE "EL CHILENO"

498215

BRISAS DE MAR

NOVELA POR

CÁRLOS SILVA VILDÓSOLA



Oficina de "El Chileno"

SANTIAGO
Bandera 16-F.

VALPARAISO
Victoria 10.

1897

Brissas de Mar

BRISAS DE MAR
BRISAS DE MAR
BRISAS DE MAR

CARLOS SILVA VILLOSO

A LOS SEÑORES
DE LA COMISIÓN

DE LA COMISIÓN

A LOS SEÑORES

En este libro se describe el estado de la agricultura en el departamento de San Juan, en el año 1900. El autor, Carlos Silva Villosa, ha recopilado una gran cantidad de datos sobre la producción de los principales cultivos, como el algodón, el azúcar y el trigo. También se menciona la situación de la ganadería y la industria local. El libro es una valiosa fuente de información para quienes se interesan en la economía y la agricultura de la región.

Brisas de Mar

NOVELA POR

CARLOS SILVA VILDÓSOLA

A Joaquin Diaz Garces,
testimonio del afecto de

C. S. V.

I

A BORDO DEL «TIBURON»

Entre las siete u ocho personas que aquella mañana de uno de los primeros días de Febrero habian tomado pasaje de primera clase en el vapor pequeñito i mugriento que debia llevarnos a San Juan, estoi seguro de que era yo el mas feliz de todos, el que mas hondamente podia sentir las delicias de una navegacion corta, sobre un mar sin olas, bajo un cielo mui azul que inundaba de luz i de vida los espacios.

Eran aquellos los primeros días en que podia respirar el aire libre i sentir las caricias del sol despues

de dos meses larguissimos de reclusion a que me habian obligado todas las dolencias humanas desencadenadas unas tras otras sobre mi organismo.

Los médicos de Santiago—no menos de cinco que habian desfilado por delante de mí—llamaron dispepsia a mi enfermedad en los primeros dias, la atribuyeron mas tarde al hígado, dijeron despues que podia tratarse de una afeccion cardiaca, hablaron un dia de anemia cerebral i por último me aconsejaron viajar i residir en la costa porque yo tenia una *neurastenia*, dolencia nueva, recientemente inventada, debilidad de mi sistema nervioso gastado por el trabajo intelectual i las emociones de las luchas políticas.

—Señor Perez —me dijo uno de patillas crespas, lentes de oro i maravillosa corbata de *plastron* que acababa de llegar de Alemania—es preciso que deje Ud. el bufete de abogado i la Cámara i el Club i todas las preocupaciones. Necesita Ud. viajar, distraerse, pasar tres o cuatro meses en un clima suave en la costa. Tiene Ud. su sistema nervioso estremamente débil.

Ya era tiempo. Mi casa de *hombre solo*, confiada a un tirano odioso con el título de llavera i a un sirviente que rivalizaba con ella en el arte de agotarme la paciencia, se habia hecho para mí insoportable con los dos meses de enfermedad.

Me acordé entónces de mi pueblo, de aquel puercecito San Juan, escondido entre las rocas al pié de unas colinas risueñas; pensé en los dias de mi infancia que allí trascurrieron; sentí que un viento perfumado de la primavera de mi vida surjia de entre mis recuerdos para refrescar mi espíritu; agotado por quince años de lucha por la vida, de trabajos forenses, políticos i parlamentarios.

¡Tambien a los 32 años, i aunque uno sea abogado i miembro de la Cámara de Diputados de Chile, se sueña con un instante de reposo, de olvido!

Quedábame aun en San Juan —que yo no habia visitado en los últimos años—un viejo amigo de

mi padre, con quien mantuve siempre afectuosa i frecuente correspondencia. Seguía mis pasos, habia celebrado mis triunfos en la profesion de abogado i me escribió una carta llena de entusiasmo injénuo i paternal el dia en que supo que yo habia sido elejido diputado por un departamento de cuyo nombre no quiero acordarme.

Escribible apenas me dieron aquella órden facultativa para salir de Santiago i a poco recibí de don Ernesto—asi se llamaba aquel hombre leal i bondadoso—una carta que me llenó de ternura i removió hasta el fondo de mi sensibilidad de convaleciente. Me esperaban; estaban felicísimos por mi viaje; se honraban mucho con que yo me hubiera acordado de los que tanto me querian; su mujer me cuidaria como si fuera su hijo i en memoria de mi santa madre; i ella i la *Toya* (asi llamaba a Victoria, su única hija) estaban ya preparando para mí una pieza, que seria mui pobre, porque ellos no podian ofrecirme las *grandezas* de Santiago, pero mui limpia i con una vista preciosa sobre el jardin.

Todo esto me decia en su carta don Ernesto, i en tal forma sencilla me lo decia i tan sensible me tenian los padecimientos físicos i las tristezas de los meses recien pasados, que por primera vez desde la muerte de mi madre sentí húmedos con las lágrimas los ojos i lloré sobre la carta que me traia ecos de ternuras que yo tenia largo tiempo olvidadas.

Cuando des dias despues i tras de haber atravesado en ferrocarril medio Chile, estaba yo cruzando la bahia en el vaporcito en direccion a San Juan, era, sin duda alguna, el mas feliz de todos los pasajeros i uno de los hombres menos descontentos de su suerte que habia en esos instantes en el globo terráqueo.

El vaporcito—que se llamaba el *Tiburon*—era una lancha pintada de negro i que llevaba a popa un toldo de tela ennegrecida por el humo, bajo el cual tomaban asiento los viajeros de primera clase.

Distrajéronme al principio los movimientos i ruidos para suspender el ancla; las vueltas tan gallardas que el pequeño esquife dió para pasar, como una rata entre elefantes, por entre los enormes barcos que poblaban la bahia; los trajines de mis compañeros de viaje para acomodar sus maletas.

Dí una mirada en torno mio. Sentados en los bancos bajo el toldo, como en un tranvia, estaban dos ingleses que a los cinco minutos de viaje habian estirado mucho las piernas i leian en sendos volúmenes de la *Seaside Library*; un hombre de manta i sombrero de fieltro de anchas alas, gordo i sudoroso, con el aire característico de nuestros abasteros; un caballero anciano mui entrapajado, i cuya fisonomia doliente hablaba de reumatismos i gota, acompañado de una señorita rubia, desabrida, que lo cuidaba, echaba mantas sobre sus rodillas, i leia un libro devoto; i dos o tres figuras mas, que se han borrado ya de mi memoria.

Mas allá del toldo, fuera de él, apoyado en la borda i mirando el mar i el horizonte, estaba un jóven, cuyo rostro fino cerrado por una barba mui negra, veia yo de perfil.

Necesitaba hablar, comunicarme, mirar tambien el mar, respirar aire libre, i a pesar de que mi estado de debilidad era tal que solo me permitia dar mui pocos pasos sin apoyarme en el brazo de Matias, el criado que me acompañaba, me dirijí hácia aquel jóven i me apoyé en la borda cerca de él.

Reverberaba el mar verde salpicado de espumas con los rayos del sol de Febrero. Las pequeñas olas golpeaban en los costados de nuestro barquichuelo, el cual iba dejando tras de sí una estela como surco en las aguas i una línea de humo que oscilaba en el aire sereno i parecia prolongarse hasta las colinas parduzcas del puerto que habíamos dejado.

La gran bahia, que atravesábamos, sonreia a las caricias del sol encerrada en el inmenso anfiteatro de cerros, brumosos unos, con grandes manchas

oscuras de bosques otras, amarillando en algunas la yerba seca.

No pude quedarme mucho rato en silencio.

—Ud. disculpe caballero—dije al jóven observador que hasta ese momento no habia advertido mi presencia —¿Hacia qué lado está San Juan?

El interpelado me miró, sorprendiéndose como si me hubiera reconocido i respondió con mucha solitud, algo turbado, i señalando con la mano lo que iba diciendo:

—San Juan está al sur de aquella punta negra, al pié del cerro mas alto de todos.

—Perdóneme, pero no sé cuál es el sur. Estoy desorientado.

---El sur—dijo el complaciente viajero sonriendo—está en estos momentos a nuestra derecha; la bahia se abre hacia el noroeste. En diez minutos, mas veremos a San Juan. ¿Ud. va a pasar una temporada allá?

—Sí señor, voi por salud i por placer.

Hubo un momento de silencio. Mi interlocutor me miraba con marcada atencion. Por fin me dijo:

—La fisionomia del señor no me es desconocida... Y si no me equivoco lo he oido hablar en la Cámara. ¿No es el señor Perez a quien tengo el gusto de hablar?

Confieso, que a pesar de mi afectado desdén, jamas ha dejado de producirme viva satisfaccion hallarme con un hombre que me reconoce por mi notoriedad como hombre público.

—Miguel Perez, servidor de Ud. —dije tendiendo protectoramente mi mano al jóven que la estrechó con respeto y murmuró su nombre:

—Juan Fernandez, un amigo mas.

Era un hombre pequeño, fino, a cuyo rostro ovalado formaba marco una barba corta i negra. Tenia en las mejillas manchas rosadas como las manzanas silvestres, i sus ojos pardos, redondos, pero muy luminosos, miraban con una alegre viveza parecida a la de los niños. Podia tener de 26 a 30 años i

su aspecto jeneral era de aquellos que inspiran confianza, que hablan de un espíritu mediano e inofensivo.

—¿Ud. va a pasar el verano en San Juan?—le pregunté para iniciar nuevamente la conversacion.

—No señor; vivo en San Juan, tengo allí mi familia.

—Pues, yo voi a ver si allí me restablezco definitivamente. El clima debe de ser delicioso por lo que he oído.

—Excelente. Allí los médicos no hacemos negocio.

—¿Es Ud. médico?

—Sí, señor, soi médico de ciudad, de San Juan desde hace tres años i le puedo asegurar a Ud. que allá el que se muere es de viejo o de puro desordenado. Ya sabia yo—agregó con la sonrisita inocente que le iluminaba el rostro—que el señor don Miguel venia delicado de salud. Una debilidad nerviosa ¿no es eso? Neurastenia, como dicen ahora. Me lo dijo don Ernesto, haciéndome el honor de prevenirme que tal vez mis humildes servicios podrian ser útiles a Ud.

—Mil gracias. Voi ya mejor. Pero ¿Ud. conoce a don Ernesto?

—¡Hombre! ¡Quién no lo conoce en San Juan! somos mui amigos. Puede decirse que el me ha formado la pequeña clientela, porque al principio habia en el pueblo otro colega i como contaba con la Municipalidad i el gobernador, le habian dado el hospital i la cárcel i la dispensaria...

Noté que el hombre se me iba por el lado de sus asuntos personales i yo necesitaba averiguar otras cosas. Lo interrumpí:

—¡Es un hombre tan bueno don Ernesto! Un amigo tan leal! ¿Qué me dice Ud. a mí! Era el íntimo de mi padre. Un caballero a la antigua.

—¡Oh! ya no quedan de esos—dijo el mediquito con profundo convencimiento, i añadió:—Misia Dolores, su mujer, es una santa i tienen una hija la

Victoria, nosotros le decimos Toya, que es un angel. Qué niña tan buena!

El doctor Fernandez era una criatura espantosa e injenua; parecióme deseoso de agradarme i fui tirando i tirando de aquella hebra para que sacar datos sobre los amigos con quienes iba a vivir.

El vaporcito seguía cortando lentamente las olas que le sonreían i acariciaban. La brisa entraba en mis pulmones i los impregnaba de perfumes marinos. Me senté en un banco cercano, i el doctor Fernandez, que permanecía de pie delante de mí, me habló de la familia de don Ernesto con una alegre volubilidad, saltando de un asunto a otro, evocando recuerdos, describiéndome fisonomías i escenas, i envolviéndolo todo en la aureola del afecto que le inspiraban aquellas buenas jentes.

Don Ernesto no negociaba ya en vinos, había vendido su bodega i vivía de sus rentas, que no eran muchas, por cierto, sin querer salir por nada de San Juan donde todo el mundo lo quería i respetaba. ¿Qué quiere Ud.? Se ha apegado a su casa, a su jardín, a unos cuantos amigos viejos i dice que cuando sale del pueblo echa de menos el mar i el muelle i el cerro del Castillo, donde se sienta todas las tardes.

Misá Dolores ha intentado a veces persuadirlo de que les convendría vivir en la capital de la provincia, donde hai mas recursos, i además tendrían sociedad para la niña. Ella sentiría separarse de sus padres, que estan muy ancianos i viven en el campo, cerca de San Juan; pero la pobre Victoria necesita otro mundo, una sociedad mas adecuada a sus méritos.

I aquí el médico se entusiasmó i me dijo de la Toya, como la llamaba familiarmente, muchas cosas buenas i adornó la figura de esta niña, que bramosamente vivía aun en los recuerdos de mi niñez, con una serie interminable de virtudes caseras. Era hacendosa, económica, sabía hacerlo todo en la casa. Con decir que hasta había aprendido a

cuidar niños, «i apenas se enferma mi mujer—decía el doctor—ya está ella en casa manejando a mis cinco *barrabases*». Tiene una facilidad para atraerse a grandes i chicos, a pobres i ricos, a cuantos dirige la palabra. No es bonita, ni mucho menos...

Aquí me pareció ventajoso interrumpir la disertación del amable médico, que iba larga, porque también allá entre las nieblas de mis recuerdos estaba la fisonomía de la Toya, confusa es verdad; pero un hombre que se precia de entendido no deja pasar jamás la ocasión de dar su juicio sobre la belleza de una mujer, cualquiera que sea el interés que ésta le inspire,

—Sí, algo la recuerdo todavía. Morena, el pelo crespo, tiene algo de su madre, ¿no es así?

—¿De su madre?—dijo Fernández—no precisamente de su madre, porque la Toya tiene unos ojos negros, muy vivos i graciosos i los de misía Dolores son mas bien chicos.

Curioso tipo de médico de aldea—dije para mí desde la altura de la superioridad intelectual i social en que me sentía respecto de mi compañero de viaje—cree que la hija de sus amigos es la mas gentil señorita que se puede hallar bajo el sol.

Díjome mas adelante el doctor Fernández, el cual lanzado a hablar de la familia de don Ernesto se habia tornado elocuente, que en la casa se guardaba con veneración afectuosa la memoria de mis padres, i él habia aprendido a estimarme por lo mucho que en ese hogar se oía mi nombre envuelto en cariñosas alabanzas. Cada una de las cartas en que solía dar yo noticias de mis progresos, ponía orgulloso a mis viejos amigos, i don Ernesto salía a contarla a los suyos en el pueblo, revelando a unos pocos lo que le decía sobre la situación política, como si fuese la voz de un oráculo.

La hora i media que habia trascurrido desde el comienzo del viaje me pareció muy breve en la compañía de aquel hombre sencillo i leal, que pensaba bien de todo el mundo, que tenia afecto apasionado

por sus amigos, que parecia tan contento de vivir i que me hablaba sonriendo perpetuamente, como si en él tambien despertara alegres reflejos el sol que sonreia en los cielos, en el mar i en las colinas lejanas.

Entre tanto, los compañeros de viaje comenzaban a moverse i se agrupaban en los costados mirando a tierra. Al pié de los cerros i como en un recodo al abrigo de la Punta Negra, se destacaban ya las casas de San Juan, una serie de manchitas blancas que poco a poco iban tomando formas precisas i mostrando los detalles de sus techos, sus ventanas, las personas que iban i venian por la playa i no parecian mas grandes que hormigas.

Yo estaba nervioso, inquieto, dominado por una exaltacion imaginativa que yo mismo no me conocia desde muchos años.

Sí; aquel era San Juan, donde corrieron las horas serenas de mi infancia; aquel era el pueblecillo cuyo recuerdo acudió tantas veces i acude aun hoy a mi memoria embellecido por el tiempo, fresco i risueño como sus brisas, como el rumor de las olas que se arrastran en la arena amarillenta de su playa.

Gradualmente fueron dibujándose con claridad las líneas de la larga fila de bodegas con los altos i agudos mojinetes de sus techos por detras de los cuales se levanta la torrecilla de la iglesia parroquial, cuyo reloj de esfera negra ha marcado siempre una hora invariable, como si quisiera decir a los que llegan hasta ese apartado i silencioso rincón del mundo que allí no se mide el tiempo.

Lo único que habian agregado a mi pueblo—al menos así lo creí mientras lo devoraba con mis ojos desde la cubierta del vaporcito—era un muelle en cuyo extremo formaban pintoresca agrupacion de colores chillones los vestidos i sombrillas de las mujeres que nos aguardaban inclinadas sobre la baranda.

De allí salieron unos botes que rodearon nuestra

barquichuelo, mientras éste echaba con grande estrépito su ancla, turbaba el aire sereno con su agudo silbato, que repitieron los cerros, i lanzaba por sus costados resopidos de vapor como animal que se detiene en la carrera.

Bajé al bote apoyado en el brazo del doctor Fernandez, i se metieron en otros los ingleses, el hombre gordo i el caballero enfermo que se tomaba de los pasamanos i daba pasos vacilantes al lado de su hija.

I unos cuantos minutos despues, en lo alto de la escala del muelle, entre muchas personas que se agrupaban a nuestro rededor, los dos brazos de don Ernesto me oprimian contra su vientre mientras el bondadoso caballero exclamaba:

—¡Miguelito! ¡Hombre! ¡Deja que te abracel! ¡Qué gusto de verte en tu pueblo!... Mira, aquí tienes a la Toya. La Dolores no vino, pero te está esperando en casa.

I en efecto, allí estaba la señorita Victoria, una morena que me tendió su mano sonriéndose con muchísima afabilidad detrás del velillo que colgaba de las anchas alas de su sombrero de paja.

—¡Qué la iba a conocer!—dije yo entonces sin soltar la mano de la Toya i mirándola cariñosamente—¡y yo la dejé chiquitina!

—¡José! Las maletas!—decia don Ernesto ordenando a su criado que llevara mis artículos, que ya Matias su lia trabajosamente. Vamos andando. ¿Tú no puedes caminar sin dificultad?

—Sí, por supuesto, vergo ya mui mejor.

I era cierto porque me sentia con muchas fuerzas.

—Si quieres, ahí hai un coche. Aunque la casa está cerca i te servirá para estirar las piernas. ¡Vámonos! ¡afírmate en mi brazo, hombre; ya estoy viejo, pero mas sano que tú. No te quites el abrigo... Porque el aire de la costa te puede hacer daño. Vamos andando; mas Uds. adelante...

No hubo remedio, me apoyé en el brazo del viejo amigo, que se reía i hablaba a voces; la Toya i el doctor Fernandez nos precedían, seguían los criados i nos miraba con curiosidad lugareña la concurrencia del muelle compuesta de señoritas vestidas de pocal con muchas cintas i grandes sombreros de alas anchas apretadas contra las mejillas para defenderlas del viento i el sol, i algunos caballeros que las hacían compañía en aquel que debía de ser el único paseo del pueblo.

Cruzamos dos o tres callejuelas cortas, tortuosas, llenas de palos i casi desiertas; pasamos un puente, un arroyo bordeado de sauces, i en una calle sombreada por olmos i acacias entramos en una casita blanca, forrada de tablas, que era la de don Ernesto.

En el zaguan hallamos a misia Dolores, que acudía a los gritos de su marido:

—¡Dolores! ¡Dolores! ¿Dónde te has metido mujer?

—¡Miguelito! —alcanzó a decir la buena señora, i me abrazó, echando sobre mí toda la mole de su cuerpo, casi redondo, i juntando con mi rostro sus cabellos grises.

II

EL ALOJADO

Muehas veces he leído pomposas descripciones de los triunfos de los emperadores romanos, cuando entraban a la Ciudad Eterna entre los vítores de la inmensa muchedumbre. Algo de esto, salvo las proporciones del cuadro, debió de tener mi arribo a la casa de don Ernesto, conducido por este, precedido por la Toya i el médico, seguido por los dos criados i por una turba de pilletes desarrapados, chiquillos de la playa que mostraban sus carnes cobrizas por las mil roturas de sus vestidos, i que se disputaron el honor de cargar mis maletas i acompañarnos triunfalmente hasta la casa, presintiendo un reparto de *cinco*s.

La llegada de un forastero era un pequeño acontecimiento poco frecuente en San Juan. A la algarabía de los chiquillos, que pedían en tono plañidero ¡*Un cinco, patroncito!* i a las voces del sirviente de don Ernesto que las injuriaba i maldecía en términos populares bastante enérgicos, se asomaron algunas vecinas, ladraron los perros i se acercó un policial mui sucio i roto.

Entre tanto, yo tomaba asiento en una sala, que era probablemente la mejor de la casa, porque allí estaba el piano, los muebles de brocato de seda amarillo con sus respaldos de medallón, los retratos de los abuelos, una oleografía que representaba al moro de Venecia contando a Desdémona i a su padre

sus aventuras, las mesas de arrimo cargadas de chucherías i unas cortinas de gasa blanca que cubrían a medias las ventanas mui anchas, casi cuadradas, que daban a la calle a flor de tierra.

Los dueños de casa, su hija, el médico, los sirvientes, dos o tres criadas que habian venido a mirar al alojado, se revolvian por allí en la sala i en el zaguan.

—Vas a tomar una taza de caldo, me decia misiá Dolores.

—Nada, mil gracias, almorcé antes de salir. No se molesten Uds.

—Unas frutitas sí que te vienen bien—indicaba don Ernesto.

—¿Qué prefieres? ¿Melon o sandia? Pide con confianza.

—Gracias, muchísimas gracias. Yo almorcé antes de salir.

—Pero eso fué esta mañana. Tomarás siquiera una copita de vino blanco, para que te acuerdes de los vinos de San Juan, ¡de tu tierra, hombre!

—Nada, absolutamente; un millon de gracias. Por favor: no se incomoden.

—No es incomodidad ¡qué caramba! esclamaba don Ernesto.—Aquí estás en tu casa i debes pedir lo que quieras.

—¡Miren qué Miguelito!—me decia doña Dolores, mirándome tiernamente con sus ojos medio lacrimosos—¿Me darás permiso para decirte Miguelito, como cuando eras chico?... ¡Quién habia de decirlo! ¡Tan hombre! ¡Tan parecido a su padre!

—Cierto. Tienes las mismas facciones i hasta te dejas la misma barba; pero el finado mi compadre tenia mas cuerpo. Yo no sé a quién has salido bajo.

—¡No! ¡pero si no es bajo! Es de una estatura mui proporcionada.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya!—repetia cadenciosamente don Ernesto, dándome pa'maditas en una rodilla—Parece sueño que lo tengamos por acá.

—¡Aí! ¡qué gusto hubiera tenido la comadre Merceditas de ver a su hijo tan hombre!—decía afligiéndose misiá Dolores.

Y así seguían los esposos, arrebatándose la palabra, hablando ámbos a la vez, para ofrecerme mil cosas, para interrogarme sobre mi salud, para hacer observaciones injénuas i cariñosas mezcladas a la memoria de mis padres, sus viejos amigos; todo esto sin dejarme tiempo ni para agradecerles tanta bondad.

La charla de los viejos fué interrumpida por Victoria que, deteniéndose en el umbral de la puerta, dijo:

—Pasemos al comedor.

Pero lo dijo con tal tono de autoridad, con tanto dominio, que todos callamos, la obedecimos i entramos con ella en una pieza grande, mui clara, mui limpia llena de un olor campestre de frutas i de flores.

Solo el doctor Fernandez nos advirtió que era seguro que su mujer estaba enojadísima por su retardo, i se despidió de mí con su invariable sonrisas afectuosas, haciéndome mil ofrecimientos i prometiéndonos ámbos que seríamos mui amigos.

Entonces i mientras me servia ella misma, con grandes protestas mías, un caldo oloroso i humeante en una tsa de plata antigua, de esas que se guardan como reliquias en algunas casas, miré por primera vez con atencion a Victoria i procuré juzgar como entendido sus encantos tan pregonados por el mediquito Fernandez.

No eran muchos. Se habia despojado del gran sombrero i del velillo i dejaba ver su rostro moreno i sano, coronada por una cabellera un poco alborotada i puesta sobre un cuello alto, que salia del escote bajo del vestido. Miraba con cierta serena fijeza, que de pronto me chocó pero que luego advertí ser efecto del tamaño i el color de sus ojos, que eran grandes i mui oscuros.

Su estatura era mediana, el tamaño vulgar de todas las mujeres chilenas; los contornos de su

cuerpo hacian curvas graciosas en las caderas i en el seno, i no pude dejar de reconocer que aquel talle, oprimido por telas muy delgadas i claras, i ceñido por un delantal blanco, era elegante, i era, eso sí, infinitamente mas esbelto que los que las modistas hacen para las señoritas flacuchas del gran mundo.

Miéntas daba vueltas al rededor de la mesa, iba i venia por el comedor, alzaba o corria los transparentes para moderar la luz, disponia frente a mí frutas, vino, utensilios, hacia un rumor leve como si se deslizara i tenia en sus movimientos algo de resolucion, de firmeza un poco varonil.

Recuerdo clara i precisamente el juicio que en esos momentos hice, no sin perder el rumbo de mi conversacion con los dueños de casa, que me trazaban un plan de vida hijiénica: «Es una muchacha simpática, me dije; tiene la frescura i lozanía juveniles; pero, no hai duda, el doctor Fernandez exageraba.»

Cuando todo lo hubo servido, dispuesto i terminado, la morena vino a sentarse frente a mí a la mesa. Yo hablaba con su padre que me hacia preguntas sobre política, le explicaba la situacion parlamentaria de esos dias con los escasos antecedentes que me permitia mi ausencia de la lucha en los meses últimos i todo el tiempo tenia Victoria los ojos fijos en mí con esa espresion resuelta i dura que yo habia sorprendido en ella desde el primer momento.

Se habia sentado de modo que volvia la espalda a las ventanas del jardin por donde entraba la luz, i su rostro quedaba para mí en la penumbra; pero por la fijeza insistente de su mirada llegó a parecerme que sus ojos despedian un fulgor sombrío.

¿Me observaba?—Era evidente. Yo debia de ser en esos momentos, para aquella muchacha de aldea, un pequeño fenómeno, un caso interesante de hombre que se mira con respetuoso temor porque se vé en él algo de los héroes de las novelas románticas.

Así me pareció entonces; i como un monarca que quiere favorecer a su súbdito i honrarlo con su benevolencia, quise hablar a Victoria.

¡Cosa mas estraña! Iba a dirigirle la palabra en un momento en que don Ernesto habia callado, i hube de detenerme porque se me atravesó esta pregunta, ridícula para un hombre de mundo, que me hice a mí mismo: ¿Cómo la llamaré? ¿qué tratamiento voi a darle? — Decirle *señorita Victoria* me pareció demasiado ceremonioso para la extrema confianza de que en aquella casa gozaba yo i para esa niña a quien habia conocido en la intimidad de nuestras familias cuando éramos pequeños. Pero tampoco me atrevia a tutearla; me pronuncié las frases mentalmente, *tú Victoria, tienes tal cosa, quieres tal otra, i...* ¡vamos! que no me atrevia, qué se yo por qué.

Parece mentira que esto le ocurra a un hombre corrido, que ha estado ocho o diez años metido en elevadas esferas sociales, pero ello es que don Ernesto me hablaba i que yo aunque hacia movimientos con la cabeza i daba a mi fisonomía una expresión atenta, como si le escuchara, estaba distraído en pensar, como un colegial tímido, qué le iba a decir a esa muchacha morena que seguía mirándome con una insistencia estudiosa de persona que no quiere olvidar ningún detalle.

I lo que de veras tiene gracia es que despues de dar vueltas a varias frases, buscando una que diera a Victoria lijera muestra de mi valer intelectual i de mi cultura para el trato con las damas, i despues de desechar por encumbradas i pedantes unas, i por vulgares i cursis otras, vine a decir una vulgaridad sencillita, tantoque apenas la pronuncié ya me arrepentí de haberla dicho.

Se hablaba de la vida apacible i monótona de San Juan. Preguntaba yo a misia Dolores si no tenia deseos de vivir en una ciudad mas grande; probábanme ella i su marido que no se aburrían en su pueblo i yo aproveché la oportunidad para

decir a Victoria lo mismo, exactamente lo mismo, que le hubiera dicho cualquier mozalbete de San Juan:

—I Ud., Victoria, ¿no tiene deseos de vivir en un pueblo mas animado?

La fisonomia de la interpelada cambió rápidamente. A pesar de la sombra en que estaba, noté lo que mas tarde pude observar mil veces: que aquella mirada insistente i fija i aquella espresion dura desaparecian cuando hablaba i el rostro se hacia entonces mas suave, mas femenino.

—No se me ha ocurrido nunca que pudiéramos vivir en otra parte—contestó.—Por pocos dias me gusta ir a la ciudad; pero me aburro luego; echo de menos mi casa de aquí. Ademas, no me conformaria sin ver a los abuelitos, i como ellos no se moverán nunca del fundo sino para venir aquí...

—Pero si Uds. estuvieran en otra parte, allá irian a verlos.

—¡Imposible! Ud. no se figura qué viejitos estan. Aun estos viajes de tres horas desde el fundo les hacen daño.

En este punto, la señora nos interrumpió para invitarnos a salir del comedor, donde habíamos prolongado demasiado nuestra charla. El sol daba en las ventanas, i a traves de los transparentes entraba una luz vivísima que nos molestaba.

Yo me sentia fatigado; el esfuerzo de las horas de viaje, las emociones, los paisajes i rostros nuevos, la conversacion, eran una prueba excesiva para mi convalecencia. Debieron de advertirlo, porque don Ernesto me cojió un brazo i me condujo a mi aposento, diciéndome:

—Tú necesitarás descansar; estas en tu casa. Esta mañana has madrugado para el viaje i tú no tendrás costumbre...

—Efectivamente; creo que me vendrá bien un rato de reposo.

—Aquí tienes tu pieza. Es pobrecita como yo te lo habia dicho; si algo te falta lo pides. Hai que

tener confianza, pues, hombre. Aquí no entendemos de etiquetas; ¡qué caramba! hazte cuenta que estás en tu casa i que estan vivos tus padres, ¡Dios los tenga en la gloria! Yo me voi a dormir mi sietecita. Con que, si deseas algo, no hai mas que llamar. Ahí está la campanilla.

Dile las gracias, i me dejó solo. Me tendí en la cama que era blanda, limpia, olorosa, con ese aroma de las ropas bien planchadas que se guardan en viejos armarios de maderas fragantes. Hundi con fruicion mi cabeza en las almohadas frescas i blandas i cerré los ojos. Estaba rendido de fatiga. Mis nervios no eran capaces todavia de resistir tantas horas de sacudimientos i de tension como llevaban desde la mañana.

En mi pensamiento jiraban las imájenes que habia visto desfilar, el vaporcito, las olas juguetonas, los cerros, el panorama de San Juan, las calles, don Ernesto, el doctor Fernandez, doña Dolores, Victoria..... Un sopor, que no era el sueño, en el cual yo tenia conciencia de mi mismo, cayó dulcemente sobre mí, i poco a poco mis facultades, que parecian extinguirse, se fijaron en un punto, i mis ojos cerrados veian otros dos ojos que me miraban con fijeza insistente, que eran oscuros i despedian luz.

.....
Era ya tarde cuando desperté, porque la luz que entraba por las maderas entreabiertas de la puerta, que daba al corredor, se habia atenuado i en mi habitacion comenzaba el crepúsculo.

Reinaba en torno mio un silencio profundo que me obligó a recordar los estrépitos de Santiago, los coches, los tranvías, las grandes carretas saltando sobre el duro i accidentado pavimento. Solo se oian en el jardin silbidos de pájaros, i aguzando el oido, se percibia vagamente el sordo rumor acompasado de las olas del mar.

Cuando salí al corredor, hallé en el extremo de él, sentadas en grandes sillas de mimbre, ocupadas en coser o bordar, a misiá Dolores i a Victoria, que me

hicieron preguntas sobre mi sueño, mi salud i la cama, i se echaron en cara mutuamente el haberme perturbado con sus voces i sus trajines, sin que pudiera yo convencerlas de que en aquella casa habia un silencio tan absoluto que solo parecia habitada por espíritus.

Rehusé una invitacion para dar un paseo en la calle. Me atraia mas aquel rincon del corredor que el jardin invadia con sus enredaderas i allí nos quedamos, siguiendo una conversacion apacible, entrecortada por largos silencios, conversacion que no era sino un accesorio, un accidente del cuadro que teníamos delante i que la tarde iba vistiendo con sus encantos.

La casa tenia un cuerpo de edificio hácia la calle, con un zaguan o pasadizo al centro i dos grandes habitaciones a cada lado. De los extremos salian otras dos filas de piezas, tambien grandes i bajas, rodeadas por el ancho corredor; i todo se abria sobre un jardin i huerto, enmarañada espesura de pinos mui altos, añosos i torcidos perales, higueras i nogales cuyas ramas llegaban al suelo, i un sauce enorme suspendido en la falda de la colina que cerraba el fondo de la propiedad i estaba cubierta de espeso matorral.

Desde el extremo del corredor veíamos todo aquello iluminado por la suave luz del sol que se habia escondido tras de la colina, i teníamos sobre nuestras cabezas, como una tienda de púrpura i oro preparada para un rei, el cielo manchado de nubes de fuego, arreboles de la magnífica tarde de verano.

El aire tenia fragancias de flores, de yerbas silvestres, de toronjiles que crecian allí como malezas, i traia olores vigorosos de la playa donde las algas morian al beso de los últimos rayos del sol poniente.

Abrimos la reja que cerraba el corredor i bajamos Toya i yo al jardin,

—Hai pocas flores—me decía—porque se me olvidó el jardinero que me ayudaba.

—¿Ud. cuida el jardin?

—Ahora no puedo decir que lo cuido. Mire cómo están los caminos, llenos de pasto.

Nos deteníamos frente a algunos grupos de plantas, que me iba señalando.

—Este prado de resedás era muy grande; pero las babosas se las han comido. Aquí hai muchas. A veces me dá rabia cuando vengo por la mañana i hallo ese rastro brillante que van dejando i veo que destruyen las mas bonitas..... Pensamientos, quedan algunos..... ¿Le gustan los pensamientos?..... Mire éste, parece una cara de viejo con bigotes largos.

I me pasó una de esas flores de un color morado muy oscuro con extrañas manchas de oro en el centro, que yo puse en el ojal de mi chaqueta.

Me senté en un banco, i ella siguió mirando su jardin, metiéndose entre los rosales i otros arbustos, cojiendo algunas flores, hablándome siempre con una voz clara, fresca, muy armoniosa; i su busto elegante, encerrado en un vestido blanco se diseñaba graciosamente sobre el oscuro ramaje.

Me trajo un baston de rosa i otras florecillas pequeñas:

—Esta se llama *copa de Hebe*. Bonita, ¿no es cierto?

Despues, cuando ya apenas habia en el jardin una luz moribunda, oímos la voz de don Ernesto que nos llamaba a comer.

Nos sentamos a la mesa a la luz de una lámpara colgada del techo, que hacia brillar los platos i los utensilios de metal sobre el mantel blanquísimo; i otra vez estaban allí, delante de mí, los ojos negros que me miraban desde muy adentro, como una luz en el fondo de un santuario i que parecian animarse fujitivamente cuando la interesaban los detalles que yo iba dando de la vida santiaguina.

Se habló mucho; se prolongó la charla de sobremesa en la sala de los muebles amarillos; vimos un álbum con los retratos de las señoritas de San Juan, cuyos nombres i condiciones me explicó Victoria;

recordamos largamente a los abuelitos i se dijo que era menester anunciarles mi llegada, porque así lo habian pedido i se alegrarian mucho de saber que estaba tan cerca; se insinuó un viaje a Ranquilhue, el fundo de los abuelos, para los dias de la vendimia.

Nos recojimos; i yo me dormí con una impresion de paz, de inmensa quietud del alma i bienestar del cuerpo, bajo el influjo de una sensacion de olvido, semejante al comienzo de un letargo, que nunca habia experimentado. Me dormí sin pensar en nada, sin ver nada... Miento: la obsesion de los ojos negros no me abandonó i creo que el último pensamiento confuso que llegué a formular fué que el único fundamento de la exajeraciones del doctor Fernandez debian de ser esos ojos, que no eran precisamente hermosos, pero miraban de un modo especial.

III

VERANEANTES DE SAN JUAN

Nunca hubiera creído yo, i sin duda no lo sospechaba el médico que me mandó residir en la costa, que tan rápidamente vería renacer mis fuerzas, volver a mi cuerpo i a mi espíritu las energías perdidas i calmarse aquella excitacion nerviosa que aniquilaba mi organismo i parecia a veces llevarme al último extremo.

Algo influyó el clima, que es dulcísimo; pero yo atribuyo la súbita restauracion que experimenté en los primeros dias, al blando i tibio regazo de aquella familia en cuyo seno vivia i que, rodeándome de cuidados maternales, poniendo en todas partes las dulzuras de su cariño, lograba en mi naturaleza lo que todas las drogas i todas las auras marinas no hubieran conseguido.

Las tres personas de la familia, los padres i la amable muchacha morena, habian tomado como un deber, como una tarea impostergable i grave, mi total curacion. Me observaban, me hacian preguntas, emitian juicios sobre mi estado i discutian acaloradamente sobre esta materia trascendental.

—Hoi tienes un semblante mucho mas sano—decia don Ernesto;—estas rosado.

—Sí; pero se le nota mucho la debilidad al andar—observaba miñá Dolores.

I Victoria estaba siempre reprendiéndome porque no tomaba los alimentos necesarios i porque solia

negarme a aceptar las golosinas tan esquisitas como peligrosas de que rodeaba mi asiento en la mesa.

El segundo día, despues del almuerzo, i a eso del mediodía, salí a la calle con Victoria i su padre para dar un corto paseo. Era una calle donde se alineaban irregularmente las casitas bajas, forradas de tablas, pintarrajeadas de blanco o plomo, con anchos aleros salientes i ventanas cuadradas; sombreábanla grandes árboles, olmos i acacias, que enredaban sus ramas de un lado a otro ocultando el cielo.

Estaba solitaria i, a pesar de la hora, corría una brisa que moderaba el ardor de aquellos días caniculares. Un ambiente de paz, la calma de las edades patriarcales, parecía flotar en el aire tibio; solo oíamos el susurro de los follajes, los gritos de algun carretero, i las risas de unos chiquillos que jugaban revolcándose en el polvo en amigable consorcio con un perro enorme.

—¡Qué raro le parecerá a Ud. este pueblo!—dijo Victoria que marchaba a mi lado.

—Lo que me parece—le dije en mi egoismo de convaleciente que se ve renacer—es que estoy aquí mui bien i que no deseo estar en otra parte del mundo.

—Se entusiasman fácilmente los santiaguinos, por lo visto,—me replicó en tono medio burlon.

—¿I cómo no quiere Ud. que me entusiasme? ¿Qué no vé cómo en pocas horas ya siento que la vida me vuelve? I en cuanto a la soledad de esta calle i del pueblo, no diré que me parezca tentadora para mucho tiempo; pero hoy me parece adorable.

—¡Ya se aburrirá!

—Puede ser, pero antes se aburrirán Uds. de su alojamiento. Yo soy mui odioso—añadió—Ud. no sabe todavía que tengo muchas pequeñas manías de solteron que me ha formado mi vida solitaria de tantos años.

—¡Vaya! El remedio es mui sencillo: las manías

perjudiciales o molestas se las vamos a combatir hasta quitárselas; las otras, que sean inofensivas, nos servirán para divertirnos un poco a su costa.

Dijo esto último sonriendo i mirándome picarescamente.

La calle que seguíamos se internaba entre los cerros en un valle angosto i se convertía luego en un camino que veíamos caracolear en la falda, frente a nosotros, entre casitas blancas, que asomaban en las arboledas como bandada de gaviotas que hubieran venido de la playa a refugiarse en los bosquecillos.

Mi debilidad nos obligó a detenernos en una plaza cerrada en su costado principal por un caseron largo, bajo, medio derruido, en cuyas tejas musgosas, mohosas paredes i destrozadas ventanas, se adivinaban algunos años de incuria. En el centro tenía una torrecilla torcida en la misma dirección que lo estaban por efecto de los vientos del sur los árboles que la rodeaban. Coronaba la torrecilla la veleta que ya no jiraba i en que una figurita ridícula, pintada de azul, tenía en una mano la balanza i en la otra la espada.

Era la Cárcel de San Juan.

La soledad reinaba en torno nuestro. Nos sentamos en el borde de la acera, que estaba elevada sobre el arroyo; delante se extendía la plaza donde unos chicos jugaban dando gritos agudos; mas allá subían por la quebrada las masas oscuras de los bosques de un Parque con elegante chalet suizo, donde un inglés enriquecido en el comercio había ido a enterrar su *spleen*; i cerraban el horizonte estrecho las colinas. El sol de mediodía derramaba sobre el paisaje una inundación de luz vivísima, que adormecía a las plantas mustias, a los animales silenciosos, a la tierra que reverberaba en el camino como si se incendiara.

—Esos cimientos—dijo don Ernesto, que nos seguía sudoroso i sofocado con la temperatura, para mí deliciosa—son de una cárcel que comenzaron hace seis años. Después vino la crisis,

i ahí se quedó la obra. Hai mucha plata metida en piedras i ladrillos.

—¡Es lastima!—dije por contestar algo, aun cuando en realidad no me interesaban esos cimientos, i añadí como pudiera hacerlo un Ministro en el Congreso:—El Gobierno tiene el propósito de terminar estas obras apenas se lo permita la situacion económica del país.

Los chiquillos nos habian divisado, interrumpieron sus juegos i dos de ellos vinieron dando saltos de cabritillos a saludar a Victoria.

—¿Cómo te vá Perucho? ¿Que es de tu vida Carlitos? ¿Por qué no me han ido a ver?

Los chicos hablaban a la vez, sacudiendo sus largos delantales llenos de polvo, i uno de ellos, que debia de tener cuatro o cinco años, se apoyó en las rodillas de Victoria que acariciaba su cabellera rubia, sedosa i larga, i la dijo en tono suplicante i en su lengua estropeada:

—Toyita linda, cuéntame el cuento del hombre de los zapatitos de fierro ¿quieres?

—Ahora nó; ya nos vamos; anda a verme i te voi a mostrar un libro de cuentos con monos mui bonitos.

—No me deja mi mamá.

—¡Sí, sí!—dijo el mayor—no nos dejan porque dice mi mamá que somos mui odiosos.

—Pórtense bien i yo le diré a tu mamá que los mande.

—¡Carlitos!—gritó uno de los que se habian quedado en el centro de la plaza—¡mira, éste te agarró tu trompo!

Fué un grito de alarma; los amiguitos de Victoria se lanzaron sobre el que habia *agarrado* el trompo, i miéntras nos alejábamos oímos voces, protestas, amenazas, insultos infantiles: «¡Tonto! ¡Burro! ¡Chiquillo playero!»

—Son los niños de la Sara—me dijo Victoria—la señora del doctor que se vino con Ud.

—¡Ah! sí; el mayor tiene la misma cara de su padre.

—Yo los quiero mucho, porque, a pesar de su viveza, son mui dóciles. La Sara los manda siempre a casa. Me entretienen mas que una persona grande. ¡Si Ud. viera qué intelijente es Perucho!

En la tarde, despues de la siesta, que en la casa era una práctica religiosa i debia de serlo en todo el pueblo por el mayor silencio que a esa hora reinaba, anunciaron la visita del doctor Fernandez i su esposa, que deseaban saludar al alojado.

La madre de los chiquillos que jugaban al trompo, era una dama que parecia mandada hacer sobre medidas para formar con su esposo un pareja artisticamente proporcionada. Era un poco, pero mui poca cosa, mas pequeña que él; su rostro era fino como el de su esposo, blanco i terso, los ojos redondos i vivos, la nariz tan delgada i transparente que de perfil parecia una hoja de papel, i los labios tambien delgados i hundidos dejando verse una línea roja que interrumpia la palidez de su cara.

Vestia un traje oscuro, mui sencillo i traia en la cabeza un velo negro, prendido bajo la barba, que hacia mas fino i mas pálido su rostro.

Fernandez se informó bondadosamente de mi salud i con cierta gravedad profesional, que se me figuraba algo cómica en su aspecto de niño grande, me tomó el pulso, me hizo mostrarle la lengua i me auscultó el corazon.

—Vá bien, vá bien! —dijo en seguida frotándose las manos—la excitacion ha desaparecido, el pulso está robusto, el estado de miseria fisiológica que debe de haber tenido Ud. hace un mes, no existe ya. Me parece que en quince dias de residencia en este clima, se pondrá tan gordo como don Ernesto, por lo ménos.

—Lo que yo sé —dije—es que esta mañana he amanecido con fuerzas nuevas. Ya me decia el doctor Casella que el cambio me iba a mejorar con rapidez.

—¿Casella? —dijo Fernandez.—Lo conozco. Fuimos condiscípulos en la clínica de Diaz, muchacho de talento, un poco soñador.

—Yô no creo en los médicos—dijo la señora de Fernandez, con una vocesita un poco chillona que me pareció al principio desagradable.—No sé si será porque tengo uno tan cerca i a quien conozco tanto. Nó; si no lo digo por broma—añadió viendo que su marido se sonreía incrédulamente—con toda sinceridad: no creo ni en tí ni en nadie. Los que sanan, sanan a pesar del médico. ¡Ai hijo! La ignorancia de Uds. es cosa que espanta.

—No la crea Ud.—dijo Fernandez que oía a su mujer i me miraba a mí como si quisiera decirme «advierta Ud. qué ingeniosa es esta esposa mia.»

—Nunca me olvidaré — siguió la voz atiplada de la señora, mezclando sus palabras con risitas burlonas—de aquella vez que cojí un catarro de padre i mui señor mio i tú andabas medio loco dándome remedios para el asma i jurando que tu mujercita se te habia quedado asmática para toda la vida.

—¡Pero, mujer, no exajeres! yo les explicaré ..

—Eso sí, esplicaciones no te han de faltar. Convécete, hijo, eres uno de los matasanos mas estimables, a pesar de todo; pero confundes el romadizo con el asma.

Í se echó a reir locamente, contagiándonos con su alegría. Habia algo de pájaro en aquella señora. Su risa, que prodigaba demasiado, era fresca i regocijada como trinos de avecillas.

Yo me enredé con el médico en una conversacion sobre medicina, sobre la mortalidad de aquel pueblo i el hospital, i las señoras hablaban en voz mas baja, cuchicheando, haciendo muchas preguntas la de Fernandez, contestándolas misiá Dolores que me miraba de soslayo mezclándose a veces la Toya con sus observaciones reposadas, diciendo sus bromas la esposa del médico para terminarlas con las carcajadas de pájaro en que le hacian coro las otras dos mujeres.

Hablaban de mí. Lo sentia en ese calorcillo que le llega a uno al rostro cuando por allí cerca se le juzga i analiza. Pero hablaban favorablemente, por-

que eran mis buenas amigas las que daban informes sobre su alojado.

Se convino, en seguida, que pasados dos días iríamos una mañana a la playa. hacía la hora del baño, para lo cual la señora de Fernandez pasaria por nosotros i nos llevaria en su carreta. Aunque la distancia era corta, cuatro o seis cuadras, ella tenia una carreta grande, en la que iba al baño con sus niños.

I los esposos se despidieron con grande afabilidad, haciéndome mil ofrecimientos, hablando todos a la vez mientras los acompañábamos hasta la puerta de la calle.

Dos días despues, i cuando el reposo, los cuidados de que me rodeaban, los paseos en el jardín i en la calle hasta la plaza de la Cárcel, me habian devuelto las fuerzas, conocimos por la griteria de los chiquillos i las notas altas de la risa de su madre, que la carreta de Sara nos aguardaba.

—¡Señor! ¡Qué jente tan floja!—decia ella entrando en el zéguan.

—¡Toya! A ver si despiertas a ese santiaguino que no sabe gozar de las mañanas. ¡Vamos! ¡Luego! ¿O quieren que nos asemos de ce'ce? si no salen me voi sola.

—Pero, mujer,—le dijo Victoria que salia arreglando su sombrero—¿cuándo dejarás de alborotar?

—Ya estoi pronto, señora, a sus órdenes—dije lanzándome a la puerta.

Era un carreton tirado por bueyes i cubierto por un toldo de tela blanca por entre cuyas cortinas asomaban las cabezas rubias i morenas, que de todo habia, de los chiquillos de Fernandez, saludando a Victoria.

—¡Toya, Toyita!—¡Buenos días, ¡Toya! ¡yo me siento a tu lado!—¡yo me baño contigo!

Subieron a la carreta Sara i Victoria i yo tomé asiento en la parte posterior del vehículo, dejando colgar fuera mis piernas, que casi tocaban el suelo polvoroso.

Revolvíanse los chiquillos, peleando por los asientos, gritábales su madre para que callaran i se estuvieran quietos, i Perucho, el amigo de Victoria, sentado junto al carretero animaba a los bueyes, fingiendo una voz ronca, de hombre, i diciéndoles:—¡Arre *Pajarito!* Arre *Golondrino!*

Dando tumbos que arrancaban chillidos a Sara i grandes risotadas a los chicos, por una calle con algunas casitas viejas i muchas bodegas, pasando a la marjen del estero que la marea llenaba de agua verdosa i sucia, llegamos a la playa, i los bueyes arrastraron pesadamente la carreta cuyas ruedas se hundían en la arena.

¡Que espectáculo! Esa playa está tan metida en mi memoria con sus mas deleznables detalles que, al recordarla, todos mis sentidos reproducen las sensaciones que allí se repitieron tantas veces...

La playa del baño estaba separada del puerto i de su muelle por el *Cerro del Castillo*, montículo boscoso en la altura, erizado de peñas desgarradas i fantásticas en la base, azotado por las olas furiosas en sus abruptos flancos, que avanzaba al encuentro del mar como si le desafiara. A este lado del Cerro se tendían las olas en la arena con dulce desmayo, lamiéndola i removiéndola sin cesar, i la playa formaba un arco suave, seno abrigado por colinas sobre cuyas aguas tranquilas se movían las algas i revoloteaban bandadas de gaviotas acompañando con sus gritos salvajes el rumor del mar.

Desde el Cerro del Castillo en una estension de tres o cuatro cuadras hasta el sitio en que se había detenido nuestra carreta, la arena estaba sembrada de casuchas de madera, verdaderas garitas, que servían a los bañistas, i las siluetas rojas, blancas, negras, de las mujeres i niños, sentados en la arena, paseando en grupos, huyendo de las olas que se arrastraban persiguiéndolos, ponían una nota alegre, una mancha abigarrada sobre la larga faja amarilla de la playa.

Fuéronse Sara i sus chicos en busca de la casu-

cha que estaba en el extremo opuesto, al abrigo del Castillo, i Victoria me invitó a pasear por la ribera, alejándonos de los bañistas para no perturbarlos.

Era una mañana tibia, serena; por las cimas de los cerros flotaban nieblas opalinas, jirones del velo de la Noche que se enredaron en las altas peñas; i mas allá del mar tranquilo, de un verde intenso jaspeado de copos de espuma, huella talvez de sus combates i fatigas en las horas de la alta marea, habia en el horizonte una cinta oscura, parduzca, refugio de las tormentas sombrías que huían del sol.

En la playa nos habian precedido muchos de los bañistas que, despues de remojarse en las saladas ondas, caminaban lentamente por la arena, se detenia a recojer las conchas i los crustáceos despedazados que la marea dejó al bajar, miraban el vasto i espléndido panorama que el mar, el cielo i la costa ofrecian a sus ojos.

Eran los veraneantes de San Juan, con una que otra escepcion, familias de algunas ciudades de provincias, que podian darse el lujo de arrendar ahí una casita incómoda i sucia para que los suyos respirasen aires maritimos, pero que no alcanzaban a pagar una temporada en las lujosas estaciones balnearias que a pocas leguas de allí poblaban las jentes de Santiago.

—Aquí va a conocer a nuestra alta sociedad veraniega—me dijo Victoria cuando nos acercábamos a un grupo de varias señoritas i jóvenes, que nos miraban ya con ese aire de desconfianza i de afectado desden con que la cursileria provinciana se cree obligada a recibir al que viene de la capital.

Eran ellas tres muchachas regordotas, blancas i sonrosadas, que en vez de sombreros llevaban grandes gorras, como las que usan los pequeñuelos, las cuales daban a sus rostros un aire infantil mal avenido con sus exuberantes formas.

Abrazaron a Victoria i la besaron todas ellas en ambas mejillas con grandes muestras de afecto, con una precipitacion casi rabiosa, cual si la mordieran.

I los mozalbetes, rollizo i moreno el uno, flacucho i pálido el otro, encojido i torpe aquél, amanerado i flexible éste, con aire de campesino rico el primero i vestido el segundo de ingles con gorra de *jockey* i los pantalones doblados por abajo, se acercaron a saludarnos i Victoria murmuró, al presentármelos, sus nombres que no entendí.

Las señoritas se llamaban las Callejas i pertenecian a la mas encumbrada aristocracia de un pueblo vecino.

Victoria las invitó a seguir el paseo con nosotros, lo que aceptaron despues de algunos melindres i de preguntar al jóven aprendiz de ingles qué horas eran i de hacerse prometer varias veces que no iríamos mas allá de la Caleta, un rincon del cual estábamos mui cerca.

Una de ellas, que se llamaba Ismenia, i parecia la mayor, quedó junto a mí, i con ella entablé conversacion, mientras los otros por parejas nos precedian i seguian.

—¿Uds. pasan en San Juan la temporada de verano, señorita?

—Sí, señor; venimos todos los años.

—Es mui agradable esta costa.

—¡Ai, sí! Sobre todo el temperamento.

—¿Tal vez un poco triste?...

—No, nada de eso; nosotras pasamos mui bien, tenemos muchas amigas i amigos. Ud. no ha salido todavía, por eso no sabe cómo se pasa en San Juan. Nos divertimos mucho. En la mañana, el baño; en la tarde vamos a andar por cualquiera parte, por las quebradas, al molino, a la fábrica; en la noche tenemos el muelle; va mucha jente, cuando no hai viento es delicioso.

La señorita Ismenia Calleja pronunciaba el castellano con una correccion desesperante: hacia silbar las eses finales de un modo horrible i decia *delizioso* i *Zan Juan*.

—No me estraña—le dije—que Uds. pasen bien.

Por lo que Victoria me ha dicho la familia de Uds. es el alma de este pueblo en los veranos.

Victoria, dicho sea en homenaje a la verdad, no me habia nombrado a la familia de Calleja; pero ¿a quién no le gusta ser el alma de cualquiera cosa?

—¡Jesus! ¡Qué exajeracion!—dijo la señorita Ismenia, sin poder disimular su complacencia,—es que la Toyita es demasiado buena.

—I ahora lo que estoi viendo—segui diciendo yo, dispuesto a fusilar a galanterias a la ruborizada bañista—me confirma esos informes. No es posible que cerca de Uds. se pase de otro modo que divinamente.

—Bien dicen que los santiaguinos son tan galanteadores.

—Los santiaguinos sabemos admirar la belleza donde se halla—dije yo, tirándome de cabeza, ciegamente, en el mar de los requiebros empalagosos.

La señorita Ismenia habia hallado su hombre. Revolvio los ojos, hizo un jesto coqueton con sus labios gruesos i nada respondió.

No tuve tiempo de decirle nuevas atrocidades que se me venian a la boca porque en ese momento encontramos a una pareja. Ella estaba sentada sobre una piedra i hacia dibujos en la arena con el extremo de su sombrilla; él se habia recostado a sus piés i tenia los ojos fijos en la niña con aire estático.

—¡Adios, Bertita!—gritó Ismenia con evidente intencion de interrumpir aquel idilio que el mar ponía en música con la ronca sinfonia de sus olas.

—¡Adios!—contestó la otra i ámbos miraron un poco turbados.

—Ya vé que se pasa bien en San Juan—me dijo maliciosamente mi compañera.

—¿Enamorados?

—¡Uff! Furiosamente enamorados. Yo no sé cómo no se dan cuenta de que todos se fijan en ellos ¡Ya se vé!

—Piensan los enamorados,
piensan, i no piensan bien,
piensan que nadie los mira
i todo el mundo los vé.

—¡Ai! Es la pura verdad. Pero debieran tener mas juicio. Esta niña es mui buena, la Bertita Gomez; pero es mui poquita cosa, la pobrecita. I se ha templado con ese muchacho... un empleado de la Tesoreria, un pobre chiquillo de mui buen carácter, pero que no vale nada. En fin, cada una sabe lo que hace.

—¡Qué quiere Ud., señorita Ismenial!—me creí obligado a decir para detener la ola de murmuración que se me venia encima—no se pueden dar reglas para el corazon i sus inclinaciones.

—¡Así es! ¿no?—repuso ella poniéndose súbitamente romántica.

Para fortuna mia ya estábamos frente a la Caleta, recodo de la costa en que unos pescadores habian aprovechado el declive del cerro para colgar en él sus ranchos, como nidos de aves marinas, i el abrigo de unas peñas para fondear las chalupas.

Las señoritas Callejas no quisieron avanzar ni un paso mas; su mamá las aguardaba; era ya mui tarde; mas allá la playa estaba llena de piedras que la obstruian i el aire se saturaba con el olor de los *huíos* que se podrian sobre la arena.

Volvimos, pero ya no me era posible seguir mi apasionada conversacion con Ismenia, porque veníamos en un solo grupo i la conversacion se hizo jeneral. Es decir, hablaban las tres Callejas haciendo bromitas a los muchachos que las acompañaban; contestaba el mofetudo con monosílabos i poniéndose mas colorado de lo que naturalmente era; decia frases melosas con voz dulzona el otro, i Victoria i yo las acompañábamos a reir formando con ellas grande algazara.

—¡Rufino, no se meta al agua!—decía la Calleja número dos, ó sea la segunda, al muchacho moreno que caminaba mui cerca de la línea en que morían las olas.

—No tenga cuidado, señorita Adela—contestaba sordamente Rufino.

—¡Cúidenlo!—decía la Calleja tercera, que usaba los vestidos un poco altos i se balanceaba al andar, a causa de su prematura obesidad—porque si se enferma, nos va a echar una raspa una personita que yo sé.

—Efectivamente—apuntaba el flacucho sonriendo debajo de su gorra, tan pequeña como una bico-ca—el amigo Rufino tiene para quién vivir.

—Mire, Julita,—replicaba Rufino dirigiéndose a la menor de las Callejas en tono medio amenazador i malicioso—no me ande con tantas cosas porque yo la vendo.

Aquí las Callejas armaban un grande alboroto, movían los brazos, hablaban a la vez:

—¡Que la venda! ¡Que diga!—A ver qué sabe!—
¡Déjenlo que hable!—¡Será una mentira!

I en conversaciones parecidas seguimos hasta las casuchas de los bañistas, junto a una de las cuales nos sentamos a la sombra.

Mujeres vestidas con las ropas de baño recibían a corta distancia de nosotros el golpe de la ola dando gritos chillones. Los niños corrían desnudos por la arena, se perseguían, se tumbaban en la orilla, lanzando al aire las piernas, luciendo sus carnes blancas, morenas o cobrizas.

Miré atentamente el cuadro lleno de vida, de color, a que servía de marco el mar inmenso que parecía entretenerse en jugar con aquellos cuerpos débiles, como un león con un bichejo que se atreve a subir a una de sus garras.

Las inquietas señoritas Callejas no resistieron mas de cinco minutos al deseo de moverse. La obesa Julita echó a andar dando voces i llamando a otra

jóven que se bañaba. I Adela e Ismenia se levantaron, diciéndonos:

—¿Vamos a las piedras del Castillo? Allí sí que está bonito.

—Muchas gracias, mi hijita—contestó Victoria—yo estoy cansada, me quedaré aquí.

—Entonces, hasta luego. Ahí los dejamos poetizando,—dijo una, lanzando al viento su carcajada.

—El señor debe ser poeta i puede hacer unos versos al liquido elemento. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —i se alejaron dando saltitos, riendo como locas, mirando maliciosamente hácia atras, seguidas por los dos galanes de su escolta.

—¿Le fastidia esta jente?—me preguntó Victoria.

—Nó —le respondí—me divierten. ¡Qué señoritas tan movedizas!

Victoria se habia quitado el gran sombrero que la defendia del sol; su cabellera negra estaba recogida en una trenza, dejando descubierta toda la frente ancha i limpia; miraba el mar fijamente como si hubiera descubierto un objeto en la desierta llanura de esmeralda.

No sé si aquello me lo enseñó el contraste entre las muchachas que hormigueaban i chillaban en la playa, i la grave i tranquila figura de mi compañera; no sé si fué que el espectáculo del mar en esa mañana habia encendido una nueva luz en mi cerebro; pero en esos instantes me pareció que la morena hija de don Ernesto, la amable Toya habia crecido, estaba rodeada de una aureola de majestad, parecia toda ella iluminada por un pensamiento interior que daba reposo i dulce severidad a su rostro i a su actitud, luz a sus ojos que se dilataban para encerrar el soberano paisaje que tenian delante.

Callamos. ¿En qué pensaba ella? ¿Qué sueños arrullaba en la humilde fantasia de esa niña de aldea el canto de las olas? ¿Por qué estaba de ordinario silenciosa i si hablaba era solo sensata, dulce i gravemente? ¿Por qué tan concentrada?... ¿Qué

veían sus grandes ojos negros en el horizonte remoto?

No tenía Victoria ni mayor edad, ni mas nociones del mundo, ni mayor ilustracion, ni mas alta categoria social que esas pintorescas señoritas Callejas, a quienes veía ya trepando pesadamente por las rocas del Cerro del Castillo. ¿De dónde, pues, le viene, decíame yo, mirándola, este reposo grave i melancólico de toda su persona, la cordura de sus juicios, lo apacible de su vida que traslucía a su exterior?

Había algo en su frente, en su mirada... ¡Algo!... Debía de ser su inteligencia, que el doctor Fernandez tanto me ponderó.

El médico exajeraba en muchas cosas, ya lo sabía yo; pero ahora me explicaba en buena parte su admiracion por Victoria: no era vulgar, tenía mas talento que las otras mujeres de ese pueblo, había en ella una vaga sombra de enigma que atraía.

La muda contemplacion de Victoria i mis reflexiones fueron cortadas por los gritos de los chiquillos de Sara que volvía en su carreta.

Nos unimos a ellos en el pesado i primitivo vehículo. Victoria acariciaba a Perucho i contenía a los otros, que peleaban por unas tortillas con que Sara quiso calmar el apetito feroz que el baño les desarrollaba. Sentado como al venir a la playa, yo miraba el mar un poco fatigado i otro poco ébrio de impresiones, revolviendo allá en el último fondo de mi pensamiento unas ideas informes sobre mi amiga Victoria.

IV

EN EL NIDO

Tengo derecho a que se me crea si digo que me conozco un poco a mí mismo. He pasado mucha parte de mi vida casi sin otro amigo i consejero que mi propio juicio, i me he estudiado algo porque así lo exigía mi ambicioncilla, mi deseo de hacer en el mundo algun papel que no fuera el de simple comparsa.

Me conozco i sé que soi un hombre impresionable, que tan fácilmente subo en alas del entusiasmo a las mas elevadas exaltaciones, como desciendo i me abato bajo el peso de negras pesadumbres.

Tambien olvido con facilidad. Se me ha creido ingrato i desleal. Se me ha acusado de que paso de un amor a otro i de una a otra amistad sin que nada deje huella profunda en mi espiritu. Reconozco en estas acusaciones un fondo de verdad. No es que lleve yo mi escepticismo hasta dudar de todos los vínculos humanos, puesto que el amor i mas aun la amistad, me han ayudado positivamente en la existencia i han sido para mí grande i verdadero consuelo. Es que mi temperamento, mi naturaleza no dan para mas: toda impresion subleva i domina totalmente mis facultades por breve espacio de tiempo; despues... yo quiero retenerla, pero ella se va, se borra, para dar lugar a las del último instante.

Pero aunque todo esto sepa [yo i esté por ello

prevenido, confieso que mi carácter inconstante me dió una sorpresa cierto día en que, por primera vez desde mi partida de la capital, recibia yo una carta que me hablaba de mis negocios i me traia como un eco de los afanes que por tanto tiempo habian sido mi único desvelo.

El eco soró en el vacío de mi memoria, no halló en ella nada que le respondiera. Mi nueva vida blanda i ociosa i sus fútiles i livianas distracciones no me dejaban ya espacio para cosa alguna.

Leí rápidamente la carta: hablaba de la próxima terminacion del feriado judicial, i mi corresponsal, un buen amigo a quién encomendé la jestion de mis juicios en mi enfermedad, me preguntaba si mi salud mejoraba i si volveria a Santiago el 1.º de Marzo. Recibí la carta el 27 de Febrero i habian trascurrido mas de veinte días desde mi llegada a San Juan. Hablaba tambien de política, de sesiones extraordinarias del Congreso, de crisis ministerial, de un cambio en el rumbo del partido que me contaba entre sus miembros mas activos i fervorosos en la Cámara joven.

No sé de dónde me nació cierta filosofía encumbrada i serena que me hizo tirar sobre una mesa la carta, apenas recorrida con la mirada, desdeñando igualmente mis pleitos, mi partido, el ministerio, la Cámara i cuanto aquello significaba.

Pensé con disgusto i repugnancia en lo que habia abandonado; vi mi casa solitaria, en silencio, la mesa de trabajo cargada de esos libros i papeles que causaron mi enfermedad, las visitas que allí solia recibir de hombres que ya me tenia aprendidos de memoria; vi, oí i gusté con la imaginacion el comedor de *restaurant* donde iba diariamente a tragar un caldo de bajo o dudoso origen, i a mascar filetes i chuletas que parecian de papel *maché*.

I luego, sentí la dicha de hallarme en San Juan, en la quieta soledad de mi gran cuarto, empapelado de blanco, lleno de luz i de perfumes que venian del huerto por la ancha puerta de cris-

tales; con la cama blanca sobre la cual una imájen de la Virgen de Mercedes abría su inmenso manto sostenido por angelitos rubicundos; con sus viejos sillones forrados de cretona cuyos altos respaldos i derrengados brazos tenían el recuerdo de muchas siestas i parecían desperezarse i convidar al reposo; delante de una mesa redonda, grande como una plaza, cubierta por un tapete verde bordado de flores inverosímiles, i que solo contenía algunos libros, mui pocos, recado de escribir i un vaso en que la Toya ponía flores frescas; cuando sentí este ambiente esquisito, sereno, blando i callado, me pareció que lo otro, lo que estaba léjos en la capital; era una pesadilla que se desvanecía i borraba a la riente luz de mi nueva existencia.

No eran los jazmines que adornaban mi mesa las únicas flores que la Toya ponía en mi camino. Toda mi vida en su casa estaba llena de sus delicadezas, hallaba la huella de sus manes en todas partes.

¡Amable creatura! En pocos días su sociedad, su conversacion, sus pensamientos, sus cuidados, el sonido de su voz se me habian hecho tan familiares como si nunca me hubiera separado de ella.

Pasábamos juntos mucha parte del día i era ella, en verdad, la única persona que en San Juan me entretenía i me inspiraba inmensa confianza para decir en su presencia todo el fondo de mis juicios i mis ideas.

En la mañana íbamos al baño, siempre con la alegre Sara i sus alborotados chicos. Poco a poco prologábamos los paseos de la tarde, a la medida de mi salud renaciente, i nos dirijíamos con don Ernesto o con miñá Dolores, a un molino, cuya enorme rueda volteaba entre frondosas encinas en el fondo de una quebrada, o subíamos mui lentamente la colina que estaba detras de nuestra casa, para ver la puesta del sol que se hundía entre resplandores ígneos dejando un rastro de oro i de fuego sobre las ondas.

¡Cuánto hablamos en esos días! Parecíame que

estaba obligado a darla cuenta de mi vida anterior como hubiera debido hacerlo con una hermana tras de larga ausencia del hogar.

Sus preguntas me abrieron el camino para referirle punto por punto mi vida ordinaria en Santiago, pintándola con los colores sombríos con que se me aparecía al contemplarla desde San Juan.

Nos sentábamos bajo los frondosos árboles del huerto; misiá Dolores i su hija tenían sus costuras i tejidos; yo llevaba un libro, pretesto o disculpa, libro en que no pasé de las diez primeras páginas, porque apenas lo abría con aire resuelto de leer atentamente, veníame una invencible tentación de mirar a Victoria, i la miraba, medio de reojo i estudiaba su fisonomía i su actitud que cada vez me descubrían nuevos encantos.

Llevaba a veces recojida en lo alto de la cabeza su cabellera, que era abundante i muy negra, i como sus vestidos eran siempre ligeramente escotados, se veía el nacimiento de la espalda, la piel aterciopelada sobre la cual bajaban juguetones algunos rizos cortos i finos, que nunca logró disciplinar i recojer hacia arriba.

Para facilitar su labor, apoyaba sobre un piso bajo un pié pequeño, regordete, apretado en uno de los zapatitos de la Cenicienta.

Misiá Dolores solía hacerme preguntas sobre la vida en Santiago, el costo de las habitaciones i la alimentación. Dábala yo como podía cuenta de todo; i Victoria se mezclaba en la conversacion para decirme:

—Mucho me temo que a Ud. le cueste todo el doble de lo que vale.

—Es probable. Los hombres solos debemos ser un buen campo de explotacion para las llaveras, sirvientes i proveedores.

—¡Dígame, pues!—decía la señora— ¡qué sabrás tú de lo que valen las cosas! ¡Cuando a una la engañan...!

Un día, me quedé mirando las manos de Victoria

i siguiendo el movimiento de sus dedos, que ajitaban los palillos con que tejia, i me pareció que aquellas manos eran semejantes a las de mi madre:

—Las manos de la Toya—dije como si pensara en alta voz—son iguales a las de mi madre.

Levantólas ella, las miró misiá Dolores, i ámbas protestaron de que mi madre habia tenido manos lindísimas. Yo insistí:

—Es cierto, i cuando era muchacha las tomaba i cubria de besos celebrándolas. Pero esas se parecen. Eran así: tenían esos mismos dedos agudos en la estremidad.

—¿Cómo puede Ud. acordarse de esos detalles?—me preguntó Victoria.

—De mi madre—repuse yo—recuerdo los mas mínimos. No tengo mas que cerrar los ojos i la veo delante de mí. Si supiera dibujar, creo que haria su retrato i no olvidaria ni una sola de las hebras de plata que comenzaban a blanquear su cabeza, ni una sola de las arrugas con que los dolores habian surcado su rostro.

—¿Qué edad tenia Ud. cuando ella murió?—preguntó Victoria.

—Dieziseis años.

—Yo me acuerdo mui bien—dijo misiá Dolores—fué el mismo año que se murió mi hermano Pancho.

I ámbas me preguntaron i me insistieron i dieron vueltas al asunto hasta que les referí las escenas de la muerte de mi madre, su enfermedad, mis horribles angustias, sus últimas caricias, sus recomendaciones, todo el poema doloroso que llevaba escondido en mi alma, sin haberme atrevido a revelarlo a otras personas que aquellas dos mujeres amables i buenas.

La emocion debia adivinarse en mis palabras. Cuando terminé, misiá Dolores se enjugaba los ojos i Victoria tenia fijos en mí los suyos, brillantes de lágrimas, con una espresion de ternura inmensa, caricia muda, inmaterial i castísima que nunca hallé en ninguna otra mujer.

En otras ocasiones, en las interminables charlas de todos los días, para la cuales aun hoy me asombra que jamás nos faltara asunto interesante, hablamos con Victoria de mis luchas en la profesión de abogado i los comienzos de mi carrera política. Me oía con grandísima atención, pedía nuevos detalles, se hacía a explicar todo lo que su falta de mundo no le permitía comprender claramente.

—¿Cómo es la Cámara? No me la puedo imaginar.

—Yo le explicaré. Cuando fueron a X... (la capital de la provincia) la llevaron a Ud. al teatro ¿no es cierto?

—Sí, fui varias veces.

—Bueno. La Cámara es parecida al teatro. Es una sala en forma de semicírculo; abajo se sientan los diputados en sillones de cuero: al fondo está la mesa para el presidente i los secretarios. Para arriba siguen las galerías, como los palcos i la *cazuela* del teatro.

—I cuando Ud. habla ¿dónde se pone?

—Cada uno habla desde su asiento.

—Yo siempre veía en los diarios su nombre: *El señor Perez, don Miguel*; pero ¿quiere que le diga la verdad? no leí nunca lo que Ud. decía. No entiendo palabra de eso.

¡Pobrecilla! Tenía de la política una idea confusa i monstruosa. Creía que la política era un campo de desórdenes, balazos, asaltos, peligros e injurias, porque ella solo conocía las turbulentas elecciones en su pueblo.

Así nació de mis expansiones i mi franqueza una gran confianza entre nosotros; i ella, tan reservada de ordinario, envuelta siempre en un silencio discreto, hablando mas con la resuelta i dulce firmeza de sus miradas i sus movimientos que con la palabra, abrió a mis miradas un aspecto oculto de su alma.

Paseábamos una mañana por la playa, libres por milagrosa casualidad de nuestras amigas Callejas i

de otras señoritas que de ordinario se nos unian acompañadas de sus *pololos*.

En los días anteriores, don Ernesto se había sentido enfermo, i aun cuando esa mañana estaba ya en pié i aseguraba que su maletar había pasado, Victoria estaba inquieta; yo la reprendia por sus tristezas, que llamaba infundadas, i las atribuía en tono de broma a romanticismos. Ella contestó:

—Ud. me conoce mal todavía. Aunque yo no tengo esas grandes preocupaciones i desgracias pasadas con que Ud. me explica sus melancolias pasajeras, tengo otras que no me abandonan.

—¿La salud de su padre?—pregunté viendo que se callaba.

—Sí; su estado me llena de intranquilidad. El cree sufrir una enfermedad al estómago; pero Fernandez nos ha dicho que tiene una afección grave al corazón. Nos asegura que no hai cuidado inmediato i que con eso se viven muchos años. ¡Puede ser! ¿Qué saben los médicos de estas enfermedades que hieren de repente, como un rayo! Se lo confieso: no vivo tranquila. De noche, al menor rumor que sienta en la pieza de mi papá, que está al lado de la mía, me levanto i voy de puntillas a ver si pasa algo. Cuando está indispuerto, quisiera saber de cierto lo que tiene, i no me atrevo a preguntárselo porque temo alarmarlo.

—Tal vez Ud. se asusta demasiado... —me atreví a decirle.

—Nó; yo tengo mis motivos. Si tuviéramos una desgracia, mi mamá no la resistiría; es una persona que no ha sufrido en la vida i el primer golpe seria horrible. ¡Tantos años de vida feliz! Tanto cariño siempre igual. que el tiempo no ha hecho sino engrandecer i santificar!

Calló breves instantes, i luego continuó con voz ligeramente velada por la tristeza:

—Cuando pienso en esto, me da miedo lo que ha de venir en mi vida. Todos los que me rodean

son ya viejos. Mis abuelos no nos acompañarán mucho tiempo mas.

Nos habíamos detenido a la sombra de una alta roca tapizada de conchas que la baja mar había dejado al aire. Victoria se apoyó de espaldas en la piedra; yo me detuve frente a ella. No me miraba. Sus ojos vagaban por la estension de las aguas, mas sombríos que de ordinario.

—¡Dios sabe cuántas soledades me esperan! A veces he pensado—no crea que es broma o que sea una fantasía de muchacha; ya no soi una chiquilla—en que un día me voi a quedar tan sola que un convento seria lo único en que puedo pensar... Pero, no tengo vocacion. Seria mui difícil que me acostumbrara al réjimen de una congregacion i a no hacer mas que la voluntad ajena, yo, que he hecho siempre la mia propia.

—¡No diga tonterias!—la interrumpí para ocultar mi propia emocion.

—Ud. dirá—repuso ella moviendo la cabeza—que a qué salgo ahora con estas cosas i qué tiene que ver Ud. con ellas...

—¡Toya! Esa es una injusticia. ¿No soi yo su amigo? ¿No he tenido con Ud. mucha confianza? ¿No le he contado intimidades mias?

I un deseo irresistible de detener sus lágrimas, un sentimiento de simpatia apasionada se apoderó de mí. Tomé una de sus manos i estrechándola con vehemencia entre las mias i mirándola en los ojos, le dije:

—¿No siente Ud., no comprende claramente que así como hoy es mia la felicidad de su casa tambien lo serian sus penas? Míreme, Toya, míreme i dígame si tengo cara de ser mal amigo i hombre desleal.

No me respondió. Había bajado los ojos, i un rubor levisimo coloreó sus mejillas. Retiró dulcemente su mano.

—¿Qué desgracia de Ud. o de los suyos podria serme indiferente?... ¡Ah! nó; se puede dudar de muchas cosas i creer mui malos a los hombres i

decir que en el mundo no hai amor ni amistad ni nada, sino interes miserable. Pero, de algo debe servir el conocerse, Toya; i Ud. me conoce o puede conocerme, si aun no bastan lo que hemos hablado i la verdad con que le hablo siempre; Ud. tiene talento i esto i seguro de que sabe mui bien que no hai un sacrificio... fíjese en lo que le digo. i cóbreme la palabra,—no hai nada que yo no sacrificaria por el bien de Ud., por nuestra buena amistad.

Habíamos comenzado nuestro regreso por el largo sendero arenoso.

Ella murmuró:

—Creo que Ud. es mi mejor amigo—i subrayó la palabra *amigo* con un acento que no le era habitual.

Hablamos poco en seguida, nos distrajeran unos pescadores que partian un enorme pulpo, una jibia con larguísimos tentáculos, varada en la noche.

Mas allá nos unimos con Sara, alegre como siempre, gritando a sus chicos que jugaban descalzos en la playa.

Nos hizo bromas sobre nuestros paseos.

—Estos niños grandes se me pierden—dijo—el día menos pensado les prohibo el paseo.

Ese día no volví a hablar a solas con Victoria. Ambos procuramos reir, contar historietas de la crónica lugareña para entretener a don Ernesto; pero en dos o tres ocasiones descubrí en su rostro la huella de nuestra conversacion de la mañana; un fulgor sombrío que parecia dilatar sus pupilas i una ligerísima contraccion de los labios, que no podian ya pasar inadvertidos para quien habia ocupado tantas horas estudiándola.

Yo mismo sentia mi espíritu alterado. Me sonaba en los oídos desagradablemente la palabra *amigo* pronunciada en ese acento que aun no acertaba a decirme si era afectuoso, si era indiferente o si era —i al rededor de esta hipótesis daban vueltas mis ideas—finamente burlesco.

V

PASEO A LOS MAQUIS

La vida regular monótona i por esto mismo gratísima que llevábamos en San Juan, i en la que apenas habia otras mudanzas que las que el mar ofrecia a nuestros ojos en cada día i en cada hora, fué interrumpida por un acontecimiento que, sin duda, ha dejado imperecedera memoria en los anales de aquel pueblo, como la ha dejado en cuantos fuimos en él actores i participantes.

A poco de mi arribo a San Juan corrian ya sinietros rumores sobre los esfuerzos que algunos jóvenes de la localidad hacian para obsequiar a las familias veraneantes con una fiesta enorme, que aun no se sabia si seria baile, concierto o paseo campestre.

Isenia Calleja me lo habia dicho la segunda o tercera vez que tuve la honra de departir con ella:

—Nosotras les decimos siempre a los jóvenes de aquí que es una vergüenza lo que está pasando: se van a acabar las vacaciones i no ha habido ni un paseo, ni un concierto, ni nada. Son mui poco entusiastas. No tienen patriotismo. Otros años ha habido paseos a la Isla que es un lugar precioso, pero incómodo porque hai que embarcarse i algunas se marean i son tan dengosas! Lo que es yo... lo mismo me dá en tierra que en mar, no me mareo jamas. El año pasado fuimos a Monteperro; iban como

diez carretas i muchísimos caballos. Nos divertimos como unas locas; ¡Jesus! ¡si estos mocitos de ahora no sirven para nada!

Ello es que entre las Callejas i otras de su círculo comenzaron a picar el amor propio de los elegantes, a explotar a los enamorados presentándoles la perspectiva de resolver su negocio en un paseo o un baile, i a echar a correr que el paseo se daba, lo cual, segun me aseguraba Ismenia, era lo primero para que llegara a darse.

Era una crueldad. Pronto se supo que el gran escollo era la parte económica. El *Almacén Blanco Encalada*, del alto comercio de San Juan, pedia una atrocidad por las provisiones para un paseo de campo; pero el arriendo i transformacion de una bodega para un baile i la cena de éste venian a salir, segun cálculos prolijos, a precios que se estimaron fabulosos.

—Pobres jóvenes—agregaba la mui bribona de la Ismenia, que era la que mayores intrigas habia urdido para activar la preparacion de la fiesta—les va a costar caro; pero es un deber; i ademas ellos serán los que gozarán cada uno con su prenda; el que quiere celeste, que le cueste.

Por fin se supo que el asunto estaba resuelto en una forma felicísima, gracias a una idea que jermínó, como una semilla volante en una roca, en la cabeza del joven Rufino, el amigo i compañante asiduo de las Callejas.

La solucion era sencillísima i se reducía a invitar al paseo—dominaba la idea de dar un paseo campestre por las razones de política económica ya expresadas—al señor don Buenaventura Arias, alcalde de San Juan i a su estimable familia. En los primeros momentos se pensó en olvidarse del señor i las señoritas Arias, a quienes las Callejas, hallaban poco distinguidas i llamaban *siúticas*.

Aceptó el alcalde gustosísimo i, como en su profundo conocimiento del corazón municipal lo habia previsto Rufino, dió dinero i ofreció los carretones

de la policía de aseo que, como nada aseaban, estaban bastante limpios, algunos caballos del cuerpo de seguridad i un número de guardianes escojidos para el servicio.

El Autónomo, periódico semanal de San Juan, pudo anunciar en su edición del 28 de Febrero que el domingo de carnaval se celebraría con un gran paseo campestre a la pintoresca quebrada de los Maquis. «A juzgar por los preparativos que se hacen en viandas i vehículos—decía *El Autónomo*,—esta suntuosa fiesta social superará a cuantas ha visto en otros años nuestra culta sociedad.»

El domingo de carnaval oímos la primera misa los que gastábamos conciencia escrupulosa; se quedó sin oír la mayor parte, i almorzamos todos muy temprano, porque a las once de la mañana ya estaba el vecindario alborotado con el tropel de las carretas, las carreras de los jinetes, el atropellado ir i venir de los policiales con los cuales el alcalde Arias organizaba la partida como un jeneral en jefe.

¡Qué algarazara! ¡Qué llamados! Qué disputas i qué combinaciones para subir a las carretas las damas i galanes!

Acomodábanse los jóvenes i niñas lo mejor que podían, protejiéndose mutuamente en la designación de los que habían de ir en la misma carreta. Desbarataban los mejores planes las celosas madres de familia, removiéndolo sin piedad a muchas inocentes criaturas que habían hallado asiento a su gusto.

Salieron las tres Callejas vestidas de pastoras, con telas de color de rosa i azul celeste, sombreros enormes i tantas cintas de todos colores, tamaños i formas, en la cabeza, en la garganta, en la cintura, en el pecho i hasta en los zapatos que, según un cálculo muy aproximado, llevaban todas ellas no menos de un kilómetro de ese interesante objeto de ornamentación femenina.

Salieron las dos Arias, muy pasadas de moda—

así lo declaró la Ismenia Calleja—atendidas por Rufino que amaba ferozmente a la menor.

Salió el doctor Fernandez con Sara, seguidos de la muchedumbre de sus chicos que lloraban i gritaban como berracos porque no se los invitaba al paseo.

Salimos nosotros, misiá Dolores, la Toya i yo, un poco confundido el último entre aquella algarría de jentes, muchas de las cuales me eran desconocidas, aun cuando hacia ya un mes que eran mis vecinos.

I llenos los carretones de la basura, que el Alcalde hizo limpiar i forrar en pedazos de alfombra, de señoras i señoritas empingorotadas unas sobre banquillos i silletas, hundidas otras entre aquellas, sentados en los bordes los jóvenes, desfilaron por las calles del pueblo, escoltados por unos seis o siete jinetes entre los que iba el alcalde seguido de cuatro policiales—la mitad exacta del personal de la policía—montados sobre flaquísimos jamelgos i haciendo sonar sus sables mohosos que daban la nota marcial de la fiesta.

Nos entramos por la quebrada del Molino i comenzamos a trepar en larga fila, entre el vocerío de los paseantes, ladridos de los perros i estupefacción de los vecinos, por una carretera áspera i polvorosa que serpenteaba entre los cerros.

Los saltos i golpes de aquellos carretones, hechos para cargar desperdicios unos i otros para llevar sacos de harina i toneles de vino, arrancaban gritos, exclamaciones i finjidos lamentos a las damas, que aprovechaban la ocasión para tomarse de lo primero que hallaban a mano, aunque fuera el brazo de un galán.

El sol, como si se empeñara en hacernos pasar un mal rato, salió de entre las nubes que lo habían ocultado en la mañana, i llovió fuego sobre nosotros. Con esto i el polvo que se nos entraba hasta el alma, i lo apretaditos que íbamos en las carretas, i la enérgica gimnasia de los golpes i el lento i difí-

cil paso de los bueyes, subiendo la costa interminable, se nos murieron los entusiasmos. Poco a poco cesaron los gritos, espiraron las conversaciones, durmiéronse unos, se taparon otros el rostro con pañuelos, i todos nos quedamos amodorrados, sudorosos i aburridos.

Volvió la vida a la caravana de paseantes cuando, al cabo de una hora mui larga, los de la carreta que abría la marcha, reservada a las señoras mayores, gritaron como exploradores que descubren parajes desconocidos:

—¡El mar! ¡El mar!

Llegamos a una planicie tendida como una alfombra amarillenta de yerba seca sobre el dorso de los cerros que circundan a San Juan, i desde allí la vista dominaba el mar, la gran bahía azul a cuyas olas arrancaban reflejos acerados los rayos del sol, mar que en parte parecia centellar como un espejo movable i que se extendia inmenso, majestuoso, mil veces mas grande que el rincon de tierra en que estábamos, hasta perderse en un horizonte remotísimo confundido con los cielos.

Cortaba la planicie una quebrada estrecha que bajaba hasta la playa, i en uno de sus bordes nos apeamos de vehiculos i caballerías i comenzamos a descender por el barranco entre las ramas de los árboles i enredaderas que lo cubrian totalmente.

En el fondo, a la orilla de un torrente que bajaba rujiendo, azotándose en las piedras, hirviendo en espumas, ardía ya una hoguera i no léjos de ella estaban estendidos los canastos, platos, cajas, botellas, mil objetos envueltos en periódicos.

—¡Al fin i al cabo!—¡Jesus, hija! qué cansada vengo!—¡Ave María Purísima! Si a mí me dicen que es tan léjos no habia venido.

—Pero ¡qué camino!—yo estoi molida.

—¡Dejarse de historias!—gritó con voz de trueno don Buenaventura Arias, un hombre gordo, alto, monumental, con una gran cara morena picada de viruelas, mostachos tiesos encorvados como un es-

peso matorral sobre los labios, anchas narices abiertas a modo de paraguas, i dos o tres barbas o pliegues en la garganta que en San Juan se conocian por la *papada del Alcalde*.

—A ver, Juanita!—vociferó don Buenaventura dirijiéndose a la mayor de sus hijas—Tome la guitarra i cante unas tonadas para que se anime la jente.

—Ya está mi papá! Si no sé nada...

—Toque Juanita!—Que toque!

--Pásenle la guitarra!

I se arremolinaron los muchachos, sacando de su funda una guitarra para dársela a Juanita que hacia melindres sentada en el césped.

Formaron un grupo las señoras, unas cuantas matronas robustas mui sofocadas a quienes Sara dirijia preguntas cariñosas sobre lo que habian sufrido en el viaje.

Las Callejas, seguidas de Edmundo, el jóven delgadito, su inseparable compañero, que ese dia habia estrechado el corte británico de su ropa, andaban por allí revolviéndolo todo, metiendo sus dedos en las cajas de conservas, enredándose en las ramas, dando obillidos de aves asustadas.

El grueso Rufino se habia sentado junto a su amada la Arias pequeña. Bertita Gomez i su pretendiente se acomodaron al pié de un árbol corpulento, mui apartaditos del bullicio mundano para seguir el cuchicheo en que los veia eternamente ocupados.

Los demas, hombres i mujeres de todas trazas i edades, estirábamos las piernas paseando por la orilla del torrente, saltando las piedras para subir la falda opuesta, buscando flores de copihues que colgaban en grande abundancia de las ramas.

Me habia quedado mirando un helecho cuyas largas hojas verdes mui claras, colgaban elegantemente tocando las aguas. Oí la voz de Victoria que me decia:

— Cuando se vaya para Santiago, se vá a

llevar unas matas de helechos. Dicen que allá los estiman mucho.

—I como yo no pienso en irme a Santiago...

—Sí, sobre todo despues de este paseo en que se estará aburriendo soberanamente.

—¡Dale! Ud. no acaba de creermme que me siento perfectamente aquí, que me divierto, que todo esto me parece hermoso, pintoresco, nuevo. I... ¿a qué le repito lo que he dicho?

—Bueno, bueno—repuso riendo—no me diga mas. Ya le creo sin que me lo diga.

—Pues no; se lo voi a decir, porque Ud. quiere que se lo repita...

—No es cierto.

—Si es cierto. Quiere que le diga que soi dichoso donde está Ud. con quien puedo hablar con absoluta confianza.

—Cállese!—me dijo poniéndose seria—le voi a pedir un favor.

—Diga.

—No hable con la Ismenia Calleja; esa muchacha me carga, me dá rabia; es mui intrusa.

—No exajere! es una pobre mujer pretenciosa que tiene miedo de quedarse soltera, i nada mas.

—No, Miguel, es una mujer de mala índole; no me quiere; en el camino me ha venido embromando con una impertinencia desesperante. He necesitado toda mi calma para no decirle una insolencia.

Ismenia venia hácia nosotros. Yo iba a responder a Victoria, pero ella me dijo con ademan enérgico i suplicante:

—Váyase! por caridad! no la hable!

Me retiré, aun un poco bruscamente i oí tras de mí la voz de Ismenia i sus carcajadas llenas de afectacion, pero no entendí lo que decia.

Seguí por la orilla i me uní al doctor Fernandez que estaba lavándose las manos en el torrente espumoso i entretenido en mirar el agua como un niño.

Desde allí miré a las dos mujeres sin acertar a entender lo que pasaba, verdaderamente confundido.

La actitud que ámbas tenían acabó de alarmarme: la Calleja hablaba riéndose i echando miraditas maliciosas hacia mí; Victoria se habia puesto seria, tenia un jesto de ira tal que parecia pronta a estrangular a su amiga; tenia los puños cerrados i miraba fijamente a Ismenia.

En ese momento el alcalde Arias se me acercó i me presentó a un sujeto mui alto i grueso, con bigotes i pera militar grises como su cabellera i que me dijo con una voz vibrante, atronadora, parecida a un grito de mando o a una amenaza:

—Celebro mucho conocer al señor. Emeterio Mandujano, un amigo mas.

—Vamos a tomar una copa de cerveza con el diputado—dijo el alcalde—El comandante Mandujano es de los nuestros, señor Perez: correligionario de fina sangre.

—Los militares no se meten en política—vociferó Mandujano, que por la muestra todo lo decia a gritos, haciendo temblar su pera con el esfuerzo de sus pulmones que debian de ser como los de un toro.

—Pero Ud. está retirado, caramba. ¡Dejarse de historias! ¡Aquí no hai que andar con santos tapados!

—Don Heraclio! Mi señor don Belisario!—exclamó el alcalde saludando a dos señores mui respetables, vestidos de negro, que conversaban gravemente sentados sobre un tronco.

Nueva presentacion: el señor don Belisario, rejidor municipal de X.; el señor don Heraclio, profesor del Liceo de la misma ciudad.

¡adelante! con todos ellos hasta el sitio donde estaban esparcidas en el suelo las botellas de cerveza.

Entre tanto, yo no podia apartar de mi mente la escena que se desarrollaba entre Ismenia i Victoria; me zumbaban en los oidos las palabras de ésta, la violencia i dureza de esas espresiones, inusitadas en ella, de ordinario tan apacible; el jesto de ira que habia sorprendido poco ha.

Mui cerca de allí estaba Sara, nuestra amiga bondadosísima. Oía su risa fresca, su voz infantil que contaba historias divertidas a las señoras. Creía un tanto frívola i superficial a aquella criatura que no podía quedarse un cuarto de hora sin reír i bromear. Pero en mi confusion, en mi deseo vehemente de saber lo que ocurría, decidí rápidamente hacerla sabedora de todo i llamarla en mi auxilio.

Mis compañeros escuchaban en esos momentos al alcalde, que tartamudeaba un brindis por la fraternidad, la cordialidad, la amistad i no sé que otros vínculos.

Sara venia hácia mí; le salí al encuentro i la dije:

—Hágame un servicio de buena amiga. Busque a la Toya. Creo que le ocurre algo desagradable. Estaba hablando con la Ismenia Calleja.

—¿Con la Ismenia?—preguntó la mujer del médico frunciendo sus ojos pequeñitos—¿de qué hablaban?

—No lo sé. La Toya me pidió que me retirara.

—Caramba! Caramba!—i golpeó el suelo con el pié—esa Ismenia vá a concluir por obligarme a decirle cuatro claridades.

—Por favor! No provoquen Uds. escenas esa muchacha es intrusa, pero no hai por qué darle importancia a lo que diga porque...

—Simplon! ¿Qué sabe Ud. de enredos de mujeres?

I sin decir mas, se alejó con sus pasos breves i rápidos.

El aire comenzaba a traernos un perfume apetitoso de carne asada i los policiales del alcalde, con los criados i los jóvenes organizadores de la fiesta, iban i venian haciendo mucho ruido de platos i cuchillos.

Todo aquello lo oía yo mientras me obligaban a tomar una cuarta o quinta copa de cerveza—ya habia perdido la cuenta—por las mismas susodichas fraternidad i concordia de los que allí estábamos

presentes. Al alcalde siguió don Belisario, orador impetuoso i apasionado, a éste don Herzelio, persona finísima i culta que hablaba como un editorial de diario grande. I aunque bien se echaba de ver que no querian gastar en esas primeras escaramuzas toda su potencia oratoria, pues hablaban en voz mesurada i tartamudeaban regularmente, aquellos preliminares abrieron para mí la perspectiva que nos aguardaba para la hora en que se levantarán los diques que todavia contenian aquellos implacables raudales de elocuencia.

El único que allí me desagradaba era ese comandante Mandujano, militar retirado, que hablaba a voces i sacaba de la ancha caja sonora de su cuerpo entonaciones roncas i gritos que parecian tempestad de teatro con granizada i truenos.

Arrancóme del grupo que con estos respetables varones formaba, la voz chillona de Sara que me llamaba desde la orilla del torrente i me gritaba que fuera a ver no sé que plantas que parecia mirar con suma atencion.

Acudí en dos saltos i ella, sin dejar de mirar las plantas, pasando sobre ellas sus manos como si las examinara, me dijo:

—Mire que plantitas tan delicadas! A Ud. que es aficionado le gustaria llevárselas ¿no es cierto?— Hablé con la Toya—siguió diciendo sin cambiar aparentemente de ademanes ni de tono—tengo que disimular, porque desde arriba nos mira la Ismenia.

—¿Qué ha habido?

—Nada! Tonterias! Lo que yo decia: enredos de mujeres que seríamos capaces de hacer pelear a los santos. ¿Ud. ha oido hablar de Pancho Galvez?— me preguntó.

—¿Galvez? Galvez?... Ah! sí... creo que lo he oido nombrar a don Ernesto. Un jóven hacendado ¿no es eso? que tiene no sé que negocios con los padres de doña Dolores.

—Exactamente. Les arrienda el molino. Pues, a la Ismenia le ha dado por embromar a la Toya con

ese jóven, porque la tal Ismenia es fastidiosa por naturaleza, es una pulga en el oído, es un romadizo... I la Toya no está para bromas i las ha recibido con una cara de juez de campo, que a la otra no le quedarán ganas de seguir molestando.

—Vea Ud. todo lo que arman las mujeres por una lesura!

—Espérese! señor polvorilla, no se arda todavía contra el bello sexo. Queda lo mejor.

El rostro pálido i fino de Sara tomó una espresion seria que yo, habituado a oirla reir, no le conocía.

—Es que la intrigantona esa, boca de infierno, mandó llamar a Galvez, dándole aviso de este paseo. Figúrese Ud. qué insolencia, qué intrusidad! A un hombre que apenas conoce! Atreverse a escribirle con esas letras de ella que parecen patas de gallo i su ortografía de cocineral! Con decirle que una vez me escribió, i comenzaba *Mi querida Cara!*

No pude dejar de reirme mas que de las enormidades ortográficas de Ismenia Calleja, de la volubilidad de Sara, cuya fisonomía pasaba del enojo a la alegre burla i de ésta a la tristeza como si sus pasiones no fuesen mas que fugaces relámpagos de su alma.

—Le diré la verdad—dije:—no entiendo todavía cómo puede la Toya, tan discreta e inteligente, excitarse hasta ese punto porque la embroman con un señor...

—Hombre de Dios! i De dónde se viene cayendo Ud.? ¿De la luna? ¿No ha oído Ud. en un mes que ha vivido en San Juan, que ese jóven pretende a la Toya desde hace mucho tiempo? No le han contado que se ha hablado varias veces en el pueblo de que iban a casarse?

—Le juro que es la primera vez que oigo semejante cosa. Habían nombrado a Galvez en mi presencia, de paso, i yo creía que fuera un sujeto como tantos otros.

—Un sujeto excelente, eso sí; trabajador, honrado, muicaballero; un poco tímido en sociedad. A la

Toya le tiene un respeto... la mira como a una imagen bendita que merece adoracion.

Caminando mientras hablábamos, nos habíamos alejado del centro de la fiesta, i nos cruzamos con otros paseantes que volvian quejándose de que todavía no se les llamara a comer.

Las mujeres traian guirnaldas de flores rojas bellísimas, de copihue i tiernas hojas de helechos enredadas en los cabellos i prendidas en el seno.

En ese punto resonó en la espesura la voz del alcalde que gritaba:

—Ya está el asado! Dejarse de historias! al asado! I tras de él, apagando todos los rumores del torrente i haciendo temblar a los añosos árboles, abrió el comandante la caja de truenos de su poderosa voz i grito:

—Qué hacen esos jóvenes que no traen a las niñas! Se nos quema el asado!

I palmoteó con furia, mientras unos silbaban para llamar a los ausentes, aplaudian otros, chillaban las muchachas i acudian todos, apresurándose a formar grupos sentados sobre la yerba, armados de los escasos tenedores i cuchillos de que se podia echar mano.

La Toya venia con el doctor Fernandez empeñados en una conversacion que debia de ser mui interesante, porque la continuaron sin cuidarse mucho de la algarabía de los demas.

Iba a reunirme a ellos, cuando sentí que se apoyaban en mi brazo i una voz conocida decia a mi espalda:

—Ail Ail

Era la Isemenia que habia tropezado en una raiz i se sostenia en un pié, haciendo visajes i jurando que se habia dislocado uno de aquellos pies que parecian lanchas.

—Discúlpeme, Perez! Jesus! qué tropezon tan feroz! Me he torcido el pié. Debo habérmelo zafado. Uil Uil que dolor!

La ofrecí mi brazo; se apoyó en él i la llevé a sentarse al lado de la Juanita Arias. Quise desprenderme, dejarla allí; pero ella siguió hablándome, dándome las gracias:

—Qué honor para mí! Me ha salvado Ud. la vida o poco menos! Porque, si no me agarro de su brazo, me caigo i ruedo por la ladera. No le quepa duda. Ail Juanita—dijo dirigiéndose a la Arias, que sonreía benévolutamente con su cara de gata mansa, en que el blanco de los afeites se mezclaba al polvo del camino—es mui bueno tener amigos galantes. Ail Todavía me duele. Ha sido una torcedura horrosa... Pero, sientese pues, Perez. Aquí le arreglaremos un lugarcito.

I tendió una manta a su lado.

—Gracias, no se moleste. Esta sí que ha sido una feliz caída, porque gracias a ella he venido a quedar tan bien colocado.

Era la verdad que allí me senté sin ningun deseo de hablar con la alborotada mujer, seguro de que no habia tal pié torcido, de que todo era una nueva impertinencia suya i resuelto a escaparme en cuanto hallara un pretesto aceptable.

A dos metros de nosotros, Toya habia hallado sitio junto a Sara en un gran grupo en que estaban el alcalde, el comandante Mandujano, los otros señores graves, la mayoría, en fin, de los paseantes.

Solo dos o tres parejas de enamorados incorregibles i pertinaces continuaban sus conversaciones aisladas, absolutamente ajenos al bullicio jeneral, sin que los tentara el olor del asado a pesar de que la hora, el aire campestre i el activo ejercicio nos habian despertado un apetito amenazador.

Entre la algazara de aquella multitud famélica, las risas i llamados, las voces del comandante que celebraba a gritos el asado i las órdenes del alcalde, trajeron un gran trozo de cordero ensartado en una vara de *colihue* como una lanza araucana, que chirreaba, destilando grasa i exhalaba un olor apetitoso. Clavaron un extremo de la lanza en tierra

i dos peritos lo atacaron con sendos cuchillos distribuyendo pedazos a la muchedumbre.

Servia yo sus platos de carne asada a mis compañeros, la pintada Juanita Arias i la abrumadora Ismenia, cuando ví que bajaba por el sendero que conducia al llano, abriéndose paso entre las ramas, un jóven vestido en traje de montar, con manta, sombrero de alas mui anchas, botas i grandes espuelas que sonaban al andar.

No alcancé a preguntar quién era.

El alcalde Arias, que lo habia descubierto, exclamó:

—Bravo! Bravo! Viva don Pancho Galvez!

—Viva! Viva!— gritaron todos, precipitándose unos a recibir al que llegaba, voceando el comandante los mas hiperbólicos saludos, respondiendo el otro como podia con su sombrero que ajitaba en los aires.

—Gloria al jóven heróico i venturoso!—tronaba Mandujano—Salud al noble mancebo, hijo de las selvas vírjenes! Hip, hip, hip, Hurrah!

—Una copa, don Pancho! Fuera esas espuelas! Dejarse de historias!

—¿Cómo va, amigo Galvez? Pero, hombre, qué bien lo quiere a Ud. su suegra!

El jóven acojido con tales muestras de afecto i regocijo era un hombre de estatura regular, ancho de espaldas, fornido, bastante moreno; sonreía a sus amigos, medio turbado, ruborizándose de modo que todo su rostro, hasta la frente, que era estrecha i cuadrada, parecia inyectado de sangre. Vestía, como he dicho, la ropa de montar de nuestros campesinos elegantes, manta de color claro, botas altas de cuero amarillo, espuelas de plata, un pañuelo de sedada blanco atado al cuello.

Aquel era Galvez, el jóven Galvez, el que pretendia a Victoria desde mucho tiempo, el que habia estado para casarse con ella i a quien Ismenia habia escrito una carta con mala ortografía.

Lo examiné rápidamente i no me agradó.

—Era Galvaz; el mismo que servia de tema a las bromas de Ismenia, bromas que tenian el extraño poder de sacar de su apacible estado normal a Victoria.

Me olvidé de Ismenia i de Juanita, a quienes don Heraclio, el culto profesor, decia unas finezas que las tenian mui comprometidas, i seguí al jóven Galvez atentamente, miéntras en el fondo de mi ser se levantaba una voz que me hablaba a mí mismo, que me hacia raciocinios sobre el recién llegado.

—Bueno—decia dentro de mí esa voz, que no era mi propio pensamiento, porque yo nunca he pensado tonterias como éstas—Ya está aquí ése. ¿A qué ha venido? Ha venido porque Ismenia se lo escribió, que viniere, que estariamos aquí, en los Maquis. Porque Ismenia queria turbar la fiesta. Evidente! Este hombre turba la fiesta... A mí, qué me importa!... Pero no me negaran que Galvez está de mas en este sitio.—Vaya con el mozo mal educado! Vá i se sienta al lado de Victoria. Ella, naturalmente, lo saluda con amabilidad... i le habla... i él se aturulla un poco... Pobre jóven! no tiene modales de sociedad... Sin embargo, me parece que ella estaba obligada a decirle que no se sentara ahí, porque es feo eso de llegar i caer como en su nido al lado de una señorita. La vá a fastidiar... ¿qué puede hablarle? ¿qué sabe él que viene del campo i en todo un mes no habrá hecho otra cosa que hablar con sus peones...

—Pero, señor Perez, Ud. no come nada!

La que me hablaba era Ismenia, que tenia clavados en mí sus ojillos, asomados apénas al borde de sus cachetes rubicundos.

Me habia puesto en ridiculo, seguramente, con la observacion detenida que habia hecho de Galvez. Hice un esfuerzo para volver a mi rostro i mi actitud la espresion indiferente.

—El señor don Miguel no toma ni siquiera una alita de polle asado—agregé Juanita Arias.

Agradeciles su amabilidad i acepté la alita de pollo seca i quemada que la hija del alcalde me pasaba sobre un pedazo de pan.

Para mirar a Victoria no necesitaba volverme. La veia de perfil, grave, circunspecta como siempre, sentada entre Sara i el recién llegado a quien habian hecho un sitio a su lado. No podia evitarlo; por mas que aparentemente mi atencion estaba con las señoritas que cuidaban de alimentarme, en verdad, los sentidos del cuerpo i las facultades del alma se me iban tras del grupo que formaban la Toya i aquel jóven Galvez, caido ahí como un aerolito para molestarnos.

Porque a mí se me ocurría que la Toya debía de estar disgustadísima, i aun pensaba que las palabras que, ruborizándose mucho, decia a su acompañante, i que yo no lograba entender entre el estrépito de las conversaciones de todas aquellas jentes, eran seguramente palabras de reproche por la audacia que el mozo habia mostrado al sentarse donde estaba.

Apenas me dejaban un minuto de respiro las insoportables señoritas de Arias i Calleja, tornaba yo a revolver estas ideas i oia nuevamente esa voz desconocida, voz de otro, que no era yo como yo me conocia, i que me hablaba desde un fondo recóndito de mi alma.

—Lo que pasa no tiene nada de extraño:—decia la voz como si se esforzara para serenarme—se conocen, se encontraron i se hablan. Aun dicen que él la pretende... ¿La pretende? ¿Quiere que ella se llame un dia *la señora de Galvez*? Bah! Bah! Eso no puede ser! Es un absurdo! Estoy seguro de que don Ernesto no lo consentiria... Aunque, bien pensado... dicen que este mozo es bueno, honrado, caballero, tiene fortuna... Nó, don Ernesto es mui capaz de consentir. La que no consentirá es la Toya, porque yo iré i le diré esto i lo otro i lo de mas allá; en fin, todo lo que habria que hablar sobre un asunto tan delicado... Lo único que no entiendo es por qué

sigue ella oyéndolo i respondiéndole i ¿qué cosas la dice que ella se ruboriza?... ¿Por qué no mira hacia acá, por qué vuelve el rostro como si mis miradas quemaran?

Entre tanto, i mientras yo me distraía como un colegial de quince años, un poco avergonzado de que un joven Galvez con manta i espuelas pudiera aguarme la fiesta, desfilaron las viandas en terrible abundancia, i corría el vino en tal cantidad que hubiera superado al caudal de aguas del torrente vecino, si se reuniera todo el que pasaba por aquellas gargantas.

Los espíritus estaban ya a la altura conveniente cuando el alcalde se puso de pié entre las aclamaciones de la multitud que decía:

—Que hable don Buenaventura! Que brinde!

—Tiene la palabra el honorable señor alcalde de San Juan!

I el comandante Mandujano, que se consideraba personalmente aludido cuando alguien alzaba la voz, gritó esta frase que repitieron los ecos asustados:

—Viva el invicto mandatario municipal de San Juan!

—Viva! Vivaaaa!

—Viva la comuna autónoma!—rujió todavía Mandujano que era hombre de principios mui avanzados; i la dócil concurrencia repitió sus aclamaciones, acabando de inflar a don Buenaventura que, para mirar a los que permanecimos sentados en el suelo, se habia encorvado hacia adelante con mui poca gallardía i parecia un pavo, enrojecido por las libaciones i por el calor:

—Señoras, señoritas, caballeros i jóvenes: la sociedad de San Juan aquí presente i reunida en la fraternidad de la concordia amistosa, me permitirá que levante mi triste voz para darle un saludo del corazón conmovido de su humilde alcalde i consecuente amigo.

—Bien, mui bien!

Algunos que todavia comian aprovecharon la ocasion para pedir algo:

—Rufino, pásame las sardinas.

—Sírname un poquito de vino blanco.

—Chist, chist! Silencio!

—Esta es, señoritas i caballeros—siguió don Buenaventura—la espresion franca de los propósitos que me animan para el funcionamiento de esta alcaldia, donde estoi por la voluntad del pueblo soberano i libre i potente.

—Viva el...—alcanzó a decir el comandante; pero don Belisario le puso una mano en los labios i detuvo los truenos.

—Yo soi un pobre hombre, pero tengo mucha honradez i me gusta ser amigo de los amigos. Para eso estoi en la alcaldia a las órdenes de Uds. El pueblo patriota de San Juan sabe quién es Buenaventura Arias, que no necesita de nadie, porque vive de lo que ha trabajado con el sudor de su frente i con estas manos (i señaló la derecha, tamaño como un pié de los grandes) que tambien sirven, pero de vez en cuando no mas, para castigar al que me falte al debido respeto.

—Bravo! Bravo!

—Así me gustan los hombres!

—Eso se llama hablar, caracho!—vociferó Mandujano entre los aplausos i risas de la concurrencia.

El bueno del alcalde sudaba la gota gorda con el esfuerzo del discurso i como le pareciera que ya habia espuesto su programa político i establecido claramente sus propósitos, se resolvió a terminar con dos golpes de efecto:

—Pido una copa, pero que sea jeneral, por la concordia fraternal i por el gusto que hemos tenido de estar aqui todos juntos... i por el bello sexo sanjuanino que ilumina este lugar con sus ojos de cielo... i con todas sus otras concomitancias.

Don Buenaventura cayó en los brazos de Mandujano, que estuvo a punto de sofocarlo; se aclamó al

alcalde, al pueblo de San Juan, al bello sexo; i se encendió en la concurrencia el fuego del entusiasmo como si aquello fuera una mina a que el señor Arias habia aplicado la chispa de su elocuencia.

Me levanté con el pretesto de felicitar al alcalde.

Victoria habia abandonado su sitio i estaba de pié junto a un tronco, oyendo siempre apaciblemente a Galvez.

Ya no era tiempo de que yo pensara en acercarme a ella i ¿qué papel haria yo allí? ¿qué trio íbamos a hacer? Ni aun era posible pensar en cosa alguna, porque el brindis del alcalde habia roto los diques i una ola inmensa, amenazadora, de elocuencia se nos venia encima.

—Compañeros!—tronó Mandujano paseando una mirada altanera sobre nosotros, frunciendo sus cejas recias i pasando la mano por la pera, que venia a ser su insignia militar a falta de uniforme—Bellísimas señoritas! Esta no es una fiesta; este no es un paseo campestre; este no es un *pick nick*, como dicen los ingleses; este no es, señores, un simple despliegue de jóvenes i señoritas de la alta sociedad sanjuanina.

La concurrencia, aturdida bajo el peso de tantas negaciones, guardó silencio i esperó a que el comandante la sacara de su temerosa ansiedad diciéndole qué era aquello.

—¿Quereis saber lo que es esto, señores?... ¿Quereis que os diga con la franqueza ruda del viejo soldado que ha espuesto su pecho en los combates lo que es esto?... Os lo voi a decir, señores, nobles amigos, bellas señoritas... Esto es una hecatombe!

Oh efecto prodijioso de la oratoria! La palabra *hecatombe*, que salió como una bala, como un proyectil Krupp, de aquella garganta terrible, levantó tempestades de entusiasmo, aclamaciones, vocerío, chocar de vasos, torbellino de hombres que abrazaban al orador.

No supe, no quise saber mas; todo aquello me mareaba. Fui a sentarme junto a misiá Dolores que

se echaba aire con una rama, sofocada no sé si por la temperatura o por los retumbantes i cavernosos acentos de Mandujano (que seguía hablando sin cuidarse de las conversaciones i el movimiento, que eran jenerales.

A intervalos, como ruido de truenos que se acercan, entendía yo nuevamente algunas frases del tonante orador:

—Yo he estado en Tacna a las órdenes del gran Baquedano, bajo el plomo mortífero del enemigo... A la carga, muchachos! decía el coronel i nosotros nos lanzábamos como un infierno sobre el cholaje!... Ese es el amor a la Patria... Sangre chilena que riega los campos de Calama, Pisagua, Tarapacá!...

I fué lo peor que, apénas calló Mandujano, rendido, ronco, sudoroso i jadeante como si acabara de mandar en jefe la batalla de Tacna que habia descrito, se alzó don Heraclio, el profesor del Liceo, e hizo señas para que callaran. Se oyeron voces de silencio; silencio! Que va a hablar don Heraclio! i éste dijo con acento atiplado, algo mujeril:

—Las colectividades humanas, señores, sea que se las considere en su esencia objetiva o en el desarrollo histórico i progresivo de las razas, tienen sus luces i sus sombras, sus lágrimas i sus sonrisas, sus amores i sus odios, sus altos i sus bajos.

Perdí lo que seguía porque misió Dolores, que no se interesaba absolutamente en los discursos, me pasó unas frutas que se empeñaba en hacerme comer, sin atender a que durante una hora no habíamos hecho sino engullir asados, empanadas, vino, huevos duros, una mezcla explosiva que hubiera causado envidia al inventor de la dinamita.

—Por la mujer chilena, señores,—concluía a poco el profesor don Heraclio—por ese ángel de paz, que siembra el bálsamo bienhechor en el corazón herido, que apaga con el céfiro volante de sus caricias el incendio de las pasiones, que está en los hospitales i en todas partes donde hai una lágrima que enjugar, que encamina, en fin, a su Patria por

la senda del engrandecimiento colectivo en el conjunto de las aspiraciones humanas.

—Un alcance al amigo don Heraclio!—dijo una voz sonora, argentina, con vibraciones de cuerdas metálicas.

Era don Belisario, quien con ímpetu i ademanes tribunicios aprendidos en la turbulenta Municipalidad de que era rejidor, dijo que la mujer chilena no era solo un ángel i un paño de lágrimas i todo lo demas que habia enumerado el preopinante; sino tambien una fuente de heroismo, una leona herida que defiende sus cachorros, causa, principio i estímulo de todo patriotismo.

—I si no me creéis, ahí están—dijo señalando a las obesas i tranquilas señoras, que estaban esparcidas en el suelo, devorando en silencio las últimas empanadas—ahí está misia Concha de Mandujano, la ilustre esposa de mi amigo el heróico comandante, el héroe de Tacna; mas allá diviso a misia Trinidad Lopez que dió cinco hijos al ejército, i uno de ellos murió, ai! de una asoladora fiebre amarilla en Paita. Hé ahí, señores lo que es la indómita matrona chilena!

Aplaudieron los que aun tenían fuerzas para hacerlo, llevaron la copa a los labios los que aguardaban para beber a que el brindis terminara, pero antes de que se extinguiera el eco de la última sílaba, ya estaba nuevamente de pié don Heraclio que, estendiendo la mano en ademán de apaciguar a las jentes, decia:

—Una palabra todavia, señores, para rectificar en un punto leve, pero trascendental, a mi elocuente amigo el señor don Belisario.

I lo rectificó estensamente, agregando muchos nombres de matronas no ménos *indómitas* que las ya citadas, i se remontó por la corriente de los siglos hácia arriba hasta Guacolda, Isabel la Católica, Semíramis, Judit i nuestra madre Eva.

Oh Dios! Qué hemos hecho para merecer este castigo de tu santa cólera! pensaba yo, a tiempo que

don Belisario, como ei se colgara de la última palabra del otro, prorrumpis:

—Permitame mi egrejo amigo, el sabio profesor que deja la palabra...

Así continuaron, yo no sé cuántas veces, turnándose en los discursos sobre la desventurada mujer chilena, hasta que el alcalde, que se habia puesto mui alegre i andaba por allí dando pellizcos a las muchachas i diciéndoles chicleos, ordenó a sus hijas que tocaran cueca en la guitarra.

Tras de muchos dengues i de hacerse rogar jurando que en su vida habia bailado cueca, salió la menor de las Arias, una rubia vivaracha, mui ruborizada de que la obligaran a bailar con Rufino, su *pololo*, que la miraba con ojos dulzones.

A medida que crecia el entusiasmo i a medida que la concurrencia mas palmoteaba, animando a los bailarines que sacudian en el aire sus pañuelos, moviéndose cadenciosamente al monótono compás de nuestro baile nacional, mas desastrosa me parecia a mí la idea de venir a ese sitio donde estaba Pancho Galvez hablando con Victoria, aislados del resto del mundo, hacia ya una hora.

La voz chillona de las Arias sonaba como un lamento:

Un negrito mui fino
me dijo un dia,
chinita!
que si yo no lo amaba
él se moria,
mamita!

—Muévase, jóven Rufino! Que se lo pasan a llevar!

—Ofrézcale! Esa es la linda!

I las cantoras seguian lastimeramente:

El se moria, sí;
pero no es cierto,
chinita!
yo nunca lo he querido
i él no se ha muerto,
mamita!

Tengo un recuerdo confuso de las últimas horas de ese paseo; un torbellino de voces, cantos, palmas, rasgueos de guitarras, exclamaciones populares, suena en mis oídos cuando me esfuerzo por recordarlo.

Es indudable que me puse en ridículo, al menos ante los ojos de las muchachas que me conocían, porque aunque tenía alguna reputación de hombre grave, no era para estarse toda la tarde yendo de misia Dolores al doctor Fernandez i de éste a Sara, que seguía contando chascarrillos, i hablar con ellos de la voz de Juanita Arias, del baile de Rufino, de si llegaríamos o nó con la luz del día a San Juan.

Solo recuerdo que Ismenia Calleja, con quien evitaba hablar nuevamente, tuvo la crueldad de venir hacia nosotros, acompañada de una inglesa que nos había hecho reir por su tocado i adornos charros, de colores vivos que hacían grotescas las arrugas de su cara.

—Aquí le encontré un joven, *missis*,—dijo Ismenia, presentándome a la vieja inglesa.—Le presento al señor Perez, un caballero mui amable con las señoritas.

I se fué riendo a carcajadas mientras la inglesa reía también i se esforzaba para no dejar al aire sus enormes dientes postizos.

—Mucho gusto, señor—dijo en un castellano deplorable—esta *niña* es un loca.

—Mui viva! Extraordinariamente viva.

I la infeliz, haciendo cómicamente su papel de niña, habló conmigo del amor i de la lealtad inglesa i de que yo era *un gentleman* de mucho talento i

de que ella tenia pasiones mui fuertes. Pobre solterona! aun me parece que la veo, nota grotesca en el fondo agreste del paisaje que nos rodeaba. Lo único *fuerte* que podia tener no eran pasiones, sino la tinctura con que habia hecho de su escasa cabellera un muego verdoso!

Con ella me tocó en suerte el regreso, a su lado, en una carreta que, colocada en el centro de la fila, descendia la cuesta envuelta en una nube de polvo.

Algunas de las muchachas habian aceptado los ofrecimientos de los varones para llevarlas a las *ancas*, i subieron a los caballos con grande algazara de ellas i alarmas de sus madres, que les daban a voces consejos de prudencia i buena conducta.

Victoria iba con su madre en una carreta que seguia a la nuestra, i su amigo marchaba al lado del vehículo gallardamente montado en su caballo que caracoleaba como si quisiera dar muestras de su destreza.

Desde mi asiento en las duras tablas, con las piernas colgando fuera de la carreta, junto a la arremilgada inglesa que me abrumaba con su charla casi ininteligible, mezcla de palabras de todos los idiomas, me sentí penosamente deprimido, inferior, aplastado. Hice en mi mente la comparacion que Victoria debia hacer en ese instante i reconocí que el señor Galvez, de manta i grandes espuelas, sabia mas que yo, era un hombre; mientras que yo no pasaba de ser un enfermo, un nervioso, falto de energias, de voluntad i de resolucion. Me maldije a mí mismo.

Mas abajo, en el fondo de la garganta estrecha por donde descendíamos hácia San Juan, murieron las luces del crepúsculo i la sombra intensa proyectada por los cerros boscosos nos envolvió completamente.

Ni un momento cesaron las voces, cantos, músicas de guitarras cortada por los saltos de las carretas. Los campesinos salian de sus ranchos i nos seguían ladrando los perros, asustados de aquel des-

file de jentes alegres, que turbaba con vocerío de orjia la dulce calma de la noche.

Adelante, de pié en una carreta, como una figura decorativa, el comandante Mandujano cantaba a todo grito:

¡Recuerdo aun que en mi niñez! : :
Cruce las ondas de la mar!...

I a ratos se oia una voz aguda de mujer que repetia por la centésima vez la melodía

*Ogni sera di sotto il mio balcone,
sento cantare una canzon d'amore.*

...Era Ismenia que habia aguardado la noche para lucir sus gracias de artista!

I entramos al pueblo, redoblando la jeneral algazara, saludados por los pilluelos que seguian las carretas i se colgaban de sus costados.

El comandante Mandujano, con voz mui profunda, como si el vino la hubiera hecho bajar dos tonos sin amenguar su potencia, repetia aun: 

Sobre las ondas
del manso rio
Su cuerpo frio,
flotando ví...

El alcalde encendia fósforos de Bengala rojos i verdes, i los lanzaba al aire con infantil regocijo.

El rejidor don Belisario, marcialmente colocado a la cabeza de la comitiva, entonaba la Cancion Nacional,

I al fulgor pasajero de las luces que el alcalde encendia, veia yo diseñarse el busto de la Toya, sentada en el borde de la carreta, tranquila, indiferente; i a su lado, Galvez, que, con los resplandores rojos, se me antojaba enorme, amenazador.

VI

DIA ÚNICO

Entre la densa bruma que nublaba mi cerebro, mezcla de la fatiga del paseo, de los vapores del vino, que con voluntad o sin ella hube de beber, i de las ideas desconocidas que me habian nacido en las últimas horas, flotaba un solo pensamiento claro, una pregunta, obsesion implacable, que interrumpia la danza de imágenes i recuerdos confusos para presentárseme ella sola, como un gran interrogante dibujado con luz sobre un fondo de sombras.

Pocas veces me ocurre soñar dormido, sin duda porque he soñado mucho despierto; pero en la noche que siguió al malhadado día del paseo a los Máquis, mi excitacion nerviosa era grande, i las impresiones se habian agolpado a mi mente en tan alborotado tropel, que acudieron a turbar mi sueño, incoherentes, truncas, en combinaciones extrañas i ridículas.

Soñé que la Cámara de Diputados celebraba session allí en San Juan, en una de las grandes bodegas del pueblo; habian retirado los enormes toneles i dispuesto sillones en semicírculo. A la luz de una lámpara de petróleo que oscilaba colgada de una viga, i por entre el humo espeso de los cigarros veia yo que la presidencia estaba ocupada por el alcalde Arias, i que frente a mí, a mi lado, en todas partes, se sentaban mis compañeros del paseo. Mandujano estaba vestido de jeneral i golpeaba el suelo

con su gran sable; el profesor don Heraclio se habia puesto barbas postizas mui largas, que a cada movimiento se le desprendian; hasta la inglesa me miraba amorosamente desde un rincon.

Yo me decia: esto es una ridiculez; ¿qué sabe don Buenaventura de presidir sesiones? I queria pensar en lo que me interesaba, que no era otra cosa sino esa pregunta, ese enorme interrogante que se me presentaba cada vez mas definido.

Pero he aquí que de repente don Buenaventura se puso a golpear en un tarro de hojalata para despertar a los que se dormian, i luego dijo solemnemente:

—Hai que resolver el punto, esto no puede quedar así: ¿Don Miguel Perez está o no está enamorado de la señorita Victoria?

Dios mío! Aquella era mi pregunta! Era esa misma la que yo estaba haciendo! Ese era mi enorme interrogante dibujado con luz sobre las sombras!

Tuve tanta vergüenza de que el alcalde i todos los presentes hubieran sorprendido mi secreto, que me dejé caer al suelo para que no me vieran i metí la cabeza debajo del sillón.

Luego la lámpara comenzó a vacilar, porque los murciélagos la golpeaban con sus alas, i al fin se apagó...

Desperté sofocado; tenia la cabeza debajo de las almohadas.

A la mañana siguiente, cuando salí de mi aposento, mui avanzado ya el dia, mi espíritu se habia serenado; la duda, la inquietud, parecian haberse calmado; habia hecho un esfuerzo sobre mí mismo, i por una de esas reacciones que han hecho decir a un filósofo que el espíritu humano es como un borracho a caballo, que cuando lo levantan de un lado se cae del otro, sentia confianza, casi seguridad de que la pertinaz pregunta se resolveria por si sola i de que la solucion seria buena.

Don Ernesto leia sus diarios en el corredor i me

dió los buenos días mirándome por encima de las gafas montadas en el extremo de su ancha nariz.

—¿Que hai? ¿No ha hecho daño el paseo?

—Nada, absolutamente; ya estoy sano; un poco cansado me sentí anoche.

—Así te ví. Traías la cara como la del sujeto del cuento: ¿A dónde vas? A la fiesta! ¿De dónde vienes? De la fiesta!

I para una i otra respuesta hizo respectivamente un jesto alegre i otro de abatimiento profundo.

Comentamos algo el paseo; dile noticias de sus incidentes i le aseguré que me habia divertido.

—Qué traen los diarios?—pregunté tomando uno i disponiéndome a darle la ojeada maquinal e indiferente con que los recorria desde que San Juan me habia hecho olvidar, i hasta desdeñar un poco, mi otro mundo de la capital.

—Un noticion mui gordo—contestó don Ernesto.
—Que ha caido el Ministerio.

Si me lo hubieran dicho seis meses ha, antes de mi enfermedad i antes de que viniera a gustar la dulce vida de mi pueblo, es seguro que habria devorado con vivísimo interés hasta la última línea consagrada por la prensa a la crisis política.

En ese momento, lo único que hice fué leer, saltando la mitad, un editorial que lamentaba la inestabilidad ministerial i otro que se felicitaba de que los ministros, «abrumados bajo el peso de sus errores i su impopularidad, hubieran comprendido al fin su deber.»

—Lo mismo de siempre—dije con suprema indiferencia, i mientras don Ernesto leia, me puse a pensar qué cara me pondria la Toya despues de lo del paseo.

La respuesta me saltó a los ojos en ese instante. Ella se acercaba a nosotros, nos daba los buenos días, i por cierto que su cara era la misma tranquila i dulce fisonomia de siempre. Venia de la iglesia porque traia el devocionario en su mano i enredado en la muñeca el rosario.

El manto negro, arreglado de modo que ceñía estrechamente su cabeza i dejaba caer sus bordes por la frente i las mejillas, daba mayor relieve a las líneas de su rostro moreno i hacia mas grandes i profundos sus ojos.

Me asomé a ese santuario de sus pupilas, que tanto conocia ya i en el cual podia leer las fugitivas sombras que cruzaban a veces el cielo de su alma, i no hallé ni la mas leve huella del dia anterior. ¿Era que ni aun habia advertido mi angustia i mi odiosa situacion?

Hablamos banalmente del paseo. Rió mucho de mi conversacion con la inglesa, que reprodujo remedando a la pobre vieja; de los discursos inacabables; i me contó que los paseantes mas entusiastas habian seguido la fiesta hasta el amanecer en casa del alcalde Arias.

Don Ernesto refirió que en la mañana le habian contado en la Tesoreria que Rufino i el profesor don Heráclio habian tenido un combate singular en el Café sobre rivalidades amorosas con la pequeña Arias. No hai para qué advertir que el pedagogo quedó *imposible*, segun la expresion de don Ernesto.

De pronto, la Toya me dijo sin salir de su tono indiferente i como si no tocara mas que un detalle vulgar del paseo:

— Sentí no tenerlo a Ud. a mano para haberle presentado a Pancho! Galvez.

En mi corta vida politica habia avanzado ya algo en el arte de *hacerse el leso*. Le respondí con una naturalidad verdaderamente desesperada:

— Galvez era ese jóven que conversó con Ud. toda la tarde.

— Ella dijo con su vocceta arjentina, que parecia en esos momentos mas clara:

— Sí; es un antiguo amigo; en casa lo quieren mucho; muy buen muchacho, trabaja en el campo.

— Vaya! siento no haberlo conocido.

I pasamos a otro asunto, como el que coje un carbon encendido, lo sopla i lo suelta ántes de que le queme la piel.

A la tarde, terminada ya la siesta a que me habia habituado i que no perdonaba por ningun motivo, vino a casa la Sara, hablando desde la puerta, como de ordinario, preguntando mil cosas para responderlas ella misma, jurando que no volveria en su vida a paseos campestres.

—Figúrate, hijita: ¿qué crees tú que hicieron mis chiquillos? Se fueron a la playa, se metieron en el agua, se revolcaron en la arena hasta que les dió puntada. Volvieron a comer a las 7, hechos unas sopas... Jesus! Son unos sublevados! Me vuelven locos! Ya no me puedo mover a ninguna parte!—I a Ud., Miguel, ¿no le hizo mal el traqueteo? Qué le ha de haber hecho mal! Está mas rosado que nunca. ¿I qué tal noche? No se le conoce que se haya desvelado.

Interrumpí las burlas graciosísimas que mas adelante hizo Sara de las Callejas, de la pintura de Juanita Arias, que afirmaba era «pintura fina, marca Gallo», de los oradores i en especial de los gritos del comandante Mandujano que la tenian ensordecida i desatinada.

Propuse un paseo al cerro del Castillo i salimos de la casa Sara, la Toya i yo.

Misiá Dolores estaba sentada frente a la cocina delante de una enorme *paila* en que hervia el dulce de membrillos, tarea que no confiaba nunca a las criadas. Don Ernesto nos veia salir i suspiraba, ¡pobre hombre bondadoso! recordando que le habian prohibido los ejercicios prolongados i violentos.

En el camino se nos unieron dos de los chicos de Sara, que entre protestas de ésta i súplicas nuestras, siguieron con nosotros i nos precedieron cogidos a las manos de la Toya, su amiga i defensora abnegada. Entónces Sara, como quien ha aguardado un momento propicio i no puede resistir mas

tiempo al deseo de hablar, me dijo atropelladamente i bajando la voz:

—Es Ud. un tonto, un tonto, un leso, que no sabe nada de nada, i merecia que lo echaran de cabeza al mar con una piedra al cogote, por inútil i cobarde.

—Muchas gracias!—respondí riendo—pero ¿qué significa esta andanada de insultos? Qué es lo que...

—Pero, hombre! Si me daba Ud. una incomodidad cuando lo veia ayer conversando con la señora i conmigo como si no hubiera nadie mas en el paseo!

—Esto es! Quería Ud. que siguiera tolerando a la distinguida señorita Calleja?

—Si, pues, ¿no? No habia nadie mas que las Callejas en el paseo.

—Hablemos claro: Ud. quería que fuera a interrumpir la interesante conversacion de la Toya con el *huasito* ése.

—Lo que quiero— repuso con firmeza viendo que Victoria, que se habia alantado, nos aguardaba— es que Ud. se porte mas hombre, tenga mas resolucion i hable las cosas que se deben hablar.

Era el Cerro del Caatillo, como he dicho, un peñon chato que se entraba en el mar, en cuya cima habia abundante vejétation i que en sus costados de roca recibia el pujante embate de las olas.

Un sendero labrado en la roca conducia al extremo del peñon por una de sus laderas i allá fuimos a sentarnos, a las sombras de las mismas peñas, a mirar el inmenso Océano, el ronco azote de las olas que sacudian las rocas desgarradas, abruptas, con aristas mui agudas, bruñidas en la base por el ir i venir eterno de las aguas.

Sara bajó con sus chicos a un rincon de arena que quedaba entre dos peñascos i donde el mar habia amontonado conchas, guijarros de colores, mil despojos de su batalla, i nos dejó a Toya i a mí en la parte alta, sentados al abrigo del murallon que ahí formaba el cerro.

La vasta soledad del mar nos rodeaba; estábamos tan aislados como a muchas leguas de la costa en alta mar; solo que allí rujían las olas, empujadas por la marea que subía a merced del viento, i se estrellaban contra las rocas alzándose rabiosas en el aire deshechas en espumas i nieblas.

Hablamos de lo que había que hablar. Comencé yo a hacerla preguntas, tímidamente, pareciéndome siempre que podía hierirla, teniendo aun en el alma la pregunta de mis sueños, la duda. Respondía serenamente, sin apresurarse, como quien aguarda que llegue el momento de decir cada cosa, porque está seguro de que nada puede sorprenderle.

Hicimos por un buen rato un juego semejante al de dos espadachines que cruzan sus aceros i resbalan el uno en el otro i los golpean, reservando aun la estocada a fondo.

Se habló por fin de Galvez; lo nombré yo:

—Yo me aburría; lo confieso. Toda esa jente está buena solo para un rato. Me hacia falta Ud. que me tiene ya acostumbrado a su conversacion.

—I Ud. se apartó de mí sistemáticamente, todo el tiempo. Lo noté. Pero me dije: castigemos a éste por nervioso, por ligero para sus juicios.

—¡Permítame! Yo no he hecho juicios; pero como la veía a Ud. tan entretenida con su amigo Galvez...

—Le estoy diciendo que hace juicios ligeros! ¿Quién le ha dicho que estaba entretenida?

—Vaya! El hecho de que conversaran Uds. tan largo rato.

Callóse moviendo la cabeza i mirándome con dulce reproche. Luego comenzó a decir lentamente, en el tono reposado, cadencioso, sin variaciones en que hablaba cuando parecía bajar la voz para no turbar su propio sentimiento:

—Ese jóven es un amigo antiguo, que me merece mucha estimacion. Mis abuelos lo quieren entrañablemente i le deben servicios. Yo sé que es un hombre bueno i tengo gusto en oírlo. Se acercó a

mí, i como nadie vino mas tarde a interrumpirnos i como Ud. huia—acentuó esta palabra i repitió—sí, *huia* de mí, i como yo no podia ni queria decirle: Pancho retírese Ud., conversé con él todo el tiempo.

—Por supuesto! Si todo eso lo comprendo... si yo no pretendo pedir explicacion.

Hizo un jesto para que no la interrumpiera i siguió:

—No diga mentiras: la explicacion me la está pidiendo Ud. con los ojos desde esta mañana. Yo la doi porque quiero darla, porque para mi tranquilidad me interesa darla. Pancho Galvez es caballero, es bueno, no tengo nada que reprocharle, me trata con excesiva amabilidad...

—Excesiva! Así lo he oído!—tuve la torpeza de decir dando a estas palabras una intencion maligna:

Victoria me miró. Toda la serena dulzura de su rostro habia desaparecido; sus ojos relampaguearon i me contestó con voz en que se adivinaba indignacion, enojo, rabia:

—Ud. tambien! Era lo que me faltaba! ¿No basta que esa muchacha estúpida i otras como ella me hagan sobre esto bromas ridiculas? Ud. me dice eso! Ud. que tiene el derecho de preguntarme como amigo i que sabe que yo le diré siempre la verdad, nada mas que la verdad. No me entienden, Miguel; me juzgan con lijereza i con maldad; se complotan en mi contra i Ud. los ayuda.

La habia herido. Vi que sus ojos se llenaban de lágrimas i sentí al punto el deseo de reparar mi falta. Su sola indignacion me convencia de mi error. Tuve vergüenza de haber sido vulgar, ordinario con aquella amable niña que me hablaba sincera i sencillamente. Murmuré una excusa, pero ella sin oirme i mirando a lo lejos el horizonte, en esa actitud que contaba los instantes de su mayor emocion, siguió diciendo en voz tan baja que no parecia ya dirigirse a mí, sino hablar consigo misma:

—Un hombre honrado se acerca a mí, me habla con respeto, me llena de atenciones; yo le oigo i lo trato como debe tratar una señorita a un caballero. Dienen que me pretende: Tengo yo la culpa? ¿Por qué habia de rechazarlo, si no es indigno, ni malo, ni quiere engañarme? Es un amigo como tantos otros, i mas que otros, porque lo conozco desde mucho tiempo... Tal vez yo falte a mis deberes, porque lo escucho i no doi muestras de desagrado... I si fa'to i doi que hablar es porque soi una pobre muchacha provinciana, sin experiencia i sin mundo.

Nadie me aconseja; los que pudieran hacerlo, los que me han dicho que serian amigos míos i saben de todo esto mas que yo, se alejan de mí. I yo, sola, hostilizada por mujeres que murmurar, me aburro de luchar i dejo que todo siga... Pero mi alma está tranquila i mi corazon sabe la verdad de todo lo que pasa en sus soledades...

Aun me parece que la veo! Oh incomparable vision que duró lo que un relámpago!

Está vestida de blanco, sentada junto a mí, la mirada de sus grandes ojos negros perdida en el océano, plegados sus labios como si contuvieran un sollozo. La miro aun en mi memoria; fantasma luminoso del *dia único* de mi vida!

Yo le hablo, teniendo entre las mías su mano que ella me abandona; le pido perdon, balbuciente como un niño; le ofrezco mi experiencia para darla consejo, mi cariño para sostenerla en la vida, mi espíritu para adorarla. I atropelladamente le digo mil cosas que nunca hubiera pensado decir, que no lograria recordar aunque lo intentara. Me humillo, estoi vencido, revelo a sus ojos un rincon de mi alma:

—Es que en estos dias,—la digo—siempre a su lado, sintiendo siempre la felicidad que de Ud. me venia, mirando esos ojos suyos, oyendo su voz, viviendo como hermano en el nido de su hogar, yo he pensado... nó, no lo he pensado..... lo he sentido sin darme cuenta de ello, algo como

si el alma que se unia a la mía, formara parte de mi ser i fueran míos sus pensamientos i sus palabras. Soy un egoísta, quisiera que el tesoro que Dios puso en mi camino, i que ni aun sé si me pertenece, porque el dueño puede venir i llevárselo, ni aun lo miraran otros... Tengo celos de los que pasan i se detienen a contemplarlo...

Sueño! La mano que estrecho, tiembla entre las mías i las lágrimas asoman a los ojos, fijos siempre en el horizonte. Yo escucho confusamente que las olas rujen a nuestros pies, como si entonaran un himno inmenso. Acercó mi cabeza a la suya, i allí, casi al oído, tanto que sus cabellos, con que juega el viento, tocan a veces mi rostro, la digo mis secretos:

—Hasta hoy nunca conocí otro afecto profundo que el de mi madre. La lucha por la vida había secado en mi alma las fuentes de las emociones. Aquí he resucitado. Soy un hombre nuevo, capaz de muchas cosas que ni siquiera sé expresar bien, porque me son desconocidas... He dudado de muchas mujeres e hice bien en dudar porque ninguna me enseñó a creerle como Ud. me ha enseñado. He perdido mis días juveniles en fantasías pasajeras, a veces miserables; pero nunca mezclé en ellas mi alma. No he amado a nadie. Mi orfandad, mi abandono de tantos años han sido absolutos, completos. La primera vez que me llegan hasta el alma helada, yerta, algunas caricias que la reanimen, algunas ternuras i cuidados que la despierten de su letargo, es ahora. ¡Son estas manos las que me resucitan!

—Qué puedo hacer yo por Ud.!—dijo ella tristemente—Soy tan poca cosa; no alcanzo hasta su altura, ahora mismo lo que me está diciendo me confunde; sé que es delicado; comprendo que ha tenido Ud. sufrimientos grandes... ¿Cómo se puede vivir solo? Los amigos no bastan; son para los negocios, para la calle. Muchas veces he pensado en eso, i me dá pena. Cuando está solo, pensativo, como suele quedarse a veces, Ud. tiene una gran tris-

teza en la fisonomía. He pensado que será el recuerdo de tantos días solitarios.

—Qué importa lo que pasó! Eso i mas que fuera ¿no lo olvidaria solo con oirla? Nunca nadie se interesó hasta ahora en mis tristezas o en mis alegrías. Por eso las guardaba para mí solo. Hoi quiero pensar en que pueden ser para ambos; i Ud. oyéndome con cariño, me dá un consuelo inmenso.

Su mano, por donde en imperceptible temblor venia a mí su emocion, estrechó la mia como si selláramos un pacto; i callamos, porque lo que sentiamos no tiene nombre en lengua humana, porque la voz poderosa de las olas al reventar entre las rocas llenabá el aire de gritos de triunfos que sonaban al unísono con el humilde acento de nuestras almas, porque el mar hinchado i soberbio con la marea que subía i el cielo que incendiaban los arreboles de la tarde, i la tierra estremecida, palpitantes, al beso de las brisas que nos traía rumor de voces extra-humanas, todo, todo hablaba en esa hora, todo murmuraba palabras de amor, caricias inenarrables i dulcísimas... ¡Cuántas divinas vaguedades nos dijimos todavia, murmurándolas apénas como si aun a nosotros mismos quisiéramos ocultarlas!

I a la luz moribunda del crepúsculo volvimos a la casa por calles desiertas, invadidas por la melancolia de la tarde, llevando entre nosotros a Sara que sonreía i nos miraba maliciosamente i estaba contenta de habernos ayudado a deshacer las nubes tempestuosas del día anterior.

En la noche, despues de la comida, los viejos dijeron que hacia frio; nos quedamos en casa, paseando en el corredor, sentados despues en el salon, sin encender la lámpara de petróleo, en la suave penumbra que venia de la calle por las anchas ventanas.

Don Ernesto i misiá Dolores sostuvieron conmigo una de esas conversaciones que mueren porque nadie se interesa en ellas. No tenia yo deseos de conversar, sino de recojer todas las palabras, afectos i

emociones que poco ha se habian ajitado dentro de mí. Victoria calló tambien; ¿para que hablar si sabíamos que a traves de la semi oscuridad de la sala hablaban nuestras almas i el diálogo de las dulces vaguedades seguía vibrando en ellas como un himno nupcial?

La pedí que se sentara al piano i nos hiciese oír música. No tenía grandes conocimientos; apenas habia recibido en un colejo de relijiosas algunas lecciones musicales; pero en lo que tocaba habia un acento de su propio espíritu; algo de la tranquila firmeza, de la melancolía serena de su carácter se trasmitia a mí alma al oírlo.

La sala comenzó a llenarse de unas melodías sencillas, apasibles i tristes como baladas pastoriles, en que al amoroso reclamo seguían frases lastimeras de dolor i a los alegres aires campestres, acentos de despedida, armonías lejanas que se apagaban lentamente.

I esa música que sus manos arrancaban al teclado me hablaba a mí, tenía eco fiel en mi espíritu ébrio de los anhelos que enajenan, sumido en un voluptuoso abandono de todo lo que no eran las dulces vaguedades de nuestro diálogo.

Me levanté, i acercándome al piano con el pretesto de pedirle que tocara tal o cual cosa, quedéme allí de pié apoyado en la caja negra del instrumento, cerca de ella. En la penumbra, sus ojos me miraban i tenían luz fascinadora como luciérnagas.

Después su padre i su madre salieron de la sala, i unos instantes quedamos solos.

—Esto es—la dije—lo que me parece que me roban, esta felicidad la que Dios me ha puesto en el camino i un día puede venir su dueño i llevársela.

Mi voz temblaba. Estaba de pié a su lado; sentia el perfume de los jazmines prendidos en su seno. Ella volvió la cabeza, me miró con la luz de sus ojos i murmuró tímidamente:

—Si Ud. lo quiere, nadie puede quitarle lo que llama su felicidad.

—Dime que es cierto!— dije, usando por vez primera el tratamiento familiar — ¡Dime que este tesoro no tiene dueño!

—¿He mentido o te he ocultado algo yo de cuanto tú quisiste saber de mí?

Un vapor de locura turbó mi reflexion.

Tomé su cabeza entre mis manos i la miré fijamente en los ojos, buscando en su fulgor la verdad; ella suspiró mi nombre levemente i nuestros labios se unieron.....

VII

INCERTIDUMBRE

El sol de la mañana que siguió a aquel *día único*, uno de los postreros del verano, entraba en mi habitación a través de las cortinillas i sonreía en las grandes flores rojas i azules de la alfombra; pero ni el sol, ni el aire, ni las flores, ni los pájaros que cantaban en el jardín su gran sinfonia matinal, estaban mas alegres que yo. Habia dado vueltas en mi cabeza a muchos pensamientos risueños, a mil proyectos informes que se deshacian, se combinaban i desvanecian como jirones de nieblas.

Creo firmemente que esa mañana estaba yo rejuvenecido, tenia el aspecto, la frescura, la agilidad del espíritu i del cuerpo que tuve a los 22 años.

Habia borrado diez años de mi vida.

Entró un criado trayendo el desayuno i la correspondencia, que a San Juan llegaba solo tres veces en la semana.

Mientras acababa de arreglar el nudo de mi corbata miré los periódicos que Matias dejó sobre la mesa. Entre ellos estaba una carta, cerrada, de un sobre cuadrado, en el cual una mano que no conocia habia escrito desaliñadamente mi nombre. Era letra de hombre de negocios, que escribe mucho i va con los años haciendo jeroglíficos mas ininteligibles.

¿Que me importaban a mí todas las cartas? La miré sin ningún deseo de abrirla. Pleitos, pensé, o politiquerías de esas que me tienen fatigado.

Me pareció que la peineta con que en ese momento ponía en orden mis cabellos, arrojaba de mi cabeza el recuerdo de mi vida anterior, que había cruzado delante de mí a la vista de la carta.

—¿I la Toya?—pregunté saliendo de mi pieza a una criada que cruzaba el corredor.

—Se fué temprano al baño con la señorita Sara, señor. I dijo que fuera Ud. a buscarlas, que lo esperaban allá.

Ahora me voi a la playa—dije para mí—i allá daremos un paseo agradabilísimo; la mañana está tan hermosa como no he visto otra igual. Por si las bañistas, que de ordinario tardan mucho, me hacen esperar, llevaré esa carta i esos periódicos. Después de todo es un poco pueril no querer ni informarse de lo que ocurre en Santiago.

En la calle rompí el sobre i ví la firma. No esperaba ver aquel nombre: era el de un copetudo personaje político de mi partido, hombre que tenía fama de mui listo i que hacía un gran papel en las horas de dificultades i crisis.

«Distinguido correligionario i amigo: Noticias que nos han traído personas que vuelven de playas vecinas a San Juan nos han hecho saber que su salud está restablecida i que podremos contar en este invierno con sus valiosísimos servicios».

Cierto es—me dije—que va bien mi salud—pero eso de contar con mis servicios, me parece un poco mas dudoso: la política me ha cansado ya lo bastante para dejarme apreciar las ventajas de la vida tranquila.

«La situación producida por la última crisis—seguía la carta—es sumamente favorable para nuestro partido i tenemos la seguridad de que el nuevo Gabinete se nos darán dos ministros. El Presidente quiere, sí, que sean hombres jóvenes,

activos i bien reputados para hacer labor administrativa.»

La misma farsa de siempre—pensé—todo para venir a parar en lo de antes!

«Yo i algunos amigos hemos insinuado su nombre para la nueva combinacion. Su alejamiento de la política en los últimos meses favorece estos propósitos, porque su nombre no se ha mezclado en las escaramuzas de las sesiones de Enero i no despierta recelos.»

Nó; esto ya no era farsa; se habia *insinuado* mi nombre para Ministro de Estado. Ministro!—Alcé la cabeza i miré a mi alrededor para ver si alguien me veia i habia sorprendido el jesto de extrañeza i de intensa satisfaccion que debió dibujarse en mi rostro. La callejuela polvorosa estaba desierta.

«No tengo tiempo de entrar en detalles—terminaba la carta;—me limito a insinuarle la idea i a advertirle que de un momento a otro podemos llamarlo por telégrafo. Esperamos de su patriotismo i su adhesion, etc., etc., etc.»

Es probable que esta misma noticia no me hubiera causado en Santiago la impresion de estupor que me produjo en las calles de San Juan; porque allá hubiera asistido al desarrollo del movimiento político, hubiera oido los primeros nombres que se murmuran despues de una crisis, hubiera sabido del principio al fin los trajines de don Falano, las combinaciones de don Zutano, la actitud de cada uno de los grupos.

Pero en ese momento, tenia apenas una idea vaga de que el Gabinete habia renunciado i en mi ánimo no despertaban ya ningun interes las noticias políticas que traian los periódicos. Sumergido en un profundo sueño, embriagado por el perfume de los jazmines, abierto mi corazon a la blanda brisa del mar de mi pueblo, que me hacia jóven, casi niño, esa voz de otro mundo, ese eco de la gran batalla de las pasiones que allá en la capital se libra ince-

santemente chocó rudamente contra mi espíritu i me dejó sorprendido, perplejo, aturdido.

En la playa habia pocos bañistas. Desde el término del Carnaval, la entrada de la Cuaresma i lo avanzado de la estacion habian dado la señal del regreso para las familias de los pueblos vecinos i cada dia se contaba de otra que tornaba a sus lares, convenientemente remojada.

Eran aun bellísimos los dias, templados i serenos i mas que nunca comenzaba a sentir yo entónces los beneficios del clima de San Juan.

Sara i Victoria no habian terminado aun su baño. Las divisé en el extremo de la playa arenosa al abrigo del Castillo; formaban una cadena con los chicos i recibian los golpes de las olas que se enrollaban sobre sí mismas como un tapiz i caian en la arena para estenderse i replegarse nuevamente.

Me alejé algunos pasos por la orilla i fui a tenderme sobre la limpia arena a la sombra de la colina que como un muro estrechaba ahí la playa movediza i desafiaba al mar.

Leí nuevamente la carta; me detuve en cada uno de sus pasajes mas importantes, recordé al personaje que me la escribia i juzgué sus palabras i sus intenciones posibles por el conocimiento que yo tenia de su carácter intrigante i del rumbo que intentaba dar a nuestro partido.

Me faltaban datos para determinar el verdadero valor de esa carta. Mi prolongada ausencia era causa de que yo ignorase los términos precisos de la situacion.

No entendia por qué el Presidente que acababa de tener un Ministerio de notabilidades, de hombres viejos, de momias políticas, aceptaba hoy nombres tan nuevos como el mio. Era cierto que yo habia hecho algun papel en el Congreso, no mucho ni muy azombroso; pero, en fin, en una Cámara en que las facultades intelectuales estaban escasamente representadas, tuve el valor de discurrir algunas veces con oportunidad i con éxito.

Pero eso no bastaba: dos discursos oportunos, ni doscientos discursos, esplican que se llame a un mozo de 32 años, sin gran posición, a tomar una cartera, último asiento de las mas encumbradas aspiraciones de tantos. Aspiraciones mías tambien habian sido éstas i a eso tendian muchos de mis esfuerzos; ¿por qué negarlo?—El apartamiento de la gran batalla de las ambiciones habia serenado mi alma i dado lugar en ella a afectos que la eran mas gratos i que no la salpicaban con el lodo de envidias i rencores.

Sin embargo, era hermoso, era grande el poder i bien lo sabia yo i bien lo sentia, a pesar de la alta filosofía que me dominaba en mi pueblo. I era especialmente seductora la idea de llegar casi sin esfuerzos, i en los albores de la vida, a una altura que otros no alcanzan sino cuando los trabajos i amarguras han nevado sobre su cabeza.

Miré el mar, dormido a la caricia de los últimos soles del verano, azul como el firmamento que se miraba en él; oí el rumor de las olas que jugaban con las conchas rotas cerca de mí i me hablaban como siempre esas voces ora graves ora risueñas, ya consoladoras ya aterrantes, con que el inmenso océano parece responder a todos los acentos del combatido corazón del hombre.

Habia tanta paz en torno mio! Era tan tibio el aire, tan limpio el cielo, tan sereno el mar, tan lánguida i silenciosa la agonía de las olas en la arena, tan bellas las colinas en que la yerba comenzaba a marchitarse!

No sé cuánto tiempo habia pasado en estos pensamientos i contemplaciones, batallando en mi ánimo el recuerdo de la ajitada existencia i mundanas grandezas que me llamaban desde la capital, con el espectáculo de aquella naturaleza que me abria el regazo de su tranquila majestad para olvidar, para no pensar mas que en la dicha de vivir.

Victoria venia hacia mí, seguida de Sara i los niños. Su silueta elegante parecia un rayo de luz

sobre la playa; vestida de blanco, se cubría con una sombrilla roja, traía la falda ligeramente recojida i hacia zig-zags para huir de las olas que llegaban hasta sus piés.

Ella misma era la respuesta a mis dudas; ella era la luz para desvanecer el caos de mis cavilaciones. ¿Qué grandezas, qué honores—dijo mi corazón, recobrando su imperio—valdrán lo que una caricia de esa amada niña, en cuyos labios has bebido como en la fuente de tu resurrección?

Fuí hacia ella i la ví sonreirme a la distancia, plácida, inocente, tan ajena a los combates que a mí me estaban reclamando, tan humilde comparada con los honores que un momento ha veía yo pasar ante mis ojos.

I como si respondiera a la voz del corazón que me llevaba a ella, habló mi cabeza i dijo: Todo lo hace poético tu imaginación, casi infantil; ¡eres un niño!

Pero ella estaba allí, hermosa, como una ondina de negra cabellera que hubiera salido de las aguas para sonreirme amorosamente, i mi corazón hablaba aun muy alto i decía: No eres un niño: eres un hombre que se despoja de ambiciones miserables para tomar en sus brazos la dicha que Dios le envía. Es la paz de tu alma!

Me uní a Victoria i seguimos caminando por la playa como tantas veces, hablando de nosotros mismos, en ese divino egoísmo de los grandes afectos, siguiendo nuestro hermoso diálogo de dulces vaguedades.

Solo que ese día yo hablaba sin la espontaneidad de otros días, sintiendo entre ella i yo la carta que tenía en mi bolsillo sobre el pecho, i que estaba allí como una plancha de hierro que oprimía i hacía daño.

Debí callar un buen rato, aturdido por la disputa que a voces seguían dentro de mí el corazón i el cerebro. Ella me preguntó:

—¿Qué tienes? Estás preocupado.

Iba decirselo todo; pero tuve miedo de turbar su

paz; contesté una evasiva i seguí hablando i mirándome en sus ojos para que ellos me dieran la solución de mis dudas.

Ella estaba mas alegre que otros días; reía, bromeaba, tenía mas libertad en sus palabras, parecia pensar en alta voz, revelarme todo el himno que vibraba en su jóven alma enamorada.

Así pasaron las horas de aquel día. Mas tarde evité la compañía de Victoria i, pretestando un dolor de cabeza, me encerré en mi habitacion para pensar reposadamente todo lo que tenía que resolver.

Supongamos, me decía a mi mismo, que mañana o pasado u otro día próximo llegue un telegrama que me llame a Santiago. Puede no venir i resultar proyectos de aquel marrullero personaje todos los anuncios de la carta; pero tambien puede venir; la política nos reserva siempre sorpresas. Si el telegrama viene, no puedo escusarme: tomaré el vaporcito i saldré de San Juan. Sobre esto no cabe discusión. Un hombre tiene compromisos de honor, i hai cosas i circunstancias... ¡Nada! Será forzoso que me vaya.—La Toya se entristecerá i acaso trate de oponerse; pero yo la convenceré i será razonable.—¿I si me hacen Ministro?...

Aquí mi imaginación tomaba un vuelo rápido, se elevaba como el cóndor de nuestras cordilleras hasta cimas altísimas i desde allí miraba a San Juan i—¡no podía remediarlo!—lo veía todo pequeño, lejano, como objetos que se miran con jemeles vueltos al revés; la Toya i sus padres se movían como hormigas apenas perceptibles i hasta el mar parecia una mancha azul, una laguna.

Pugnaba yo por combinar mi presente dulcísimo con el porvenir brillante que entreveía a lo léjos, pero ellos no se combinaban; formaban un dilema en que era fuerza escojer una cosa u otra. Acaso el afecto de Toya era el vínculo que podía unir los dos términos i hacer uno solo de estos dos senderos, —uno de paz i de combates el otro—en que se bifurcaba el camino de mi vida.

I tan pronto como el recuerdo de este afecto i de su última apasionada esplosion surjieron en mi mente, apareció en ella sombrío, pálido, diabólicamente seductor, aquel interrogante que en un día de venturas creí resuelto: ¿Estoi yo enamorado de Victoria?

Las almas sencillas, puras i buenas que lean estas líneas van a preguntarse cómo son posibles estas sacudidas de un espíritu que parecía ya aquietado i dormido para siempre en el seno de la dicha.

¡Oh Dios mío! ¿Acaso lo sé yo mismo? ¿Quién podrá medir las fuerzas de la humana ambicion i los desconocidos i temerarios impulsos que ellas dan a nuestra alma? ¿Quién podrá decir hasta dónde alcanza la voz potente i robusta de la pasion ambiciosa para acallar el canto humilde de los afectos?

A ese punto de dudas, de incertidumbre i angustiosa lucha llegaban mis anhelos de grandeza i mi apego a la tranquila existencia de paz i amor que allí gozaba, cuando la voz de Victoria me llamó desde afuera:

—Ya voi, Toya. Un instantel

Puse en orden mi cabellera donde habia hundido mis dedos como si quisiera zrrancar a mi cerebro una idea salvadora, una resolucion.

En el corredor estaba la Toya i el jóven Galvez; para ese dia estaba anunciada su visita i no me sorrendió.

Nos presentó ella sin que se advirtiera ni la mas lijera huella de nuestros debates sobre ese hombre, i luego dijo, bajando la voz:

—Hai malas noticias, Miguel.

—¿Qué ocurre?

—Que Pancho acaba de recibir un *propio* del molino con una carta del administrador. Avisa que mi abuelito ha tenido anoche un ataque i está mal. Pide que vaya médico i que nos digan a nosotros.

—¿Ataque de qué?—pregunté yo alarmado, temiendo que la noticia ocultara algo mas grave—

Don Juan estaba bueno. Se recibió carta de él el sábado pasado. ¿Qué puede ser?

—Me temo—dijo Galvez con su acento un poco rudo de caballero campesino—que sea parálisis porque en el invierno tuvo un principio de ataque.

—Dios mio!—dijo Toya—¿cómo le damos la noticia a mi papá? Ayúdeme Ud., Miguel. Virgen Santísima! El que está delicado i cualquiera cosa lo afecta.

—No tenga miedo—repuse, aunque en verdad la mala nueva me desconcertó no poco—vamos con prudencia. Hai muchas maneras de decir las cosas.

En un conciliábulo en la sala impusimos a misiá Dolores de lo que ocurría. Alarmóse la buena señora i temió que su anciano padre, atendido solo por su consorte ya mui viejecita, no resistiese el combate de una enfermedad. Por consejo mio, ella misma entró en el escritorio donde don Ernesto escribía algunas cartas.

Suavemente, como saben hacerlo las mujeres que tienen experiencia de grandes dolores i súbitas angustias, dijo a su marido que un mozo llegado del molino traía un recado de su madre en que le pedía que fuera pronto a Ranquilhue porque tanto ella como don Juan no estaban buenos.

Quedóse don Ernesto grave i pensativo, mirando fijamente a su esposa, i luego dijo:

—Cuando te llaman es porque hai algo sério, Será preciso que salgamos mañana.

—Saldré yo: no sería prudente que tú hicieras un viaje precipitado.

—No me hará nada. No puedo consentir que te vayas sola.

Trabóse gran disputa, intervino la Toya para sostener que solo ella debía ir i se convino al fin en que don Ernesto iría, si así se lo permitía el doctor Fernandez, si él no podía hacer sin riesgo de su salud las siete u ocho leguas que nos separaban de Ranquilhue, por la cordillera de la costa, siempre

bácia arriba, el viaje lo harían la Toya i su madre con el médico.

Pasaron lentas i tristes las horas que aun quedaban del día i las primeras de la noche.

Galvez comió con nosotros i estuvo bastante discreto, un poco reservado, no sé si porque no le permitían mas sus hábitos sociales o porque queria ponerse al nivel de la preocupacion de los dueños de casa.

Se habló de los abuelos, de su avanzada edad: Don Juan tenía 84 años. Había sido mui vigoroso, un verdadero labrador que nunca quería salir de su casa de campo por mas de dos días.

En la noche vinieron Sara i su marido i con éste se acordó la partida para el día siguiente a las seis de la mañana en el coche de Galvez.—Yo cuidaré a estos dos hombres—decía Sara, señalando a don Ernesto i a mí—comerán en casa; cuando Uds. vuelvan los van a hallar tamaños de gordos.

Una atmósfera tristísima pesaba sobre nosotros. Yo mismo, aunque no tenía lazos de la sangre que me unieran al anciano abuelo, sentía en mí la inquietud de la Toya i de los suyos. Pensaba en los dos viejos solitarios en el ruinoso caseron, agonizando talvez en esos momentos el esposo sin que las manos arrugadas de su compañera pudieran ya sostener su cabeza nevada.

Acaso me olvidé un instante de las ideas que habían batallado en mi mente desde la mañana.

Nos retiramos temprano, para levantarnos a la hora señalada para la partida.

La Toya me dió dulcemente las buenas noches, acariciándome con su mirada, mirándome largo rato desde el umbral de su puerta como si quisiera dejarme en el alma el recuerdo suyo.

Estaba vestida de blanco como en la mañana, tenía una luz en la mano, parecía una vision gallar.

da i tentadora. La sombra de inquietud daba nuevo encanto a su rostro.

Sobre la mesa en mi habitacion, junto a mi lecho, estaba la carta abierta, encorvada sobre sus pliegues. La lei una vez mas i mi espiritu tornó a llenarse de dudas i de sombras.

¿Qué habrá mañana? ¿Qué sacudidas me aguardan? ¿Qué nubes comienzan a turbar el claro cielo bajo el cual ha vivido en paz mi alma?

VIII

LA FUGA

En nuestro orgullo i necio egoismo, pensamos a menudo que la naturaleza en medio de la cual nos agitamos, rie o llora segun nuestras alegrías i nuestras penas. Así me pareció a mí que en la mañana de la partida para el fundo de los abuelos, los cielos, las colinas, los árboles, el paisaje todo se habían entristecido i tenían un color de desusada melancolía.

Terminaba la segunda semana de Marzo, i el otoño, que en aquellas latitudes es breve i solo pasa como una racha de viento frío desnudando los árboles i manchando la pureza del cielo i del mar, iba ya a caer sobre San Juan. Niebla espesa, vapor blanquecino i casi fosforescente con la luz del sol que nacia, velaba los objetos a pocos pasos. El aire húmedo, el suelo empapado, gotas de agua, como lágrimas, caían lentamente de las hojas marchitas.

Sara vino con su marido a despedir a sus amigas; instaló al médico en el pescante haciendo elogios de sus conocimientos para manejar un coche. «¡Ojalá fuera tan buen médico como cochero!» exclamaba echando sobre las piernas de su esposo gruesas mantas. Subieron al carruaje, muy envueltas en grandes pañolones, Toya i su madre. I Galvez, que por lo previsor i útil me iba pareciendo ya una buena persona, me señaló un caballo que el sirviente tenía de la brida, i me dijo:

—Si Ud. quiere ir a endilgarnos, ahí tiene caballo, es manso.

Acepté con gusto, aunque las señoras se oponían i me rogaban no me molestara, i seguí tras del coche con el jóven Galvez que vestía nuevamente sus arreos de huaso como en el día del paseo.

Me dió una mirada de inspección, como para cerciorarse de que yo podía tenerme sobre el caballo a pesar de mi gaban mui poco campesino i de mi elegante sombrero de paja; i luego me dijo:

—No le tenga miedo al flaco ése; es mansito; si se le pone lerdo, dele firme no mas.

Contestéle yo con la suficiencia de quien no temeria montar el propio caballo Pegaso.

Salimos del pueblo internándonos por la misma quebrada que seguimos el domingo anterior para ir al paseo de los Maquis, i comenzó el coche arrastrado por cuatro caballos a subir penosamente la misma cuesta i entre los mismos cerros boscosos donde resonara la tonante voz del heroico Mandujano.

Fernandez, que era en realidad un hábil cochero, no pensaba sino en salvar las piedras i los baches del camino como quien lleva un delicado tesoro. Las señoras murmuraban, probablemente, sus oraciones, hechas un ovillo en el fondo del vehículo, Galvez i yo hablábamos mui poco sobre el camino, sobre los caballos, sobre las propiedades que atravesamos, sobre el mal tiempo.

Así marchamos mas de una hora, caracoleando entre los cerros, subiendo siempre hasta alcanzar la planicie, desde la cual en días serenos se veía el mar.

Allí me despedí. Estreché la mano de Victoria ella me miró dolorosamente, con la angustia reflejada en su rostro, mordiéndose los labios para no dejar correr las lágrimas que asomaban a sus largas pestañas.

I el coche se hundió en la niebla espesa, se perdió

entre los árboles del camino, seguido del joven Galvez i su sirviente, que galopaban a su lado.

Quedéme aun largo rato mirando en esa direccion i luego descendí tristemente la cuesta solitaria, sintiendo en el secreto de mi alma que lo que se habia hundido en la niebla blanquecina eran mis caros ensueños juveniles desvanecidos como los esplendores del verano que les sirvieron de escenario.

Pensé en la Toya, la amable muchacha morena, que habia rodeado de tales encantos mi vida en aquellos dias. ¿Iba a hallar solo el cadáver de su abuelo en el vetusto caseron de Ranquilhue? ¿Qué horas de desolacion la aguardaban?

Estos viajes, pensé, en un mal coche, por caminos infernales, por entre la niebla húmeda i fria...!

Cuánta escasez de recursos i comodidades! Ella se siente tranquila i no apetece mas, porque nada mas ha visto i porque su espíritu apacible se resigna a esa existencia en medio de los que ama.

En el pueblo, cuyas callejuelas atravesé paso a paso, solo unas cuantas criadas caminaban silenciosas arrebujaadas en sus pañolones. Las casitas forradas de tablas destilaban gotas de agua de sus aleros musgosos; las puertas cerradas, los transparentes corridos en las ventanas, todo dormia un sueño de invierno.

Dejé el caballo en la casa i como don Ernesto no habia salido aun de su dormitorio, eché a andar hacia la playa, como en otros dias.

En el mar estremecido al soplo helado de la brisa del norte, se levantaban las nieblas, recojiéndose como enormes cortinajes i dejando entrever pedazos de paisaje, cimas de una colina, faldas de cerros, puntas de rocas vagamente diseñadas. Las nieblas pequeñas, débiles i opacas, caian sobre la playa con un chasquido regular i monótono.

¡Ni un alma! En la desierta arena se habian detenido las gaviotas que buscaban animalejos i recogian pececillos varados en la noche.

El risueño paisaje, la espléndida perspectiva de la

costa, el inmenso desierto azul reverberando a los rayos del sol, las alegres muchachas corriendo por la playa, las manchas chillonas de los vestidos i sombrillas, la vida exuberante, todo habia pasado, todo desaparecido como vision que las hadas borran súbitamente.

¡Solo yo estaba aun allí! Sombras de melancolia cruzaron mi espíritu i pensé con dolor en la dulce amiga de mi alma, la amable Toya; vi con la imaginacion el coche que corria entre los cerros, en el fondo ella que murmura oraciones... acaso piensa en mí... i al lado del carruaje, Galvez galopando gallardamente, vijilando la marcha.

Piensa en mí... Quién sabe!... El triste objeto de su viaje debia dominar todo su pensamiento. ¿Me hallará en San Juan a su regreso? ¿Cuándo volverá? —Tal vez la enfermedad del abuelo durará muchos dias, un mes, o mas aun. Yo tendré que volver a Santiago...

Entré en la casa, fatigado de la soledad i tristeza de la playa, aburrido, con frio en el cuerpo i tedio en el alma.

Don Ernesto estaba aun mas abatido que yo. Lo hallé sentado en la sala, la cabeza caída sobre el pecho, las manos sobre las rodillas, profundamente postrado. Una idea cruzó por mi cabeza: si este hombre se enferma gravemente, si tiene un ataque al corazon, como teme Victoria, ¿qué haré yo?—Me acerqué a él i fingiendo tranquilidad lo invité a que fuéramos a casa de Sara, donde deberíamos almorzar.

Allá fuimos, i ni la algarazara de los niños ni los amables esfuerzos de Sara lograron reanimar a mi pobre compañero. Yo hablé maquinalmente, mintiendo una calma que no tenia.

En la tarde se abrieron las nubes i cayó sobre la tierra un haz de rayos de sol, que nos apresuramos a gozar, paseando por la calle hasta la plaza de la Cárcel.

Dios mio! Qué lobreguez en la calle, qué distinto me parecía todo!

I la casa! Nuestros pasos en el corredor sonaban como en una tumba. En cada puerta nos parecía que iban a presentarse la Toya i su madre. En los muebles, en los objetos, en los rincones estaba la huella de las que habian partido.

Vino la noche, fria, brumosa, i la casa quedó sumida en un silencio de muerte. Sara nos visitó i su voz argentina turbó por algun rato aquella calma insoportable. Despues nos dejó solos; nos dimos las buenas noches i fuimos a dormir.

En el silencio de mi habitacion revivieron las ideas que habian asaltado mi mente con la lectura de la carta que me hablaba de la crisis política; i por lei de los contrastes, el mundo: ajitado de la capital, con todas sus luchas i sus pasiones, me pareció un sueño de luz, esplendoroso i radiante, cuando lo comparé con la soledad tenebrosa del dia que habia pasado i de los que me aguardaban.

Mi último deseo de esa noche fué que al dia siguiente, que lo mas pronto, viniera el telegrama anunciado u otro pretesto cualquiera para huir de San Juan.

El nuevo dia me halló en esta ansiedad, pensando con cierto remordimiento en la Toya, i abismándome en las nuevas ideas que jiraban al rededor de mi porvenir político. No quise ir a la playa, porque temia encontrar en ella la triste impresion de la mañana anterior.

Pasaron las horas monótonas, iguales, interrumpidas solo por las que pasamos en casa de Sara, entre el alboroto de sus niños i la incesante conversacion que ella no interrumpia ni un instante.

Don Ernesto dormitaba en un sillón. Yo leia a ratos; a menudo me distraia, tornando a mis pensamientos, cavilando al rededor de la nueva situacion

de ocio muelle i al arrullo de la voz de una muchacha morena, mi porvenir, el brillante sendero en que ya estaba iniciada mi vida? ¿Cómo era posible que unos ojos negros, bellísimos, es cierto, me hubieran mareado hasta el punto de renegar de mi vocacion, de mi carrera, de todos los esfuerzos acumulados en quince años para alcanzar un puesto en la sociedad.

Toya era un ángel ¿quién lo negará?—Ella i sus padres me habian hecho en su hogar un nido amoroso. ¿Seria yo tan ingrato que lo desconociera?

Si, todo eso era cierto; pero no lo era ménos que yo, Miguel Perez, a quien acababan de escribir desde Santiago una carta en que hablaban de su nombre *insinuado* en una combinacion ministerial, no podia permanecer ocioso e inerte en aquella aldea, sin hacerme reo de un delito, sin ofender a la Providencia que me llamaba a otro escenario mas amplio i mas alto.

Luego, con el viaje de Toya i la partida de los bañistas, San Juan recobraba su fisionomia adusta i soñolienta de pobre aldea olvidada en un rincon del mundo, sin comunicacion con las capitales, sin vida, sin comodidades para hacer frente al invierno que venia.

El soplo otoñal helaria los pétalos de las flores i arrancaria sus hojas amarillentas a los árboles. El mar, lo mas hermoso que allí ofrecia la naturaleza, se envolveria en pardas brumas; las calles barrosas; el viento metiéndose en las casas por las puertas mal ajustadas; la soledad, el olvido...

Mientras que allá en Santiago me aguardaba mi casa con los muebles modernos, lujosos, blandos, con la chimenea de mármol, el escritorio perfumado por el olor de los habanos. I despues el teatro, los bailes, las cenas, toda mi antigua existencia a que podia volver con las fuerzas vitales acumuladas en San Juan.

carta que me trajo esa idea, debió inspirarla el demonio tentador de las vanidades humanas.

Al paso que estos pensamientos i otros mil que de ellos surjian se enseñoreaban nuevamente de mi corazon i mi intelijencia, veia empequeñecerse el humilde ambiente que me rodeaba i—oh vergüenza! oh miserable fragilidad humana, alma inconstante que en breves horas te mudas, de suerte que apenas reconoces lo que antes amabas!—la misma dulce imájen de Toya no despertaba ya en mí el incendio de entusiasmos apasionados que habian inspirado nuestras conversaciones.

Por fin!... Por fin!... Al caer la tarde del tercero de aquellos dias de reclusion—en que don Ernesto i yo hacíamos esfuerzos absurdos para divertirnos mutuamente, mientras nuestras almas se iban cada una tras de su objeto, la suya al paraje donde sufrían los que amaba, la mia al teatro de mis ambiciones—un mensajero me entregó un telegrama que abrí con mano nerviosa i suprema ansiedad.

«Intereses partido exigen urjentemente presencia suya en ésta.»

I al pié estaba el nombre del personaje, mi amigo.

En mi rostro debió reflejarse un destello de alegría, porque don Ernesto me preguntó:

—¿Buenas noticias?

—No tan buenas—dije reponiéndome—me llaman de Santiago.

—¿Cómo? ¿Qué hai?

—Parece que el desarrollo de la crisis exige que yo esté en la capital; i, ya sabe Ud., estos compromisos de partido...

—Son de honor, ya lo creo. Qué caramba! Te vas i se acabó.

—Pero es que dejarlo a Ud. solo aquí se me hace duro, mui duro.

—Eso no! Qué caramba! Yo no estoy enfermo, i ademas, que lo primero es lo primero. ¿I no sospechas para qué será el llamado?

Tomé un aire hipócritamente modesto i contesté:

—Por una carta que recibí el otro día me parece que habrá algo de combinacion ministerial... se ha insinuado mi nombre...

—¡Hombre, hombre! ¡Miren el don Miguelito! ¡I no habernos dicho nada! Si es imperdonable. No; ahora no te dejo por nada en San Juan. Faltaba mas! De allá llamándolo para hacerlo Ministro i él apolillándose aquí. Qué caramba! no todos son Ministros a tu edad.

Insistí todavia en que cualesquiera que fuesen los honores que me aguardaban en Santiago, nunca llenarian mi alma como el afecto a aquella familia que miraba como la mia; enternecióse el buen hombre; derramó algunas lágrimas, las mismas que estaba conteniendo desde que lo dejaron solo, i convinimos en que saldria en la tarde del día siguiente para el puerto vecino, desde el cual el ferrocarril me llevaria hasta Santiago.

Qué largas fueron esas horas! Qué rabiosa actividad empleé para arreglar mis maletas! Cómo sonreia mi criado al ver esas señales de que salia de mi pueblo como quien huye de una prision!

Jamas olvidaré el día luminoso, llero de sol, tibio con los últimos ardores del astro que pronto ocultarian las brumas invernales. Habian dado las tres de la tarde en el reloj de la Aduana cuando abracé por vez postrera a don Ernesto, estreché la mano de Sara, hice mil caricias a los niños i bajé la escala del muelle de San Juan.

Un bote me condujo al mismo vaporcito negro i ahumado que me trajo a mi pueblo, i unos minutos despues la pequeña nave avanzó por la superficie plateada, serena, levemente rizada por las brisas.

Las bodegas, la iglesia, las colinas, el Cerro del Castillo aparecieron nuevamente a mis ojos como el primer día; solo que ya no me miraban rientes, porque un velo de tristezas parecia envolverlos. La yerba seca manchaba de amarillo las faldas, todo se

teñía de un tinte monótono, gris, a pesar de la clara luz del sol que bañaba el paisaje.

En el extremo del muelle don Ernesto agitaba su pañuelo i Sara movía su sombrilla, saludándome. Largo tiempo ví aun en el mismo sitio las dos siluetas; gradualmente todo se fué perdiendo, borrándose, i las bodegas i el muelle i la torre i el Castillo no eran mas que una línea en la base de las colinas, que al fin desaparecieron tambien en el azulado vapor que cerraba el horizonte.

IX

[HÓRAS DE LUCHA]

Cojióme el torbellino de la ambicion política en hora propicia. Estaba sano, robusto, con toda esa pujanza moral que dá la salud cuando se recobra plenamente tras de larga dolencia. Entré con mi alma, con voluntad decidida, con desusada enerjia en la lucha, aguijoneado por la dorada cima del poder que habia entrevisto desde mi apartado retiro i que, segun pronto ví, no era un sueño de personaje aquel.

«Se halla en Santiago—dijo un diario de lo nuestros—el eminente i jóven estadista don Migue Perez, restablecido ya de la enfermedad que lo alej del Parlamento en los últimos meses. Se insiste en señalar al señor Perez como candidato a una de las carteras ministeriales, si se llegase a realizar la combinacion, etc., etc.»

Pasáronse dias i dias en conferencias, consultas i venidas de la casa de don Fulano a la de don Zutano, de ésta a la Moneda, de la Moneda al Club. El personaje en cuyo *grupito* yo figuraba, habló, llevó i trajo recados, intrigó mas o menos discretamente, me hizo mil advertencias sobre la manera como debia cooperar a su empeñosa labor para llevarme al Ministerio.

Mi casa se llenaba cada tarde i cada noche antiguos conocidos, de amigos nuevos, de jentes que juraban en todos los tonos que no habia en Chi

un hombre mejor preparado que yo para la administración pública. Es cierto también que de paso se bebían mi cognac i fumaban mis puros.

Me sentía un poco *sol que nace*, dentro de mi partido, i comenzaba involuntariamente a dar a mi persona el aire reposado, el tono grave que convenía a mis expectativas; un vapor de incienso ordinario subía a mis narices, i aunque pienso sinceramente que no llegó a marearme del todo, temo con fundamento que haya nublado no poco mi vista.

Nada supe, nada pude saber en esa primera semana que no fuera la política. Apenas tuve unos instantes para escribir a don Ernesto una carta de agradecimiento, mui breve, mui cargada de disculpas por la brevedad.

Entre tanto, la combinacion ministerial anunciada no salía, i el tiempo pasaba i la prensa i el público comenzaban a dar señales de fatiga.

■ Un día—fué bien penoso para mí aquel día i dejó memoria amarga de su paso—llegaron a mis oídos las primeras protestas contra mí i contra el personaje que me impulsaba i quería a toda costa meterme en la Moneda. Pesqué yo mismo en el Club, de una sala a otra, al pasar, una punta de diálogo: «Ese Perez—decía una voz que reconocí—no puede ser Ministro. Es un buen muchacho; pero no tiene condiciones ni edad, i, sobre todo, no tiene posición.» «No me diga nada!—esclamó otra voz que era de un amigo i correligionario—es un cursi, lo que se llama un cursi lleno de todas las pretensiones del advenedizo.»

—Nos hacen guerra—mi amigo—me dijo otro día el personaje, ilustre intrigante que me servía de guía i consejero—Pero para estas cosas son los hombres.

¡Oh! ¡Puede ser! Pero será preciso decir qué especie de hombres han de ser los que soporten por años enteros i aun busquen afanosamente las agitaciones i combates que yo atravesé en aquellos días!

La hostilidad comenzó precisamente en el seno de

mi partido, en los pequeños círculos enemigos de aquel en que yo figuraba. Primeramente me negaron la personalidad social para entrar al Ministerio; mas adelante, me acusaron de haber intrigado, de haber *pechado*, como se dice en la jerga de los politiqueros; dijeron despues que yo no era mas que un dócil instrumento del citado personaje; i por fin, se murmuró por lo bajo, misteriosa i diabólicamente que yo iba al Ministerio para defender contra el Fisco los intereses de una compañía extranjera de que fui abogado.

¡I eran mis amigos! ¡I me tendían tranquilamente en mano con aire casi protector! I me daban consejos! ¡Oh miserias!

En aquella red de pequeñas intrigas, con que mis amigos auxiliaron a mis adversarios, enredóse, la famosa combinacion de mi personaje i todo se deshizo; tambien es verdad que vino a tierra la ventajosa situacion de mi partido, i que el Gabinete se organizó con nuestros mas encarnizados enemigos. Se abrieron las sesiones del Congreso; presentóse el nuevo Ministerio, i en una de las primera formulé una interpelacion ruidosa, teatral, de ésas que tienen eco en la prensa, en el pais entero i que dan a su autor la fugitiva notoriedad de un dia de turbulencia.

Enardecido por la hostilidad de que fui víctima, sintiendo que necesitaba rehabilitarme, porque aun en los diarios enemigos habia llegado a lanzarse la acusacion aquella de mis relaciones, con la compañía extranjera, me arrojé con rabiosa energia al combate parlamentario, cegado i excitado por las flechas que desde su prensa i en sus discursos me arrojaban los otros.

En medio de estas agitaciones, cuando olvidado de los intereses superiores me dejaba arrastrar por un vendaval de ambiciones, de ódios, de rencores, me entregaron una mañana una carta con ancha orla de luto, en que leí mi nombre escrito por la mano temblorosa de don Ernesto.

No puedo pintar con palabras la impresion extraña de estupor, disgusto, de sorpresa que la vista de esa carta fúnebre me produjo. Fué como un golpe rudo que despierta súbitamente i lo vuelve a uno a la realidad de las cosas.

¿Don Ernesto? ¿San Juan? ¿La Toya?... En mi memoria habia unas imágenes confusas que surjian al pronunciar mentalmente esos nombres. Pero qué débiles sonaban los nombres! qué lejos estaban las figuras! qué borrosos sus contornos en mi memoria!

¿Es posible—me dije—que tú hayas vivido mui cerca de dos meses en una aldea miserable, dejando como un necio tu porvenir?

Rompí el sobre:

«Querido Miguel: Esta tiene por objeto darte cuenta de que hace hoy un mes dejó de existir mi amado suegro don Juan (Q. E. P. D.)»

Un mes! I yo no habia escrito ni para preguntar por la salud del abuelo!

«Comprendemos que tus ocupaciones que, por lo que sabemos, son muchas te han impedido preocuparte...»

I la carta seguia afectuosa, triste, refiriendo que la abuelita estaba ahora postrada en cama, parálitica, mui mal. La cuidaban su hija i su nieta i lo cuidaban tambien a él, a don Ernesto, que se sentia cada vez peor. «Engordo mucho, me decia; estoi como hinchado; pero tengo una gran sofocacion que no se me pasa con nada.»

Todos me mandaban recuerdos cariñosos, se acordaban mucho de mí, me echaban de menos.

Dejé la carta sobre la mesa, delante de mí, i permanecí pensativo i grave bajo el peso de los recuerdos que tímidamente surjian en mi memoria.

Pobres jentes! Cuánto sufren! I qué buenos fueron conmigo!—La verdad es que yo me vine de San Juan mui a tiempo, porque si me quedo allí algunos dias mas, hubiera asistido a los funerales del abuelo i con esto i con el dolor que sigue i la obli-

gacion de atender a los de la casa, acaso, acaso estuviera aun en San Juan.

Qué ridículo! Miraba a San Juan i lo veia pequeñito, ruinoso, sucio; me parecia un pueblo de jugueteria, con casitas, cerros i áboles de madera i carton, con personas diminutas i risibles.

Lo único que allí habia era la Toya, era preciso confesarlo. La hija de mis huéspedes tenia un espíritu delicado i no resultaba tan vulgar como sus amigas, las otras muchachas del pueblo; hasta conservaba yo cierto recuerdo de sus bellísimos ojos negros i de sus labios que, por mas señas, aquella noche, junto al piano...

Decididamente, yo no estaba en mi sano juicio; el clima enervante de San Juan me habia trastornado. Que llegara a pensar si estaria o nó enamorado de la Toya! Si parece mentira!

No negaria que le tuve i le tengo verdadero cariño, casi fraternal, porque de algo sirve recibir atenciones delicadas i agradecerlas cuando uno no es mal nacido; puede que haya llegado hasta decirle frasecitas melosas de ésas que se le ocurren a uno al lado de una muchacha interesante a la orilla del mar o tierras adentro, que en esto del sitio no hai reglas.

Pero hubiera sido sencillamente ridículo que, dejándome llevar de un sentimentalismo falso, impropio de un hombre de mundo, dejara yo entrar en mí la idea de enamorarme de esa excelente muchacha. Dios mio!—pensaba yo mirando la carta de don Ernesto—¿qué hubiera hecho de ella en Santiago? ¿Qué papel haria i me obligaria a hacer en la alta sociedad esa provincianita sin mas títulos que sus lindos ojos negros?

Oh! Hubiera sido el golpe de muerte dado a mi carrera i un obstáculo para llegar a la altura que mi ambicion soñaba!

No fueron mas de diez minutos los que ocupó mi pensamiento el recuerdo de San Juan, de mis amigos i de la Toya. No tenia yo tiempo para mas.

Mis deberes me reclamaban; clientes me esperaban en la antesala; tenia una cita para almorzar en el Club con un colega; debia hablar en la Cámara sobre una concesion ferrocarrilera; tenia, en fin, un mundo entero en la cabeza.

Contesté a prisa, vulgarmente, con las palabras *resignacion, afecto, Dios, premio de sus virtudes*, la carta de don Ernesto. I la pasajera vision de aquellas buenas jentes, que habian venido a turbar mi olímpico vuelo con sus vulgares dolores, se desvaneció totalmente.

Algunas horas despues, yo estaba sentado en mi sillón de la Cámara, con muchos papeles, planos, estadísticas i gruesos volúmenes sobre mi mesita, i decia sacudiendo el dedo índice de la mano derecha:

—No puede el honorable Ministro de Obras Públicas afirmar, como lo ha hecho, que el ferrocarril proyectado sea una obra de interes nacional; porque los documentos i las cifras que voi a exhibir ante la Cámara probarán a su señoría que esta empresa es un lazo tendido al Fisco por el medio inmoral de las garantias.

X

DE UN EXTREMO AL OTRO

Corría la segunda semana de Junio i en las Cámaras, que habían entrado en su período ordinario sin interrumpir ni un día sus sesiones, se sucedían unas a otras las interpelaciones, los debates políticos, los discursos sobre historia de los partidos desde Adán hasta nuestros días.

La ajitacion política me apasionaba i atraía, de suerte que la clientela de mi estudio de abogado solía quejarse de que la desatendía por correr en pos de aquellas mis ambiciones políticas. Creía hacer algun papel i concentrar sobre mi persona buena parte de la atencion pública. Tenía enemigos, especialmente entre mis correligionarios: esto debe de ser, me decía yo, que comienzo a hacer sombra. Por otra parte, no era extraño que en mi propio partido se me discutiese i censurarse, porque yo mismo discutía i censuraba acrememente en público a nuestros directores i hacía en cierto modo la labor de un revoltoso.

Llovía a cántaros aquella noche i resolví quedarme en casa despues de la comida, instalado en un cho sillón de cuero, junto a la chimenea, donde la leña ardía alegremente.

Entró el criado trayendo cartas i algunos periódicos: la correspondencia del espreso del sur. Miré distraídamente, al traves del humo azul de mi cigarro, los sobres de esas cartas. Había una de un clien-

te, un pleito de aguas, verdadera majadería. Otra debia de ser de algun elector, que pedia cualquiera cosa, aunque solo fuera dinero, porque venia del departamento que me elijió. Pero la tercera llamó mi atencion: estaba escrita con letra finita, elegante, de mujer, letra desconocida para mí. La examiné unos instantes i no pude leer el timbre de la oficina de procedencia borrosamente impreso sobre la estampilla. La abrí; tenia dos pliegos pequeños todos llenos de las mismas letras finas, descoloridas, sin perfiles, i estaba firmada: *Sara de Fernandez*.

Leí ávidamente, sorprendido, interesado en saber qué significaba esa carta de mi amiga de San Juan, i he aquí lo que me decia la mujer del médico de mi pueblo:

«Querido amigo Miguel: Perdone la insolencia de que le escriba para quitarle unos minutos de su tiempo que debe de ser precioso; pero como tengo la pretension de creer que aquí nos hicimos buenos amigos, Ud. disculpará mi atrevimiento. Le escribo como amiga leal, sincera, que lo quiere a Ud. de veras, que cree conocerlo en sus grandezas i en sus lados flacos. I para que vea que, escudada por nuestra buena amistad, me atrevo a todo, le diré que su lado mas flaco, mas flaquísimo debe de ser la inconstancia. ¿Será posible que se haya pasado Ud. parte de Marzo, todo Abril, todo Mayo i la mitad de Junio sin escribir mas que unas dos cartas secarronas a don Ernesto? Yo no lo hubiera creído.

Al principio no nos fijamos mucho en esto, porque la muerte del abuelito de nuestra amiguita Toya nos quitó el tiempo i la tranquilidad para todo. Pero despues, la Toya, que Ud. sabe que tiene conmigo muchísima confianza, me preguntaba siempre: ¿Qué será de Miguel? I este Miguel que no escribe! La casa era un panteon. La señora viejita, en cama, paralítica desde el dia de la muerte de su pobre viejo; don Ernesto mui mal de su enfermedad al corazon; misia Dolores haciendo lo posible para

cuidar a los enfermos, i la pobre Toya sirviendo de paño de lágrimas de todos.

Hemos pasado unos dias perros, se lo aseguro. El invierno vá sumamente crudo, con mucho frio, lluvias que no acaban nunca i unos ventarrones que se vuelan los techos.

Toya habla siempre de Ud. conmigo; yo lo defendí al principio i le dije que la política i sus ocupaciones no le dejarían tiempo para escribir, pero que con seguridad Ud. iba a venir a San Juan el dia menos pensado. Ella me oia, la pobrecita, pero poco a poco le entran dudas, i mas cuando vió su carta tan lacónica, que parecia telegrama, i de puro cumplimiento.

¿Qué pasa? ¿Qué piensa Ud.? ¿Le parece que puede dejar a esta criatura tan buena sufriendo verdaderas angustias por su culpa?—Ud. no se puede imaginar, querido Miguel, cuánto piensa en Ud. la Toya; me atreveria a decir que es el único pensamiento que tiene en la cabeza en medio de sus aflixiones. Apenas nos quedamos solas, me habla de Miguel; cuando llegaba el correo salia a ver si venia carta suya; tomaba los diarios i buscaba su nombre en la sesion de la Cámara.

Pero los dias i los meses van pasando, Ud. se calla, se olvida, se porta como un negro; i la Toya se desespera i pierde todas sus ilusiones.

Yo no puedo soportar mas tiempo. La estoi viendo a la pobre Toya abatida, mas triste que nunca. Muchas veces la encuentro con los ojos enrojecidos. Llor a solas i hace lo que puede para que nadie se dé cuenta de sus penas. Esto es insufrible! Yo me he decidido a escribirle a Ud. porque es preciso que lo sepa i que Ud. mismo le dé unos coscachos a ese corazon inconstante que Dios le ha dado.

Yo me acuerdo muy bien de una tarde en el Cerro del Castillo; yo los miraba con el rabo del ojo. Ud. parecia feliz entónces i quiero creer que no es hombre de agarrar la felicidad que se le viene a las manos i patearla de puro leso.

Mi amigo Miguel tiene talento i corazon, me digo yo, i en cuanto lea estas líneas de su leal amiga va a echar al diantre la política, i se vá a venir mui calladito a San Juan i todo acabará como Dios quiere. No sea leso, le diré como cuanto estaba aquí: esta es la felicidad que Dios le destina; por estos mundos le aguarda un corazon que responde al suyo, una mujercita buena, cariñosa, que ha pensado en Ud. 27 horas cada dia por lo menos.

Sea feliz, querido amigo mío! Ud. lo merece i lo necesita, pero sobre todo lo merece. Mi recompensa, si en algo he contribuido a su dicha, será gozar con ella como con la mia propia.

Véngase, Miguel! Todavía es tiempo, todavía su ingratitud no ha asesinado a la felicidad que lo está esperando.

Lo espero. Creo que voi a verlo pasearse esta primavera por la playa de San Juan, bien acompañado, i acordándose a veces de su leal amiga,

SARA DE FERNANDEZ.»

La lectura de esta carta, medio desordenada, en la cual yo leía mucho mas de lo escrito, provocó en mi espíritu un tumulto de ideas i afectos contradictorios que se agolparon de súbito a mi corazon i a mi mente como «el enjambre de abejas irritadas» de que habló el bardo sevillano.

Sentí, aunque a mí mismo tenía miedo de confesármelo, la penosa verdad de muchas de las palabras de Sara, una sombra de remordimiento pasó rápidamente por mi alma; i al leer el recuerdo de la apasionada escena del Cerro del Castillo, resonó en mi oído como un reproche, una maldición, el beso aquel, en las sombras, junto al piano...

«Eres culpable,» dijo mi conciencia, testigo i juez de mi delito. Soy culpable i debo reparar lo que he hecho.

Ante todo, definamos claramente: ¿qué es lo que he hecho?—He dejado que naciera una pasión en el alma de esa buena niña, por quien yo sentía solo un afecto vago, medio fraternal, producto de mi gratitud por sus atenciones.

Cuidado!—me pareció que me gritaba el corazón—piénsalo bien! Aun es tiempo! Tú no estas seguro de no haberte enamorado de ella i de no haberte esforzado en despertar su pasión!

Tonterías! Sentimentalismos de convaleciente!—repuso mi razón fría, adusta, enamorada solo de mis ambiciones—a la Toya le ha pasado algo de lo que le pasa a cualquiera muchacha de pueblo chico, aun la mas inteligente, cuando tropieza con un hombre de mundo que luego se le figura la realización de sus sueños de novela cursi. Yo he sido el Príncipe Encantado que llega en un barco, sin velas ni timón, i se enamora de la pobre aldeanita mui linda i se la lleva a una isla donde tiene su palacio de oro con puertas de diamante.

Yo no puedo, no debo contribuir a que esa niña sufra. Voy a escribirle a Sara.

¡Guárdate!—me decía una voz desde el fondo de mi corazón—Lee esas palabras de la carta: «esta es la felicidad que Dios le destina... un corazón que responde al suyo... una mujercita buena, cariñosa...» ¡Aun es tiempo! ¡Exáminate bien! ¡Confíeselo, tú la amas, puedes amarla!

Pero yo—¡ai de mí! ¡necio de mí!—ahogué esa voz de mis afectos que aun hablaban desde el oscuro rincón donde mis ambiciones los habian relegado i donde los cubria el polvo del olvido. ¡No! esa mujer era buena, angelical; pero no podia entrar en mi existencia sin servir de rémora al vuelo audaz de mi espíritu; esa mujer no me compren-

que yo creia mi razon serena i maldecida en el secreto de mi corazon.

Le decia en ella—no recuerdo ya sino los párrafos capitales—que lamentaba profundamente lo ocurrido i que hubiera dado cualquier cosa por evitar el daño que involuntariamente habia causado a nuestra buena amiga Toya. Me reconocia culpable de imprudencia por no haber deshecho a tiempo las ilusiones que, sin pretenderlo, habia hecho nacer en el corazon de esta niña.

«Yo la he querido i la querré siempre, como el mejor de sus amigos, como un hermano, i esto significaban mis palabras i toda mi conducta en San Juan. Estoi agradecidísimo a las afectuosas demostraciones que ella i sus padres me prodigaron; pero debo como caballero leal, como hombre de honor declararle a Ud., querida Sara, mi bondadosa amiga, que hai enorme distancia entre estos sentimientos mios i el amor tal como lo entiendo».

I mas adelante—¡hasta dónde llegó la hipocresia!—insinuaba a Sara que a mi juicio el hombre que convenia a Victoria era Galvez, aquel Pancho Galvez tan bueno, laborioso, humilde, lleno de una afecion respetuosa hácia ella. «Siempre he creido que se casarán—le decia—i serán mui felices, contentos de vivir en su tierra, en el caseron de Ranguilhue i en la casita de San Juan, como sus padres i sus abuelos».

No quise leer la carta cuando la hube terminado. Tenia miedo de arrepentirme. Me parecia una vergonzosa debilidad mia aquel secreto acento de mi corazon que me estaba gritando: ¡Infeliz! ¡Infeliz! ¡No insultes tu propia felicidad!

Era mi deber de hombre de mundo; yo no debia dejarme dominar por la sensibilidad enfermiza; no era un muchacho; mi obligacion—tal la creia en ese momento—era sofocar con un acto de enerjia mis afectos, i oir solo el frio i severo consejo del juicio que calcula, que mide i pesa.

Cerré la carta i la envié al correo sin consultarle.

un instante, como el que bebe contra su deseo un brevaie amargo, esperando recobrar con él la salud.

Mas ¡aí aquella noche i el día siguiente i todos los que vinieron despues, las palabras de Sara, las imájenes que habían evocado, i las secas, frias e hipócritas reflexiones de mi carta no se apartaron ni un punto de mi memoria.

Caí en profundo abatimiento. Pensaba a ratos que había hecho bien en lo que hice; pero tenía dolor de haberlo hecho. Quería probarme a mí mismo que eso era correcto, conveniente, digno de una voluntad viril; pero no lograba convencer a mi pobre corazón herido, olvidado, que seguía diciendo en su agonía: ¡Eres un miserable, Miguel Perez! Ella te ama! I tú amas estas vanidades i la olvidas a ella, la dulce, tierna i delicada niña!

No debo ser un poeta, sino hombre razonador, me decía en alta voz a mí mismo. Esa niña de aldea, sin nombre, sin fortuna, sin cultura intelectual, no puede ser la esposa de quien está llamado a un porvenir político i social brillante i ruidoso. Con una linda carita morena no se adquiere posición en parte alguna. Mi mujer debe ayudarme a ir adelante, debe abrirme nuevos rumbos, comprender lo que soi i empujarme por el camino que va hacia la altura de los honores i de la riqueza. Esa buena niña, esa apacible Victoria, no tiene aspiraciones ni las entiende; viviría en este mundo de Santiago oscuramente, como desterrada, sintiendo la nostalgia lugareña de su pueblo, de su casa, de la playa i de los cerros.

Así decía yo i luego callaba i tornaba a mi angustia, porque la imájen serena de la Toya venía tristemente a sentarse a mi lado en mi escritorio, en las horas solitarias, i yo la veía llorar, sufrir por mi causa, i me miraban con dolor infinito sus ojos i movía la cabeza reprochándome mi olvido i desamor.

Era una lucha cruel la que en mí libraban las vanidosas ambiciones con el amoroso recuerdo de

la niña morena. Era un combate de todos los días i todas las horas que no lograban aplacar las agitaciones de mi vida política.

La política! Qué he sacado de todo esto! Tanto i tanto bregué, tantas pruebas di en poco tiempo de mi independencia de carácter, que comencé a sentir el vacío a mi alrededor dentro de mi partido. Me miraban como un revoltoso; censuraban mis discursos i todos mis actos diciendo que eran muestras de una ambición desmedida; solían aconsejarme aun algunos viejos directores, diciéndome sentenciosamente que era menester moderar los ímpetus de la juventud.

Un vapor de decepciones, de amarguras, de escepticismo se levantaba en mi espíritu. Los que lo advirtieron, quisieron atribuirlo a mi inconstancia, que era ya proverbial entre mis amigos. «¡Este Perez!—decían—ya se ha cansado. Cuatro meses de actividad política han bastado para fatigarlo,» «Pero Ud. no tolera contradicciones!—me argüían otros—No es posible que todas las cosas marchen exclusivamente a su gusto.»

Tanto me cansaba que ya en los últimos días de Julio—que fueron ese año mas que nunca fríos i lluviosos—quedábame muchas veces en casa por la noche, i visitaba cada vez menos el Club o el Teatro.

Allí, mientras la lluvia azotaba las ventanas, como si dedos invisibles golpeasen sin cesar en los cristales, pasé muchas horas estudiando fatigosos asuntos judiciales, paseando la pieza como un león enjaulado, sentado junto al fuego bajo el peso de las mil ideas que batallaban en mi espíritu.

I la habitación se llenaba toda de aquellos recuerdos; Toya venía a mí, los contornos de su figura se esfumaban en un vapor azulado; sonaba blandamente su voz; se oía el rumor de las olas muriendo en la playa de San Juan; se respiraba el perfume

de los jazmines de nuestro huerto. ¿Cuándo tuviste allá, parecía decirme ella, estas horas melancólicas? ¿Quién te envidiaba, quién te quería mal, quién murmuraba de tí?

¿Cuándo te abrumó la soledad? ¿No me tenías a tu lado siempre para oírte, para gozarme en tus palabras, para amarte?—Ahora sufres! I yo soi desgraciada! I pudiendo ser feliz i hacerme dichosa has dejado que las bestias feroces de tu vanidad i tu ambicion devoren nuestra ventura!

Ahí quedas, pobre hombre solitario! Tienes honores! I tienes tambien pasiones miserables que te persiguen!

Ahí quedas! Acaso toda tu vida no serás mas que eso: un hombre solitario, envuelto en el sudario de hielo de tus ambiciones!

I estas visiones i estos pensamientos volvian a turbar mi vida cada vez que estaba solo. Yo no los rechacé, antes queria que viniesen, pues si era cierto que me acusaban, me servian tambien de gran consuelo, porque eran como las primeras sacudidas de un corazon que yo habia pretendido matar, que yo habia herido brutalmente, i que ahora... acaso resucitaba.

Así trascurrió el mes de Julio i comenzaron los hielos de Agosto i bajó de las altas cordilleras, vestidas de blanco hasta su base, un viento helado que heria el rostro i dejaba solitarias, desoladas las calles de la ciudad.

I dulcemente, como una idea sujerida en el sueño a un hipnotizado, nació en mí la de volver a San Juan para ver a la Toya, para hablarla, para librarme del tedio de Santiago i huir de mis desengaños políticos.

A nadie lo dije: era un alegre secreto mio aquel viaje; cuando pensaba en él, cuando me veia de nuevo en mi pueblo, una alegría inquieta i angustiosa me retozaba en el corazon.

I un buen dia, casi a escondidas, como un cole-

jial que se escapa, tiritando en la brumosa mañana de Agosto, iba yo hacia el sur, medio oculto en el rincón de un coche del ferrocarril.

¿A qué iba? ¿Qué haría allá? ¿Cuáles eran mis proyectos?

¿Acaso lo sabía? Ni qué me importaba! Me bastaba saber que iba alegremente, oyendo en mi corazón un canto de triunfo, en busca de la dicha.

XI

¡TARDE!

—¡Capitan! ¿Cuánto nos queda?

—En diez minutos mas fondeamos, caballero.

Ahí está otra vez San Juan, el pueblo de mis amores; mas así cómo lo ha envejecido i afeado el invierno! El cielo nebuloso proyecta sobre el mar su sombra gris, i allá en lo alto de los cerros cuelgan de las cimas jirones de nubes que se arrastran pesadamente con la brisa helada del norte.

—Capitan! ¿Piensa Ud. vararnos?

—Nó, señor; es que hai mucho fondo; está la mar de llena.

Ahí está el muelle; pero qué desierto! hai apenas tres o cuatro figuras en el extremo, entre ellas, una sola mujer. A mí me esperan, sin duda, porque he escrito a Sara, quien habrá avisado de todo a Victoria. Pobrecilla! Qué felicidad! Cómo habrá olvidado las pasadas amarguras para no pensar sino en la dicha de mi vuelta!

¡Sí! ¡Sí! Es Sara la del muelle i a su lado está Fernandez; me han visto, me saludan con los pañuelos.

—A ver! un bote! El 18!

I en cuatro remadas atracamos a la escala i en dos brincos estoy yo en lo alto de ella, abrazando a mis amigos, hablando como un niño atolondrado en el último término de la felicidad al hallarme de

nuevo en aquel rincón donde recobré la salud del cuerpo i al que vengo ahora en busca de la paz del alma.

Caminamos por las calles que me son familiares, pero que están llenas de lodo espeso, con las fachadas de sus casas descoloridas i mohosas, solitarias, porque las jentes se encierran en las habitaciones, al rededor del brasero, tiritando de frío.

—Ahora, será Ud. nuestro alojado—dice Sara. Hará un poco de penitencia.

—¿Cómo?...

—Su pieza en la casa de don Ernesto la tiene la abuelita enferma.

—Ah! sí, había olvidado.

Malol!—pienso para mí—no estaré tan cerca de ella, no la veré a cada instante.

Ya en la calle hablamos de Victoria; yo no puedo resistir mas tiempo; necesito saber el estado de su espíritu, qué ha pasado en su corazón en los dos largos meses que han trascurrido despues de la carta de Sara, los dos meses en que yo he luchado hasta ser dulcemente vencido por su recuerdo.

I oigo entónces, como en una pesadilla, confusamente, un relato mui largo que Sara me hace, parte en la calle, parte en su casa:

—Han pasado cosas mui serias, amigo Miguel, despues de la carta que le escribí.

—I que yo contesté...

—A eso voi. Yo le hablé a Ud. la verdad, como se hace con un caballero, con un hombre delicado. Quiero tanto a Victoria! I la veia sufrir. Créamelo: ha sufrido mucho; eso sí que ella no lo manifiesta; en su casa hai tantos pesares i la pobre tiene qué hacer frente a todo. Cuando recibí la respuesta de Ud., tuve una rabial... en fin; yo no sabia que hacer. Guardé dos dias su carta sin mostrársela a nadie mas que a éste (señaló a su marido). Aquí, entre los dos, discutíamos lo que convendria hacer. Al último dijimos: esta muchacha tiene tal vez ilusiones, i lo que es don Miguelito... si te

he visto no me acuerdo. Es mejor que las cosas queden claras i que la pobre Toya reciba el golpe de una vez i se deje de pensar en imposibles.

Yo conozco mucho el temperamento de Victoria—interrumpió el médico—i sé bien que tiene fuerzas físicas i morales para resistir, no digo eso... cualquier desastre.

—¿I?—pregunté ansiosamente.

—I se lo dijimos—signió Sara—primero con prudencia, i despues le dimos lisa i llanamente su carta.

—¿Mi carta? Pero eso no puede ser! Ud. no ha hecho eso, Sara!

—Sí, hombre, sí; la carta que Ud. me escribió se la dimos a Victoria i ella se la llevó a su casa i me la devolvió al día siguiente.

—Yo no oigo ya lo que dicen; siento un zumbido colosal en la cabeza; nubes en los ojos; temblor nervioso en todo el cuerpo.

Dios mío! ¿Es una pesadilla lo que me cuentan?

Victoria habia pasado toda una horrible noche devorando mi carta, leyéndola mil veces para convencerse de que era cierto, positivamente cierto, que yo no la amaba, que yo insultaba su afecto i hablaba de que fuera la esposa de otro hombre.

Victoria habia llorado en el silencio de su habitacion, a solas con sus recuerdos, con su amor desdénado como una flor preciosa que ofrece su aroma a un caminante i que éste torpe i grosero desprecia i pisotea al pasar.

No queria creerlo i solo muchas horas de reflexion i largas pláticas con Sara la convencieron. I cuando entendió claramente que la despreciaban porque era pequeña i humilde para la ambicion vanidosa de un hombre, que allí, en su aldea, la habia hablado de amor; cuando vió a la luz de las palabras de mi carta que yo sabia su casta i noble pasion, que yo conocia sus sufrimientos, i que todo, sufrimientos, pasion, promesas, dulces horas de ensueños, todo lo pisoteaba i manchaba yo, verdadero puerco a quien

habia arrojado ella las margaritas de su alma; cuando todo esto sintió Victoria, alzóse desde el fondo de su corazon herido, terrible e implacable la dignidad de la mujer menospreciada i ofendida.

Oh, Dios mio! ¿Por qué no me quitaste la vida antes de enviarme la vergüenza de lo que oia?

Sí! la habia herido con una hoja de acero cortante, que entró en su corazon desgarrando las fibras una a una, i llegó al fondo i en él se revolvió, buscando lo mas santo, lo mas delicado, lo mas puro para herirlo i destruirlo.

—Despues—decia Sara—sucedió lo que éste creia: la Toya se calmó i poco a poco volvió a estar tan tranquila como antes. Pasaron quince dias, veinte dias, un mes. Dos o tres veces lo nombró a Ud. sin pena, sin rabia, en algun incidente de la conversacion.

Una idea surgió súbitamente en mí:

—Yo iré a verla, Sara; le contaré toda la verdad; le pediré perdon; le diré que he sido un miserable, pero que tambien he sufrido i que la amo inmensamente, que no puedo, que no quiero vivir sino para estar a su lado. I la Toya me perdonará, estoi seguro; conozco tanto su jenerosidad;... ademas si me ha querido, no es posible que en tan poco tiempo me olvide...

—¿Olvidar?—dijo Sara—Ella no lo hubiera olvidado si Ud. no la ofendiera como lo hizo. Ai, amigo! Las mujeres no perdonamos nunca cuando hemos entregado nuestra confianza i vemos que la desdñan!

—Pero, advierta Ud. que yo no voi ahora a exigir nada, ¿ni que pudiera exigir?... voi a pedir perdon, a someterme a una penitencia, a decir que me arrepiento.

I mi espíritu se aferraba a esta esperanza, i me parecia indudable que me perdonarian.

Fueron horas de suprema angustia las que pasé oyendo los detalles de esta breve i dolorosa historia

por mí. Tiene tanta timidez i humildad que se cree indigno de que le correspondan. Es un alma recta i buena como pocas.

Yo la oigo en sueños. Un huracan, un torbellino pasa por mi cabeza... me ahogo!...

Ella ya no me mira; tienen los ojos fijos en el suelo.

Quiero interrumpirla; echarme a sus plantas, llorando a gritos; pero una fuerza superior a mí me sujeta al sillón i me aprieta la garganta para estrangularme. I ella sigue todavía:

—Ayer me pidió, i mi papá i mi mamá han consentido con muchísimo gusto. Les ha hecho mucha impresion, porque mi abuelito, ántes de morir, dijo que ése era su deseo...

Oh! es demasiado!... Horrorosa angustia se apodera de mí!... Un grito sordo de agonía va a salir de mi pecho...

.....

Alguien entra. La Toya alza la voz i dice:

—Le estaba contando a Miguel mis novedades, mamá.

—Muy bien hecho, pues. El debe saberlo primero que nadie, porque ha sido buen amigo nuestro i se interesa por tu felicidad.

Vuelvo en mí; hablo; me sonrío:

—Por supuesto! Yo me alegro tanto. Vá a ser muy feliz. Es un mozo tan bueno.

—Ai, Miguel! A una madre le cuesta mucho separarse de su hija; pero si ha de ser para su felicidad...

Yo no sé lo que dice esa señora, porque oigo dentro de mi cabeza gritos desgarradores, acentos de agonía. Yo no sé ya la que pasa en torno mio porque estoi muriendo de angustia.

Mas tarde, cuando ya apenas hai luz, quedamos solos nuevamente en el corredor, paseándonos, i yo hago un postrer esfuerzo, reuno mis últimas energías moribundas, recojo los alientos de mi corazón

que late furioso, i le digo con el acento de todos los dolores:

—Toya! ¿Quién dijera que hallaría yo mi muerte aquí, donde no ha mucho nací al amor i a la felicidad!

I ella deteniéndose, se yergue, i me responde alta nera i duramente:

—No quiero oír esas palabras, Miguel. Respéteme, si quiere ser mi amigo. Yo no tengo la culpa de nada, de nada. I ahora soi feliz, soi mui dichosa... Ahora comprendo la verdad de la vida. Yo he soñado i me he dejado llevar por locuras propias de mi edad; pero Dios ha querido poner en mi camino un hombre que me ama sin fantasías, sin romanticismos; que me quiere para que sea la compañera de su vida que es sencilla i honrada. Es un hombre que no piensa en sí mismo, sino en mí. Yo tambien pienso ahora mas en él que en mí misma... Esto es ménos poético; pero es mas santo, mas verdadero. Esta es la única felicidad!

Lo que en seguida ocurrió no tiene ya sentido para mí; cuando me esfuerzo por recordarlo, se cierne sobre mi memoria una niebla confusa, una bruma a través de la cual me veo a mí mismo sentado a la mesa, hablando con los dueños de casa maquinalmente, casi sin conciencia de lo que digo, i veo a Victoria i su prometido que conversan en voz baja algo que sin duda les interesa mucho.

En la soledad de mi habitacion, mientras los demas dormian, yo caí en el abismo de mi amargura sin límites; i al dia siguiente, mui temprano, sin haber logrado conciliar el sueño, fui a la playa en busca de aire frio para mi frente donde ardía una hoguera.

Todo se poblaba de mis recuerdos de los dias gloriosos del verano i en cada recodo de la costa, en la suave pendiente de las arenas, en las rocas

desgarradas, en la falda de las colinas i entre sus arbustos marchitos, veia yo de nuevo la sombra de mi amor, el fantasma de mi felicidad que huia para siempre.

¡Angustia indecible! Pavorosa ruina del último ensueño! ¡Postrera esperanza desvanecida!

Huí de aquel pueblo, huí de aquellas jentes, huí de tales memorias dolorosas, i hubiera querido huir de mí mismo i del remordimiento que roia sordamente mi corazon.

¡Oh! ¡Corazon mezquino, corazon insensato que desdeñas los tesoros que te ofrecen i ansias locamente los que te niegan! Nunca amé tanto a Victoria como en esos dias, nunca sus formas seductoras, la serena belleza de su alma, el rumor de su voz, el tibio perfume de su aliento ofrecieron tan horribles torturas a mi imaginacion i a mi deseo.

Luchaba para ahogar esos recuerdos i reemplazar por otras las imágenes que me asediaban. Pasaba largas noches de insomnio, afiebrado, delirante, agitando los brazos en busca de la sombra impalpable que se agitaba a mi alrededor.

A veces la angustia sacudia todo mi cuerpo; serpientes se enroscaban a mis brazos i mis piernas, bullia como metal fundido la sangre de mis venas i de mi pecho dolorido se escapaban sordos lamentos.

En esas noches la he llamado a ella... Solo en sus brazos tendria reposo mi cabeza atormentada, se calmarian la fiebre i la locura que me devoran.

¡He sufrido tanto, tanto, ántes de habituarme a mirar con fría calma las ruinas de mi felicidad!

Despues... Dios tuvo lástima de mí i la reflexion recobró su imperio en mi combatido espíritu.

Hoy todo lo veo claramente.

Una fresca brisa del mar de mi pueblo llegó un dia hasta mí portadora de mi dicha, de la perpétua paz de mi alma; yo cerré mi corazon para que ese

soplo vivificador no entrara en él, i corrí en pos de vanas ambiciones.

¡Funesto error que troncha i hace infecunda toda una existencia!

Hai una hora en que las facultades afectivas reclaman su parte en nuestra vida. ¡Ai ¡del que se la niegue! El corazon recobra tarde o temprano sus derechos con violencia inaudita!

FIN



